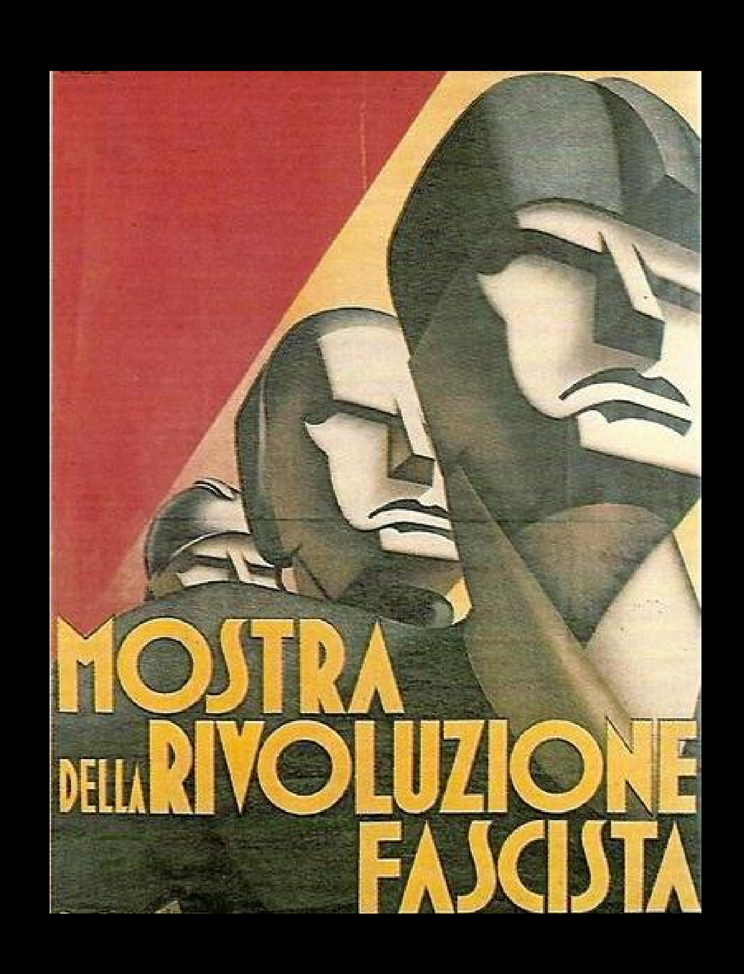
Elementos

Metapolítica para una Civilización Europea Nº 69



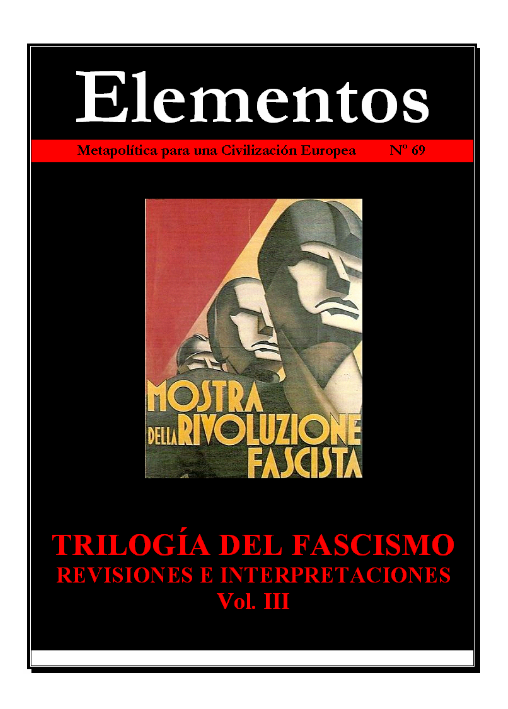
EL MITO DEL FASCISMO
REVISIONES E INTERPRETACIONES
Trilogía Vol. III

Elementos

Metapolítica para una Civilización Europea

Director:
Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com



Elementos Nº 69

EL MITO DEL FASCISMO
REVISIONES E INTERPRETACIONES
Trilogía Vol. III

http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/

Sumario

Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile

Enzo Traverso

Tres historiadores

A lo largo de las últimas décadas, la historiografía que estudia el fascismo ha conocido un desarrollo considerable, ampliando su campo de estudio, modificando sus paradigmas y abriendo nuevas líneas de investigación. Esta renovación se ha traducido, por una parte, en multitud de monografías sobre los diferentes contextos nacionales y, por otra, en varios ensayos que aspiran a comprender el fascismo como fenómeno de conjunto y a sintetizar sus rasgos esenciales en una definición general. Entre quienes más han contribuido a esta reviviscencia hay que destacar a George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile. El primero ha centrado sus investigaciones en la Alemania nazi, el segundo en la Francia de la Tercera República y el tercero en la Italia de Mussolini, pero todos han circunscrito sus estudios en una perspectiva comparativa en la que el concepto de fascismo constituye el horizonte común. Indudablemente no estamos ante los únicos que han marcado el debate de estos últimos veinte años, pero sí ante quienes han suscitado las discusiones más ricas.

El papel de pionero corresponde incontestablemente a Mosse, el mayor, recientemente fallecido y ya *canonizado* como uno de los grandes historiadores del siglo XX. Su aproximación a la historia contemporánea es el resultado de un itinerario bastante particular, bien reconstruido en sus memorias, aparecidas póstumamente. Mosse nació con los inicios de la República de Weimar en el seno de una pujante familia del patriciado judío prusiano; su padre estaba a la cabeza de uno de los más importantes imperios periodísticos alemanes al que pertenecían editoriales y grandes periódicos. Junto a su familia, el joven Mosse hubo de abandonar Alemania en 1933, siguiendo sus estudios primero en Gran Bretaña, en Cambridge, y después en los Estados Unidos, en Harvard, donde se instaló en 1939. Después de haber dedicado una tesis a la historia de la Reforma, resultado de una profunda sensibilidad por los fenómenos de religiosidad política, se orientó hacia el estudio del fascismo y del nazismo, sobre los que escribirá numerosas obras. Llevó a cabo la mayor parte de su carrera en la Universidad de Wisconsin, Madison, una de las más liberales del mundo académico americano. Vivió el fin de Weimar y el desarrollo del nazismo, el apogeo y la desaparición del judaísmo alemán, el antifascismo de los años treinta, la guerra, el maccartismo en los Estados Unidos de los años cincuenta y finalmente la efervescente atmósfera universitaria en los años sesenta. Judío y homosexual, se servía de su propio bagaje de recuerdos y experiencias al escribir sobre el problema de la respetabilidad burguesa, sobre la compleja relación entre nacionalismo y sexualidad, entre norma y alteridad, entre nacionalismo y vanguardia artística, así como sobre la imagen del cuerpo en la estética fascista.

Pertenecientes a generaciones posteriores, Sternhell y Gentile vivieron distintas experiencias formativas. El primero, ciudadano israelí de origen judeo-polaco, profesor de historia en la Universidad de Jerusalén, es descendiente de la tradición francesa de historia del pensamiento político marcada por su estancia en el Instituto de Estudios Políticos de París. Aunque se haya distanciado de esta tradición, haciendo de este hecho el principal blanco de sus críticas, ha erigido una obra que lleva la impronta de una historia de las ideas políticas de factura más bien clásica, impermeable a las contaminaciones de la antropología y de la historia social y cultural. En cuanto a Gentile, ha sido discípulo del principal biógrafo de Mussolini e historiador italiano del fascismo, Renzo De Felice, de quien reconoce su filiación intelectual 3. Sin embargo, se ha alejado de su maestro al prestar una menor atención a la biografía del fundador del

fascismo y al orientar principalmente sus trabajos hacia la historia cultural. Hasta tal punto que sus afinidades metodológicas con Mosse se muestran hoy mucho más evidentes que las que comparte con su maestro italiano. Pero De Felice sigue siendo el vínculo entre ambos. De Felice y Mosse eran dos historiadores diferentes en muchos aspectos. Diez años menor, De Felice se formó en la escuela historicista de Delio Cantimori y Federico Chabord, no descubriendo la obra de su colega americano hasta bien tarde, cuando ya había empezado su investigación sobre Mussolini. Su aproximación al fascismo privilegió la historia política e institucional respecto de la cultura y la estética, que contrariamente fueron el centro de atención de Mosse. A pesar de estas diferencias, el biógrafo del Duce no ocultaba su admiración por su colega americano, en quien encontraba la sistematización de varias de sus intuiciones y de ciertos resultados de su investigación. Los trabajos de Mosse le ayudaron a precisar su visión del fascismo como fenómeno de naturaleza moderna y *revolucionaria,* a observar en la *nacionalización de las masas* la fuente del consenso popular en el régimen de Mussolini y finalmente a rastrear los orígenes del fascismo en una tradición de izquierdas de matriz jacobina. Por su parte, De Felice contribuyó enormemente a la difusión de la obra de Mosse en Italia, país en el que encontró su mayor repercusión fuera de los Estados Unidos (y, en menor medida, en Alemania). Mosse, por otra parte, veía en el biógrafo de Mussolini a un investigador que había aplicado sistemáticamente en sus trabajos un método próximo al suyo, consistente en estudiar el fascismo *desde el interior,* tomando en consideración a sus hombres, sus ideas, su cultura y su *autorrepresentación,* sin ser filtrados por un punto de vista exterior, generalmente el del antifascismo 6. En cierta manera, De Felice es el vínculo que une a los tres historiadores que centran este estudio. Ya en 1983, éste señalaba a Mosse, Sternhell y Gentile, junto al sociólogo italo-argentino Gino Germani, como los investigadores que habían aportado las contribuciones más importantes y novedosas al análisis del fascismo desde el final de los años sesenta. En cuanto a Sternhell, ha reconocido recientemente sus afinidades con los «herederos italianos de Renzo De Felice», Pier Giorgio Zunino y Emilio Gentile, para quienes «la explicación del fascismo italiano reside en primer lugar en la ideología y la cultura».

Mosse y Gentile: la cultura fascista

¿Qué es el fascismo para nuestros historiadores? Si cada uno ha aportado una respuesta, todos comparten una definición centrada en varias características esenciales: el fascismo fue a la vez una revolución, una ideología, una visión del mundo y una cultura. Una revolución, puesto que quería crear una nueva sociedad. Una ideología, porque había reformulado el nacionalismo desde una perspectiva que, después de haber rechazado el marxismo, se oponía tanto al conservadurismo como al liberalismo, buscando una nueva vía. Una visión del mundo, ya que quería crear un *hombre nuevo* y porque se presentaba como el destino providencial de la nación. Y una cultura, dado que su proyecto se inscribía en las prácticas sociales que aspiraban a transformar el imaginario colectivo, modificar los estilos de vida, suprimir toda división entre vida privada y vida pública. Se trata, por lo antes enunciado, de una «revolución de derechas», basada en un proyecto de reorganización global de la sociedad, si no de construcción de una civilización nueva, cuyo motor residía en las capas medias y cuyo presupuesto era la búsqueda de una alternativa tanto al liberalismo como al socialismo. Dicho de otra manera, una revolución a la vez antiliberal, antimarxista, *espiritual* y «comunitaria».

Durante mucho tiempo, la historiografía ha defendido una visión del fascismo como magma ecléctico compuesto de materiales de recuperación, capaz de definirse solamente *en negativo* en tanto que antiliberal, anticomunista, anti-democrático, antisemita, anti-ilustrado, pero absolutamente incapaz de producir una cultura original y armónica. Según Norberto Bobbio, la coherencia ideológica del fascismo no era más que aparente y tendía a la fusión de sus negaciones con otros valores heredados de una tradición autoritaria y conservadora que

no tenía nada de moderna y aún menos de revolucionaria: orden, jerarquía, obediencia.

Contrariamente a esta visión, nuestros historiadores destacan la coherencia del proyecto fascista, que efectivamente se apropió de varios elementos preexistentes, pero que consiguió fundirlos en una síntesis nueva. Disueltos en el *maelstrom* fascista, los valores conservadores cambiaban sus códigos y resurgían cargados de una connotación inédita, eminentemente moderna. El darwinismo social transformaba la idea organicista de comunidad heredada del Antiguo Régimen en una visión monolítica de la nación, fundada sobre la raza proveniente de un proceso de selección natural. El militarismo y el imperialismo mutaron el rechazo de la democracia y de la legalidad en culto al orden nacional y racial, el rechazo del individualismo en adoración a la masa, el ideal caballeresco de coraje en culto vitalista e irracional al combate, la idea de fuerza en proyecto de conquista y de dominación, el principio de autoridad en visión totalitaria del mundo.

Los componentes del fascismo eran indudablemente discrepantes. Encontramos en primer lugar un impulso romántico, es decir, una mística nacional que idealiza tradiciones antiguas, a menudo fabricando con diversas piezas un pasado mítico. La cultura fascista exalta la acción, la virilidad, la juventud, el combate, convirtiéndolos en cierta imagen del cuerpo, en unos gestos, unos emblemas, unos símbolos que deberían redefinir la identidad de la comunidad nacional. Todos estos valores exigen su antítesis, que se vierte en una multiplicidad de figuras de la alteridad: la alteridad de *género* de los homosexuales y de las mujeres que no aceptan su posición subalterna; la alteridad física de los disminuidos; la alteridad social de los criminales; la alteridad política de los anarquistas, comunistas y subversivos; la alteridad racial de los judíos. Todos portan los estigmas, en el cuerpo y en el espíritu, de una *degeneración* que simboliza la antítesis de la normalidad burguesa, tanto física como estética y moral. El intelectual que vive en la ciudad, lejos de la naturaleza, que no practica ningún deporte, que no cuida su cuerpo y que piensa en lugar de actuar encarna la enfermedad y la decadencia, a las que se oponen el vigor físico, el coraje, el desprecio del miedo y la ética guerrera del *hombre nuevo* fascista. No hace falta decir que el judío encarna como *tipo ideal* (en el sentido weberiano) este conjunto de rasgos negativos. Judaísmo, homosexualidad y feminidad son las figuras negativas por excelencia que permiten a la estética fascista elaborar sus mitos positivos de virilidad, salud e higiene física y moral. Pero la estigmatización burguesa de la homosexualidad coexiste en el fascismo con un imaginario erótico heredado del *Männerbund* (la comunidad masculina de los movimientos de juventud alemanes anteriores a 1914) e inspira unos modelos estéticos de origen griego codificados por Wincklemann en el neoclasicismo desde finales del siglo XVIII4. Varios escritores —desde Pierre Drieu La Rochelle a Robert Brasillach, desde Julius Evola a Ernst Jünger— serán fuertemente atraídos por esta mezcla singular de moral conservadora, ideología represiva e imaginario transgresivo.

Gracias al eugenismo y a la ideología racial, el nazismo había transformado los estereotipos negativos de la alteridad en categorías médicas. «El concepto de raza —escribe Mosse apoyándose en los trabajos de Sander Gilman— concernía en un principio a los judíos, pero la transformación de los *outsiders* en casos médicos los situó claramente fuera de las reglas sociales. Los enfermos mentales, los criminales ordinarios, los homosexuales y los judíos estaban aún más anclados a sus supuestas anormalidades al introducirse la noción de enfermedad». Mosse tendía, sin embargo, a asimilar las diferentes formas de alteridad olvidando que, en la visión del mundo nazi, las figuras del judío y del homosexual no eran intercambiables. El homosexual estaba estigmatizado a causa de su *desviación,* y por lo tanto por su comportamiento; el judío a causa de su esencia. El uno debía ser *reeducado* o *corregido,* el otro exterminado. Si el fascismo había heredado de la sociedad burguesa del siglo XIX una idea normativa de respetabilidad, Gentile tiene razón al recordar que la

«respetabilidad en traje civil» no es la misma que la «respetabilidad en uniforme».

Paradójicamente, este impulso romántico coexistió en el fascismo con un culto a la modernidad técnica excelentemente ilustrado por la celebración de la rapidez en los futuristas y por el *romanticismo de acero* de Joseph Goebbels, que quería unir la belleza natural de los bosques germánicos con la potencia industrial de las fábricas Krupp. Se encuentran ahí todos los elementos de una metamorfosis del *pesimismo cultural* del fin del siglo XIX, inspirado en un profundo rechazo de la tradición de la Ilustración y demoledor de la modernidad identificada con la decadencia, en *modernismo reaccionario*, capaz de reactivar todos los valores de la tradición conservadora en una lucha por la regeneración nacional con los medios del imperialismo y del Estado totalitario. Pero la noción de modernismo reaccionario refiere en exceso a la base ideológica heterogénea, si no abiertamente ecléctica, del fascismo, para merecer la aprobación de nuestros autores. Ellos no atribuyen ningún carácter *reaccionario* al fascismo, que constituye a sus ojos un fenómeno enteramente revolucionario. Para Gentile, el concepto de «modernismo fascista» o de «modernismo totalitario» sería más apropiado.

Todos los elementos constitutivos del fascismo se injertan en la rama del nacionalismo, que, en la sociedad de masas, conoce una transformación cualitativa ampliando sus bases, modificando su lenguaje y reclutando a sus jefes en el seno de las capas populares. El Führer y el Duce no son ya políticos de origen aristocrático, sino plebeyos que, extraños a las vías tradicionales de formación de las elites dominantes, han descubierto su vocación política en las calles, en contacto con las masas, a partir de crisis precedentes o ulteriores al primer conflicto mundial. Esta metamorfosis se concluye en efecto al día siguiente de la Gran Guerra, cuando el fascismo intenta introducir en la lucha política el lenguaje y los métodos de combate experimentados en las trincheras. Como gran punto de inflexión que marca una verdadera mutación antropológica en el corazón de Europa, la guerra total había banalizado la violencia y *brutalizado* a las sociedades acostumbrándolas a la masacre industrial y a la muerte anónima de masa. En tanto que movimiento político nacionalista, el fascismo es consecuencia de esta conmoción traumática. Mosse presenta el fascismo como hijo de la *nacionalización de masas*, poderosamente acelerada durante la guerra, en una época en la que la derecha chovinista suscitaba su movilización, infundiéndoles la ilusión de convertirse en actores y ya no, como en el caso de las sociedades liberales anteriores a 1914, en espectadores pasivos de la política.



Enzo Traverso

La nacionalización de las masas se expresaba en un conjunto de ritos colectivos —manifestaciones patrióticas, culto a los mártires, celebración de fiestas nacionales, monumentos, banderas e himnos— que se llevaban a cabo en la liturgia de las grandes kermeses fascistas y nazis, en el discurso de Mussolini en la Piazza Venecia de Roma y de Hitler en el estadio Zeppelin de Nuremberg. Dicho de otra manera, el fascismo convertido en régimen ilustraba de manera elocuente un fenómeno típico de la modernidad: la transformación del nacionalismo en *religión civil*. Se trata de una tendencia cuyos orígenes Mosse remonta a la Revolución Francesa, con su nueva visión de lo sagrado identificado con las instituciones seculares (la República), con su fe en la nación, celebrada con fiestas colectivas que reproducían rituales de tipo religioso, y con la búsqueda de un estilo que inventa una nueva relación entre estética y política. En este sentido, ve en el fascismo a «un descendiente directo del estilo político jacobino». La conmemoración de los muertos

en la primera guerra mundial será el equivalente para el fascismo de las fiestas revolucionarias de la Revolución Francesa. En la línea del jacobinismo, el fascismo habría también heredado las prácticas de cierta tradición socialista. Con su encuadramiento y su movilización de las masas a través de potentes organizaciones populares (no solamente políticas y sindicales, sino también deportivas, culturales, juveniles, etc.), los socialdemócratas alemanes habían hecho del socialismo una forma de religión, erigida en torno a símbolos como la bandera roja y rituales como las manifestaciones del primero de mayo, con su coreografía y sus himnos. Indudablemente, la diferencia esencial entre el socialismo y el fascismo residía en el hecho de que, en el primero, la dimensión religiosa tenía un contrapeso en el fuerte anclaje en el racionalismo de la Ilustración y en la concepción de la emancipación proletaria totalmente opuesta al populismo fascista. Pero esta diferencia no impedía al socialismo, en opinión de Mosse, ejercer una influencia considerable sobre el fascismo en tanto que modelo del que se podían reproducir algunos aspectos dándoles un contenido nuevo.

Este punto de vista no se identifica del todo con aquel, elaborado a partir de los años treinta y cuarenta por Eric Voegelin y Raymond Aron, que interpreta el nazismo y el comunismo como dos distintas «religiones seculares» de la modernidad, compartiendo el mismo rechazo del liberalismo y nutriéndose de las mismas aspiraciones escatológicas. Si el fascismo presenta una dimensión religiosa suscitando en sus discípulos una adhesión fundada principalmente sobre la creencia más que sobre la convicción racional, Mosse profundiza en el estilo, las prácticas y las representaciones, atribuyendo una importancia menor a sus contenidos ideológicos. Inspirándose en Mosse, Gentile ha definido este talante como «una sacralización de la política». Ha analizado en profundidad la simbología del fascismo: la porra como herramienta de una política purificante y regeneradora; la llamada a las conmemoraciones de los mártires, los *squadristi* caídos en combate, el *fascio littorio,* símbolo de unión; sin olvidar la sacralización de la nación mediante el mito de la loba fundadora de Roma. Ha demostrado, sobre todo, hasta qué punto el propio fascismo era consciente de su dimensión religiosa, abiertamente reivindicada por Mussolini en un ensayo escrito en colaboración con Giovanni Gentile para la *Enciclopedia italiana.* Desde 1922, el diario de Mussolini, *Il popolo d'Italia,* comparaba el fascismo con el cristianismo al percibir en los dos tanto «una fe civil y política» como «una religión, una milicia, una disciplina del espíritu». En la misma línea que Jean-Pierre Sironneau, Emilio Gentile señala en el fascismo la estructura típica de una religión articulada en torno a cuatro dimensiones esenciales: la fe, el mito, el rito y la comunión. Para aprehender la liturgia política del fascismo, la noción de «religión civil» sería, en su opinión, mucho más pertinente que la de *estetización de la política* (elaborada por Walter Benjamin en 1935, analizando los escritos de Ernst Jünger y Filippo Tommaso Marinetti, y después utilizada por Mosse). Gentile encuentra esta definición insatisfactoria, señalando que, en el fascismo, la estetización de la política era totalmente indisociable de una *politización de la estética,* en la que las diferentes manifestaciones estaban sometidas a los dogmas de una ideología y sostenidas por la fuerza de una fe. Esto no imposibilita que la movilización de las masas ligada a los rituales de la *religión* fascista apuntara a transformarlas en sujetos históricos, pero sobre todo a reducirlas, como escribió Siegfried Kracauer desde 1936, a pura «forma ornamental». No tener en cuenta este aspecto significa, una vez más, caer en la ilusión óptica que consiste en identificar el fascismo con su autorrepresentación.

A pesar de su parecido genético, Mosse no se inscribe en la corriente historiográfica— cuyo iniciador fue Jacob L. Talmon y último representante François Furet— que percibe el fascismo y el comunismo como dos gemelos totalitarios, aunque acepte reconocer la matriz común en el jacobinismo. Las diferencias entre fascismo y comunismo son tales que no acepta agruparlos en una categoría común, adoptando una definición que se detiene en el único rasgo compartido: el antiliberalismo. En realidad, la continuidad que existe entre jacobinismo y

fascismo no concierne a la ideología, se limita al estilo político y a la sacralización de la nación. La asimilación de fascismo y comunismo en una misma naturaleza es rechazada también por Gentile, que subraya la antítesis radical entre el nacionalismo del primero y el internacionalismo del segundo, una oposición que aleja en su opinión todo *fundamento histórico* a la visión de una pretendida afinidad genética entre ambos. En cuanto a Sternhell, éste no cree en la tesis de François Furet que postula una «complicidad entre comunismo y fascismo». Más allá de sus afinidades superficiales, piensa él, los dos «poseían una concepción totalmente opuesta del hombre y de la sociedad». Los dos perseguían fines revolucionarios, pero sus revoluciones eran opuestas: la una económica y social, la otra «cultural, moral, psicológica y política», encaminada a cambiar la civilización pero indudablemente no a destruir el capitalismo. Esta diferencia radical remite a la relación antagónica que comunismo y fascismo mantienen con la tradición ilustrada, de la que el primero se declaraba heredero mientras que el segundo enterrador. «El comunismo —escribe Sternhell— atacó al capitalismo y a su expresión política, el liberalismo; el fascismo, a la Ilustración».

Los límites de una historia cultural del fascismo

Vamos a abordar ahora algunos aspectos problemáticos de las interpretaciones del fascismo elaboradas por nuestros tres historiadores. Mosse considera la historia cultural como un dominio mucho más extenso que la historia tradicional de las ideas, tal y como él la había descubierto a su llegada a los Estados Unidos (representada por el *Journal of the History of Ideas* de Arthur Lovejoy, en el que debía colaborar). Para comprender el fascismo, piensa Mosse, la historia de las ideas y de la política no es suficiente. Se deben tener en cuenta también sus representaciones, sus prácticas y su capacidad para canalizar los sentimientos populares. Un imaginario colectivo ha encontrado en el fascismo un hogar, un espejo, un amplificador y una válvula de escape. Desde esta perspectiva que privilegia los aspectos culturales y antropológicos de la economía y la sociedad, de las ideologías e instituciones, la historiografía tradicional del fascismo y del nazismo, completamente orientada a la dimensión política de los regímenes, puede tranquilamente ser ignorada. El estudio de las prácticas simbólicas inspirado por Ernst Cassirer, Aby Warbung y Ernst Kantorowicz parece más fructífero. Indudablemente esta línea de análisis ganó fuerza con la obra de Mosse, que renovó la interpretación del fascismo tomando en serio su lenguaje y sus mitos. Pero esta aproximación también muestra, tal y como pasan los años, todas sus debilidades, desembocando en una historia cultural que subestima a menudo la importancia de las ideologías, sustituyendo a la historia intelectual y a la historia social en lugar de integrarlas. En su primera gran obra, *The Crisis of German Ideology* (1964), Mosse se dedicó a la búsqueda de las raíces del nazismo que encontró en un vasto y multiforme movimiento cultural específicamente alemán: el nacionalismo *völkisch*. Estudió el nacimiento de la idea alemana de *Volk* en el seno del neorromanticismo, después su *institucionalización* entre el último cuarto del siglo XIX y la primera guerra mundial, tanto en el mundo académico como en los movimientos de juventud, para analizar, finalmente, su triunfo en el nacionalsocialismo después de 1918. El rasgo sobresaliente de esta ideología *völkisch* le pareció entonces que se encontraba en el rechazo de la Ilustración. Su interpretación del nazismo se presentaba aún como una versión nueva, más orientada hacia la antropología y la cultura que hacia la política, de la teoría del *Sonderweg* alemán. Ciertamente, ésta era una versión más sofisticada y admirablemente argumentada sobre el plano cultural, pero no cualitativamente distinta del diagnóstico aparecido después de la guerra, cuando se empezaba a interpretar el camino del Reich Guillermino hacia la modernidad como un distanciamiento en relación con un pretendido modelo occidental encarnado por la Revolución Francesa y el liberalismo británico.

A partir de los años setenta, por contraposición, Mosse empezó a explorar —quizás bajo la influencia de la Escuela de

Frankfurt— el lado oscuro del *Aufklärung,* del que mostró la dialéctica negativa no como filósofo sino como historiador de la cultura. A medida que el nacionalismo absorbía el conformismo burgués, el ideal de *Bildung* —la educación, la cultura y el autoperfeccionamiento concebidos como valores universales heredados de la Ilustración— era relegado al campo de los *outsiders,* tomando una connotación cada vez más judía. La distancia que el nacionalismo marcó entre su apropiación de la respetabilidad burguesa (*Sittlichkeit*) y la *Bildung* judía levantaba dudas en cuanto a la capacidad del liberalismo de oponerse al ascenso del fascismo. El nacionalismo moderno había nacido de la Revolución Francesa, y su encuentro con la sociedad de masas, al final del siglo XIX, había plantado las bases para el nacimiento del fascismo después de la ruptura de 1914. Así, el fascismo encarnaba el rechazo de un cierto legado filosófico y cultural de la Ilustración (el ideal de *Bildung*) pero, al mismo tiempo, prolongaba y radicalizaba otros rasgos constitutivos (la nacionalización de las masas). Los mitos, los símbolos y la estética —vectores esenciales de la *nacionalización de las masas*— tomaron, pues, una importancia preponderante en los trabajos de Mosse, en detrimento de otros componentes fundadores del fascismo. Éste heredó sin duda el estilo político del jacobinismo, que está en el origen de la transformación del nacionalismo en *religión civil,* pero su ideología y su visión del mundo son forjadas en conflicto radical con la filosofía de la Ilustración y con todos los valores —libertad, igualdad, Derechos del Hombre— proclamados por la Revolución Francesa. Mosse era conciente de eso, pero también es cierto que sus trabajos no toman en consideración todas las consecuencias de esta constatación.

Sternhell: la ideología fascista

En este punto de vista los trabajos de Zeev Sternhell contribuyen a reequilibrar las perspectivas. Al privilegiar la historia de las ideas, percibe el núcleo del fascismo en la antiilustración: «un rechazo total de la visión del hombre y de la sociedad elaborada desde Hobbes hasta Kant, desde la Revolución inglesa del siglo XVII hasta la revolución americana y francesa». Pero su tendencia a reducir el fascismo a su ideología y a capturar su «esencia», en sentido «platónico», en un proceso intelectual aislado de su contexto social, véase hipostasiado en una especie de «arquetipo ideológico», presenta límites considerables, aunque diferentes, de los que se encuentran en Mosse. En efecto, la aproximación de Sternhell se caracteriza no sólo por su indiferencia hacia la mitología y el simbolismo fascistas, sino, más en general, por su rechazo sistemático de toda contribución de la historia social. El fascismo, explica a sus críticos, tiene «razones intelectuales profundas», añadiendo que, para comprenderlo, «la historia social no será de gran ayuda». En un conjunto de obras constantemente reeditadas y enriquecidas, Sternhell ha presentado el fascismo como una corriente ideológica aparecida en Francia a finales del siglo XIX, en la época del *affaire Dreyfus,* que naturalmente desembocó en el régimen de Vichy en 1940. Esto sería el resultado de la confluencia y de la fusión de dos tradiciones políticas hasta entonces antinómicas, una de izquierdas y otra de derechas. La *derecha revolucionaria,* primera manifestación del fascismo, sería el producto de una síntesis entre corrientes de derecha que, bajo el impacto de la sociedad de masas, habrían dado a su nacionalismo una impronta populista, y corrientes de izquierda que, habiendo pasado por una revisión del marxismo y liberadas respecto de la tradición de la Ilustración, habrían tomado una orientación nacionalista. El rechazo compartido de la democracia política y del liberalismo sería la base de esta fusión sincrética entre derecha populista e izquierda nacionalista dando lugar a una nueva forma de «socialismo nacional». El triunfo del darwinismo social, del racismo, del conservadurismo antirrepublicano, del antiliberalismo, del antisemitismo, del elitismo antidemocrático, de la revisión antimaterialista y antirracionalista del marxismo y de una crítica de la modernidad que estimulaba una obsesión por la *decadencia,* habrían creado un sustrato favorable al nacimiento del fascismo, precedido por el boulangerismo y finalmente

por el *affaire Dreyfus*. Sus padres espirituales serían Maurice Barrès, con su síntesis de «autoritarismo, culto al líder, anticapitalismo, antisemitismo y cierto romanticismo revolucionario», y George Sorel, con su revisión antimaterialista del marxismo llevada a cabo gracias a Le Bon, Bergson, Nietzsche y Pareto. La trayectoria ideológica del fascismo habría, pues, tomado forma «mucho antes de 1914» y la Francia de la Tercera República sería su verdadero «laboratorio». Sternhell señala a sus primeros representantes en el seno de una generación intelectual que va desde Barrès a Jules Sury, de George Valois a Sorel, la cuna de un «socialismo nacional» en el que convergen darwinismo social, sindicalismo revolucionario, socialismo revisionista, antisemitismo y nacionalismo antidreyfusiano. Alrededor, un *Zeitgeist* enmarcado por figuras como Edouard Drumont, autor de *La France juive;* Charles Maurras, fundador de Action Française; el sociólogo Gabriel Tarde; el historiador Hyppolite Taine; el psicólogo social Gustave Le Bon, y el eugenista George Vacher de Lapouge. El clima intelectual de entreguerras habría acentuado inevitablemente esta tendencia al «socialismo nacional», permitiéndole expandirse y logrando echar raíces en las masas. El paso de la izquierda socialista a la derecha nacionalista se reproduciría después de la llegada al poder de Mussolini en Italia, en los años treinta, cuando el fascismo será encarnado por figuras como el *neosocialista* Marcel Déat, el ex comunista Jacques Doriot, los fascistas *espirituales* Bertrand de Jouvenel, Thierry Maulnier y Emmanuel Mounier, el *planiste* belga Henri De Man, así como una extensa corte de escritores y *nacionalistas sociales* como Pierre Drieu La Rochelle y Robert Brasillach.

En el curso de los años treinta, el fascismo francés se convirtió en un fenómeno político de masa. No representaba ya a pequeños cenáculos intelectuales como el Círculo Proudhon, sino a partidos que agrupaban a decenas de miles de miembros como el Partido Popular Francés de Jacques Doriot y los Camisas Verdes de Henry Dorgères. En la perspectiva de Sternhell, Vichy acaba la parábola del fascismo francés como la desembocadura natural y lógica de un largo recorrido iniciado con el *affaire Dreyfus,* cuarenta años antes. La claridad con la que esta tesis es defendida en la última parte de su trilogía, *Ni droite ni gauche* (1983), revela, según ciertos comentaristas, rasgos evidentes de una aproximación «teleológica». Pero estas críticas no han convencido a Sternhell que, en un largo ensayo añadido a la tercera edición de su libro, reafirma su tesis: «Todos los principios que sostienen la legislación de Vichy —subraya— están presentes en el programa del nacionalismo de los años 1890».

El límite fundamental de la tesis de Sternhell reside, como numerosos historiadores han indicado, en su falta de historicidad. De la misma manera que Mosse, Gentile está convencido de que el fascismo necesita, para nacer, de la primera guerra mundial, su «verdadera matriz», la crisis de civilización sin la que la síntesis que describe Sternhell no habría nunca traspasado el estadio de algunos círculos intelectuales marginales y débiles. Es la Gran Guerra lo que provoca el hundimiento definitivo del orden europeo nacido un siglo antes con el Congreso de Viena, pone fin a la «persistencia del Antiguo Régimen», reconsidera radicalmente el orden liberal y confiere al nacionalismo un carácter nuevo, mucho más agresivo, militarista, imperialista y antidemocrático. Sin esta ruptura, el nacimiento del fascismo y del nazismo no se hubiese producido jamás, como reconocieron sus propios protagonistas. De la misma manera que Ernst Jünger, quien veía en la guerra la cuna del «trabajador», el «miliciano del trabajo» capaz de remodelar a la sociedad en un sentido totalitario y con métodos militares, Mussolini describía, desde finales de 1917, el contacto entre nacionalismo y socialismo como un producto de la guerra, la experiencia que había engendrado un nuevo poder nacido de las trincheras (*trincerocrazia*). Aunque Sternhell rechace considerar «el peso y la incidencia que han tenido las bayonetas sobre el pensamiento», fue la guerra la que, en Italia, dio a luz al fascismo. Fue ella quien permitió la unión de una corriente socialista convertida en nacionalista (Mussolini) con el sindicalismo revolucionario (Sergio Panunzio), el nacionalismo radical (Enrico Corradini, Alfredo Rocco), el decadentismo irredentista

(Gabrièle D'Annunzio), el liberalismo conservador (Giovanni Gentile) y la vanguardia convertida por su parte en belicista (los futuristas alrededor de Filippo Tommaso Marinetti). Gentile subraya que el nacionalismo anterior a 1914 no tenía como finalidad «regenerar» la civilización, mientras que, a pesar de sus tendencias nacionalistas, el sindicalismo revolucionario apuntaba a la emancipación de los productores mediante la huelga general.

No es hasta después de la ruptura de la Gran Guerra cuando esta corriente abandonó su proyecto social en nombre del nacionalismo, implicándose en una acción política en la que el movimiento obrero constituía incluso uno de los objetivos privilegiados. Mucho más que el fascismo, se podría decir, Sternhell ha ilustrado un *prefascismo* del que los elementos constitutivos no serían articulados, amalgamados y reunidos armónicamente hasta después de 1914-1918. Sobre la base de su aproximación, que privilegia la esencia ideológica del fascismo, más que sus manifestaciones históricas concretas, Sternhell da la misma importancia a los representantes del Círculo Proudhon que a los líderes fascistas de los años treinta, ya no animadores de una nebulosa grupuscular, sino dirigentes de partidos de masas. El fascismo que desestabilizó a Europa en el curso de la moderna *Guerra de los treinta años* comenzada con la crisis de 1914 se reduce así a una copia de su idea *platónica* históricamente invisible en el momento de su aparición. En resumen, Sternhell elimina las diferencias que separan el prefascismo del fascismo, después el movimiento del régimen fascista, diferencias que han sido el centro de la atención de los historiadores desde hace varias décadas.

Otros críticos de Sternhell han subrayado la pertinencia limitada de su concepción del fascismo como síntesis entre dos tradiciones políticas, una procedente de la izquierda y otra de la derecha. Esta visión puede efectivamente encontrar referentes en el caso francés e italiano (con las precisiones cronológicas apuntadas) pero no puede ser generalizada. No se encuentra ninguna componente de izquierda en el origen de las dos variantes principales del fascismo en Europa como son el nazismo alemán y el franquismo español (sin tomar en consideración el caso portugués ni el de la nebulosa fascista de Europa central).

La tesis de Sternhell sobre los orígenes franceses del fascismo ha tenido un impacto fecundo, puesto que ha permitido dirigir una nueva perspectiva sobre la naturaleza y el papel del régimen de Vichy, reconsiderando la interpretación tradicional sobre la *inmunidad* o la *alergia* de la derecha francesa en lo que concierne al fascismo. Aun así, existen todos los límites a una concepción —que algunos críticos no han dudado en calificar de «galocéntrica»— que transforma en paradigma el fascismo francés, un fascismo pese a todo marginal. Incomparablemente más débil que en otros países europeos, el fascismo francés llega al poder tarde, por un corto periodo, en virtud de una derrota y de una ocupación militar sin las que es improbable que nunca hubiese llegado, a diferencia del fascismo italiano y del nazismo alemán, a erigirse en régimen. Un fascismo, además, cuyos rasgos habían sido durante mucho tiempo esencialmente intelectuales y cuya transformación en régimen, bajo la forma de la *revolución nacional* del mariscal Pétain, había tenido lugar al precio de un sincretismo singular con otras corrientes políticas ligadas más a la tradición conservadora, autoritaria y legitimista que a la de los fascismos europeos. Por eso el caso francés constituye, según la opinión de Robert O. Paxton, un ejemplo típico de *fracaso* del fascismo en el periodo de entreguerras. El régimen de Vichy se sitúa finalmente en la categoría de los *fascismos de ocupación,* en los que faltaba un rasgo esencial del fascismo auténtico: «una política expansionista de grandeza nacional».

El fascismo: ¿revolución o contrarrevolución?

Aquello en lo que Mosse, Sternhell y Gentile coinciden es en la infravaloración de un rasgo principal del fascismo: el anticomunismo. Evidentemente ninguno de ellos ignora este aspecto, pero tampoco le atribuyen un papel decisivo. Esta actitud tiene causas diferentes. En el caso de Mosse, tiene que ver con la desvalorización de la dimensión

ideológica del fascismo con respecto a sus aspectos culturales, estéticos y simbólicos. En el de Sternhell, se desprende de su interpretación del fascismo como reacción puramente antiliberal o, más precisamente, de su reducción del fascismo a una expresión moderna de la antiilustración en la que el anticomunismo no sería más que una variante. Finalmente Mosse, Sternhell y Gentile infravaloran el anticomunismo a causa de su insistencia en la naturaleza «revolucionaria» del fascismo. Sin embargo, el anticomunismo modela al fascismo desde el principio hasta el final de su trayectoria. Se trata de un anticomunismo militante, agresivo, radical, que confiere un carácter nuevo al nacionalismo y transforma su *religión civil* en guerra de cruzada contra el enemigo. Como antibolchevismo, el fascismo no parece *revolucionario,* parece más bien un fenómeno típicamente contrarrevolucionario, que toma impulso en la oleada antibolchevique que irrumpe en Europa después de 1917. La represión de la revuelta espartaquista en Berlín, de las repúblicas de los consejos obreros en Baviera y Budapest en 1919 y del *biennio rosso* italiano en 1919-1920, marcado por una oleada de huelgas y de ocupación de fábricas en el norte del país, son los momentos principales. La revolución fascista no se podía definir sino por oposición radical a la revolución comunista. Se trataba, en este sentido, de una «revolución contra la revolución».

En el fondo, es esta dimensión contrarrevolucionaria la que constituye el tronco común de los fascismos en Europa, más allá de sus ideologías y de sus trayectos a menudo diferentes. Arno J. Mayer acierta al afirmar que «la contrarrevolución se desarrolló y alcanzó la madurez en toda Europa bajo los rasgos del fascismo». Es en nombre del anticomunismo por lo que el fascismo italiano, el nazismo y el franquismo convergen en un frente común en la guerra civil española. Desde numerosos puntos de vista, el anticomunismo es mucho más fuerte que el antiliberalismo en el fascismo. En Italia en 1922, como en Alemania diez años más tarde, es la convergencia entre el fascismo y las elites tradicionales, de orientación liberal y conservadora, lo que está en el origen de la *revolución legal* que permite la llegada al poder de Mussolini y Hitler. No se trata de reducir el fascismo al anticomunismo o, en la línea de Ernst Nolte, a una «copia» del comunismo, de cuyo modelo originario el fascismo habría tomado prestada su estrategia y prácticas. El fascismo trata de articular en un sistema coherente ciertos elementos ideológicos nacidos antes de la revolución rusa de 1917 y no hay duda de que su anticomunismo se injerta en el tronco de la antiilustración. Pero el anticomunismo se vuelve indispensable para amalgamar estos elementos diferentes y sobre todo para transformar una ideología en política y una visión del mundo en un programa de acción. Dicho de otra forma, el fascismo no existiría sin el anticomunismo, aunque no se reduzca a este último.

Es en el fondo el propio concepto de *revolución fascista,* muy utilizado por nuestros tres historiadores, a menudo en el título de sus trabajos, lo que plantea un mayor interrogante. Si tienen razón al destacar las debilidades de las interpretaciones marxistas tradicionales del fascismo, se equivocan al ignorarlas completamente, puesto que éstas les habrían podido ayudar a percibir el impacto real de la *revolución fascista.* Ésta, como Mosse y Gentile advierten acertadamente siguiendo a De Felice, fue impulsada por un movimiento en el que el núcleo social estaba constituido por las capas medias emergentes (en Italia) o en vías de proletarización (en Alemania), un movimiento dirigido por los líderes plebeyos que no obtuvieron el apoyo de las elites dominantes hasta el momento de su ascenso al poder. Los fascismos instauraron, por tanto, regímenes nuevos, destruyendo el Estado de Derecho, el parlamentarismo y la democracia liberal, pero, a excepción de la España franquista, tomaron el poder por vías legales y nunca alteraron la estructura económica de la sociedad. A diferencia de las revoluciones comunistas que modificaron radicalmente las formas de propiedad, los fascismos siempre integraron en su sistema de poder a las antiguas elites económicas, administrativas y militares. Dicho de otra manera, el nacimiento de los regímenes fascistas implica siempre un cierto grado de «ósmosis» entre fascismo, autoritarismo y conservadurismo. Ningún

movimiento fascista llegó al poder sin el apoyo, aunque sólo fuese tardío y resignado, por falta de soluciones alternativas, de las elites tradicionales. Esto se dio en el plano social y político, pero también, en gran medida, en el plano ideológico, si se piensa en la coexistencia de Mussolini y del liberal conservador Giovanni Gentile en el fascismo italiano, de Joseph Goebbels y Carl Schmitt en el nazismo o de los carlistas y falangistas en el primer franquismo. Cuando se habla de *revolución* fascista, se deberían siempre poner grandes comillas, si no corremos el riesgo de ser deslumbrados por el lenguaje y la estética del propio fascismo, incapacitándonos para guardar la necesaria distancia crítica. Philippe Burrin dio en el blanco al definir el fascismo como una «revolución sin revolucionarios».

La insistencia en esta matriz *revolucionaria* del fascismo conduce a nuestros historiadores a infravalorar, entiéndase negar, la presencia de una componente conservadora en el seno del fascismo. Los tres insisten en su dimensión moderna, en su voluntad de erigir una «civilización nueva» y en su carácter totalitario, olvidando un poco demasiado pronto que el conservadurismo acompaña a la modernidad, siendo una de sus caras, y que incluso la ideología de la contrarrevolución clásica —la de Joseph de Maistre, como demostró Isaiah Berlin en un brillante ensayo— prefiguraba ciertos rasgos del fascismo. Para Mosse —sus coincidencias con Jacob L. Talmon se acaban ahí—, el fascismo es totalitario en la medida en que proviene de la Ilustración y del jacobinismo. Para Sternhell, es totalitario en tanto que crítica moderna de la Ilustración, que apunta a regenerar la comunidad nacional. Para Gentile, en tanto que proyecto de reorganización nacionalista y de modernización de la sociedad, fundado sobre el culto a la técnica y sobre el mito del hombre nuevo; una concepción que hará de la ideología fascista «la racionalización más completa del Estado totalitario». Focalizándose en la ideología, esta aproximación está aún lejos de restituir adecuadamente la complejidad de la relación mantenida por el fascismo con el conservadurismo.

Otros historiadores, más preocupados por conducir la edificación de la fachada ideológica y propagandista del régimen a su contexto social y político más general, hablaron contrariamente de «fracaso de las ambiciones totalitarias del fascismo». Subrayaron así, para el caso italiano, la burocratización y estabilización conservadora del régimen durante los años treinta, cuando el partido fascista estaba prácticamente absorbido por el aparato del Estado (a la inversa de lo que se produce en Alemania). El modernismo acuñado y reivindicado por el nazismo alemán y por el fascismo italiano no impidió a estos dos regímenes atraerse a las corrientes conservadoras en el momento de su instalación, ni integrar a los pilares del conservadurismo en su sistema de poder. Es por un espíritu o preocupación conservadora, no por adhesión profunda a su visión del mundo y a su proyecto de purificación y de dominación radical, por lo que las elites económicas y el ejército alemán apoyan al régimen de Hitler, convirtiéndose en componentes indispensables de su *policracia*. Y es tomando conciencia de la necesidad para consolidar su poder, de obtener el apoyo de las fuerzas conservadoras esenciales de la sociedad italiana, como Mussolini acepta primero erigir su régimen a la sombra de la monarquía de Víctor Manuel III y decide seguidamente lograr un compromiso con la Iglesia católica. Esto es más claro para el caso francés, en el centro del análisis de Sternhell. A pesar de sus rasgos fascistas, el régimen de Vichy sigue anclado a un proyecto restaurador, autoritario y tradicionalista, el de la *revolución nacional* que, señala Robert O. Paxton, «se sitúa manifiestamente más cerca del conservadurismo que del fascismo». Todo el nacionalismo y la extrema derecha franceses, desde el conservadurismo maurrasiano hasta el fascismo, convergen, gracias a un rechazo compartido del parlamentarismo, en el régimen de Vichy, caracterizándolo como una mezcla de conservadurismo y de fascismo.

Representativo desde este punto de vista es el caso español, ignorado por nuestros tres historiadores. En España, dos ejes coexisten en el seno del franquismo: por un lado, el nacionalcatolicismo, la ideología conservadora

de las elites tradicionales, desde la gran propiedad territorial hasta la Iglesia; por otro, un nacionalismo de orientación explícitamente fascista —secular, modernista, imperialista, «revolucionario» y totalitario— encarnado por Falange. El primero no está fascinado por el mito de una «civilización nueva», ya que quiere restaurar una grandeza española proyectada no en el futuro sino en el pasado, en el Siglo de Oro. El segundo desea erigir un Estado fascista moderno y poderoso, integrado en una Europa totalitaria al lado de Italia y Alemania, premisa de su expansión imperialista en África y América Latina. Franco juega un papel de mediador entre los dos durante la guerra civil y los primeros años de su régimen, que reorganiza posteriormente a partir de 1943, cuando la derrota de las fuerzas del Eje se perfila en Europa, sobre bases claramente nacionalcatólicas. Algunos historiadores hacen de este viraje el punto de partida de una «catolización» de Falange y de una «desfascistización» del franquismo. Conflictos entre autoritarismo conservador y fascismo se produjeron evidentemente en el curso de los años treinta y cuarenta, como lo prueban la caída de Dollfus en Austria, en 1934, la eliminación de la Guardia de Hierro rumana por el general Antonescu, en 1941, o la crisis entre el régimen nazi y una gran parte de la elite militar prusiana revelada por el atentado contra Hitler, en 1944. Pero estos conflictos no eclipsan los momentos de coincidencia recordados más arriba.

Queda el problema de la violencia, relegado a un segundo plano por las tres interpretaciones del fascismo incardinadas en la ideología, las representaciones o la cultura. Nuestros tres autores subrayan la importancia del militarismo y del imperialismo, del culto vitalista del combate y del nacionalismo guerrero en el seno del fascismo. Mosse ha dedicado sus estudios al triunfo del antisemitismo *völkisch,* aclarando así una de las premisas ideológicas de la *solución final.* Con su análisis de la Gran Guerra, al remarcar como consecuencia capital la familiarización de las sociedades europeas con la masacre industrial, percibió una de las claves para explicar la violencia nazi en el segundo conflicto mundial. Pero estas intuiciones no se integran en su definición del fascismo, que queda limitada a su base cultural, mítica y simbólica. En cuanto a Gentile, ha destacado la importancia de la creación del *Imperio* para el perfeccionamiento del Estado totalitario italiano, sin interrogarse sobre el nexo existente entre la ideología y las prácticas del régimen. Contrariamente, el problema es evitado por Sternhell quien, haciendo del nacionalismo francés de finales del siglo XIX la versión ideal del fascismo, excluye la violencia de sus elementos constitutivos (o la reduce implícitamente a un epifenómeno resultante de manera natural e inmediata de la ideología). Ninguno de los tres reconoce que la violencia sea un rasgo consustancial al fascismo, desarrollada en forma de represión de masa, de sistema concentracionario o de práctica exterminadora. Se trata, sin embargo, de un aspecto macroscópico, muy presente en la conciencia histórica y en la memoria colectiva de las sociedades europeas.

¿Se puede obviar la violencia en la definición del fascismo italiano, en la que la narración histórica está encuadrada en dos guerras civiles, la primera latente (1922-1925) y la otra particularmente mortífera (1943-1945), con una guerra colonial en medio que tomó rápidamente los rasgos de un genocidio (1935)? ¿Se puede ignorar la violencia en el caso del nazismo, régimen carismático que conoció un proceso de radicalización permanente desde su nacimiento hasta su caída, en una apoteosis de terror y de exterminación? ¿Se puede soslayar la violencia en la definición del franquismo, nacido de una guerra civil terriblemente sangrienta, seguida de una represión sistemática marcada, durante seis años, por decenas de miles de ejecuciones, a menudo extralegales, y por la creación de un sistema muy extendido de campos de trabajo forzoso?

Aun así, la violencia nunca está en el centro de la reflexión de Mosse. Su antiguo discípulo, Steven E. Aschheim, tiene sin duda razón al precisar que, para el historiador americano los campos de exterminio no eran en el fondo más que un aspecto «técnico» del nazismo, mientras que toda su obra se esfuerza por comprender el sustrato cultural y

mental de la violencia nazi. Entre la ideología, la cultura y la política de exterminio queda, sin embargo, una laguna que sus trabajos nunca han tratado de resolver. En su última obra, Mosse parece reducir la comparación en el plano de la violencia entre fascismo y nazismo al carácter «más humano» del dictador italiano en relación con su homólogo alemán. A diferencia de su maestro De Felice, que destacaba la exclusión de la Italia fascista del «costado oscuro» del Holocausto, Gentile evita este tipo de comparaciones que, en el caso de un italiano, arriesgan a tomar una connotación apologética. Éste destaca lúcidamente la incapacidad de Mosse para prestar atención a la «militarización de la política» como uno de los elementos constitutivos del fascismo. Sin embargo, en sus propios trabajos no parece interesarse mucho por la violencia del fascismo italiano.

Interpretar el fascismo *desde el interior,* partiendo del lenguaje, de la cultura, de las creencias, de los símbolos y de los mitos de sus protagonistas, ayuda a comprender aspectos esenciales de esta experiencia histórica. Una mirada exterior que, rechazando a priori toda empatía entre el historiador y su objeto de estudio, reemplace el esfuerzo de comprensión por un juicio ético-político, está condenada a no aprehender la naturaleza del fascismo. Es la convicción que ha conducido a De Felice, Mosse y Gentile a rechazar la interpretación antifascista del fascismo. Los resultados de esta aproximación fueron contradictorios, con intuiciones innovadoras y percepciones increíblemente obtusas. Reduciendo el fascismo a su cultura y a su imaginario, su violencia se vuelve simbólica. Para alcanzar la importancia real de la violencia fascista es necesario adoptar otro tipo de empatía, dirigida esta vez hacia sus víctimas. No es necesario apuntar que esto implica la adopción de una postura epistemológica ligada a la tradición antifascista. El carácter a menudo ideológico de esta tradición y el haber sido fuente de abusos en el pasado, cuando indudablemente se reemplazó el análisis histórico por el juicio moral, no ponen por eso en duda la pertinencia de un gran número de estudios que de ésta se desprenden.

Sternhell, por su parte, se limita a incidir en una brecha ideológica. Bajo su punto de vista, «el fascismo no debería ser identificado bajo ningún concepto con el nazismo», fundado sobre el determinismo biológico. Los dos presentan obviamente rasgos comunes, pero se separan en este punto decisivo. El racismo biológico está incuestionablemente presente en el fascismo francés, pero es sólo con el nazismo con quien se convierte en «el alfa y el omega de una ideología, de un movimiento y de un régimen». Con esta idea, Sternhell se aproxima a De Felice, que siempre insistió en los orígenes revolucionarios y de izquierda del fascismo italiano, opuestos a los románticos y reaccionarios del nazismo. En la línea de Jacob Talmon, De Felice vio el fascismo y el nazismo como dos formas distintas de totalitarismo, uno de izquierda y otro de derecha, uno resultante del jacobinismo y otro del racismo. Esta apreciación de Sternhell se inscribe en una visión de conjunto bastante problemática. Por un lado, permite comprender la singularidad histórica del antisemitismo nazi, ligada a una visión del mundo fundada sobre la biología racial y que desemboca en una práctica de exterminio industrial que se convierte en su característica exclusiva. Por otra parte, ese punto de vista niega contra toda evidencia la pertenencia del nazismo a la familia política de los fascismos, una estirpe europea que ha conocido diversas variantes, que indiscutiblemente no excluye la especificidad de cada régimen, pero que constituye, sin embargo, su matriz común. En la Europa de los años treinta, el fascismo se dibujaba en principio como un «campo magnético» en cuyo ámbito se inscribían intelectuales, movimientos, partidos y regímenes. Cada uno aportaba sus propias tradiciones nacionales y dosificaba a voluntad la mezcla entre conservadurismo y modernidad, revolución y contrarrevolución, nacionalismo e imperialismo, antisemitismo y racismo, antiliberalismo y anticomunismo que está en el seno de toda forma de fascismo; cada uno elaboraba sus mitos y símbolos, cada uno los traducía, asimismo, en prácticas políticas. El resultado no era siempre conforme al tipo ideal del fascismo, pero la tendencia a la

fascistización, según la expresión de Ismael Saz Campos, era evidente. Y uno de los rasgos de esta fascistización (Sternhell hablaría de «impregnación» fascista) resulta ser el recurso a la violencia.

Interpretación del fascismo y uso público de la historia

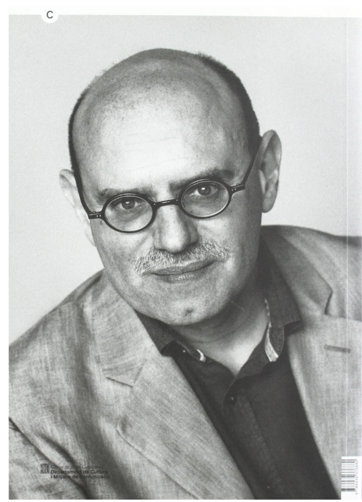
Es este el momento de cambiar de enfoque. Si dejamos de lado las interpretaciones del fascismo y procedemos al análisis de su impacto en la conciencia histórica y en la memoria colectiva de los países cuya recepción ha sido más importante, la situación cambia de color. Mosse desbrozó el camino y la historiografía actual reconoce hoy unánimemente su papel de pionero. Sus estudios contribuyeron al impulso de la memoria del Holocausto en el mundo occidental y fueron recibidos como un esfuerzo indispensable para comprender el nazismo, su cultura, así como el sustrato histórico de sus crímenes. Su situación de intelectual judío alemán exiliado no daba pie a proyectar ninguna ambigüedad sobre el significado de sus esfuerzos de comprensión del fascismo *desde el interior,* procediendo por *empatía.* Como afirmaba con ocasión de una entrevista, poco antes de su muerte, el Holocausto reconsideró la cultura europea en su conjunto; esto es por lo que añadía que «todas mis obras tocan de una manera o de otra la catástrofe judía de mi época».

Su defensa de la campaña «anti-antifascista» de De Felice y de sus discípulos, sin embargo, presenta algunas ambigüedades. En Italia, la renovación de los paradigmas interpretativos del fascismo se inscribió en un contexto cultural y político marcado por la reconsideración de la legitimidad ética y política del antifascismo. Los estudios incardinados en la dimensión cultural y simbólica del fascismo acompañaron su despolitización en tanto que objeto de memoria, contribuyendo a neutralizar sus posturas conflictivas. Fue al calor de la reivindicación neopositivista de un estudio *científico* y despolitizado de la historia del fascismo como se produjo en Italia, con la bendición de la derecha y de los medios de comunicación, la *reconciliación* de la nación con su pasado. La frontera entre comprensión y legitimación se desdibujó poco a poco. La liturgia del fascismo fue inscrita en el patrimonio nacional, mientras que el antifascismo fue descalificado como acción de una minoría. El fascismo encarnaría así la memoria nacional mientras que el antifascismo, nacido después del 8 de septiembre de 1943, sería un producto de la «muerte de la patria». En la vulgarización mediática —que no debemos confundir con la obra de De Felice, aunque éste la haya estimulado—, la violencia del fascismo fue puesta entre paréntesis, borrando del mapa sus actuaciones genocidas en África y minimizando su complicidad con la política exterminadora del nazismo. La violencia de la República de Saló fue separada de la historia del fascismo y relativizada en el contexto de la guerra civil italiana de los años 1943-1945. Ésta se explicaría como reacción a la violencia antifascista (calificada, según las preferencias, de comunista, totalitaria o antinacional). En Italia, De Felice ha reconciliado a Mosse con Nolte.

Es en este contexto en el que se inscribe la recepción de la obra de Gentile. Original e innovador, su estudio de la cultura fascista, con sus mitos y sus símbolos, resulta probablemente tan unilateral como las interpretaciones antifascistas del fascismo dominantes en los años de posguerra y que se propone ahora superar. Para comprender el fascismo no basta con estudiar sus *autorrepresentaciones,* igual que no es suficiente con reducirlo a la imagen que de él daban sus enemigos. Como sus críticos han reprochado, un método consistente en privilegiar la *literalidad* del discurso fascista tiene a menudo el peligro de caer en la trampa de «no darse cuenta de la diferencia que existe entre las palabras y los hechos», identificando a la sociedad con el régimen y a este último con su fachada exterior.

Los trabajos de Sternhell han causado efectos muy distintos en Francia, donde han agitado de manera muy saludable el antiguo consenso historiográfico sobre la inexistencia de un fascismo francés, dando lugar a uno de los estímulos más significativos para el

despertar del «síndrome» de Vichy. Hasta mediados de los setenta, la tesis de René Rémond sobre la inmunidad francesa al fascismo —considerado como un fenómeno extraño a las tres tradiciones de la derecha nacional (legitimista, orleanista y bonapartista)— había conducido al olvido de Vichy. Junto con otros historiadores, desde Robert O. Paxton y Michael Marrus hasta Gérard Noiriel, cuyas investigaciones han aclarado los rasgos fascistizantes del régimen de Vichy, su antisemitsmo y especialmente su complicidad con la política nazi de exterminio de los judíos de Europa, Sternhell reabrió el debate. Mostró que, lejos de ser un simple incidente debido a la derrota y ocupación alemana, el régimen de Vichy era el producto de una historia muy francesa, en la que convergían varias corrientes de pensamiento arraigadas en la cultura francesa desde hacía casi medio siglo. La tesis de Sternhell marcó un punto de inflexión y es hoy una referencia ineludible en el debate historiográfico. Esta discusión está lejos de estar agotada, pero la visión tradicional de una cultura francesa «alérgica» al fascismo ha sido abandonada gradualmente y, aunque la idea de un origen francés del fascismo sigue siendo muy controvertida, el reconocimiento de la existencia de un fascismo francés es actualmente casi unánime.



Enzo Traverso

El misterio del fascismo

David Ramsay Steele

*C*uando llegó en a Suiza busca de trabajo, en 1902, a los 18 años de edad, Benito Mussolini estaba sin un penique y acosado por el hambre. En sus bolsillos sólo tenía un medallón barato de níquel con la efigie de Karl Marx.

Después de un tiempo sin hacer nada, Mussolini encontró trabajo como albañil y sindicalista en la ciudad de Lausana. Rápidamente alcanzó fama como agitador entre los trabajadores emigrantes italianos, y un periódico local de lengua italiana se refirió a él como "el gran Duce [líder] de los socialistas italianos." Leía vorazmente, aprendió varios idiomas extranjeros y estudió a Pareto en la universidad.

La gran fama del Duce era hasta ahora puramente local. A su regreso a Italia, el joven Benito era solamente un miembro mediocre del Partido Socialista. Pronto comenzó a editar un pequeño periódico particular, "La Lotta di Classe" (la lucha de clases), un órgano ferozmente anti-capitalista, anti-militarista y anti-católico. Se tomó en serio el dicho de Marx según el qual la clase obrera no tenía patria, y se opuso firmemente a la intervención militar italiana en Libia. Encarcelado varias veces por su participación en huelgas y protestas contra la guerra, se convirtió en una especie de héroe de izquierda. Antes de cumplir los 30 años, Mussolini fue elegido miembro del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista, y se hizo editor de su diario, "Avanti!". La circulación del periódico y la popularidad personal de Mussolini creció a pasos agigantados.

Junto con la expulsión del partido de aquellos diputados (miembros del Parlamento) que se consideraban excesivamente conciliadores con la burguesía, la elección de Mussolini para la ejecutiva socialista fue una parte de las maniobras que la línea dura de la izquierda marxista adoptó para hacerse con el

control del partido. El cambio fue recibido con gran regocijo por Lenin y otros revolucionarios de todo el mundo. De 1912 a 1914, Mussolini fue el Che Guevara de su época, un santo en vida del izquierdismo. Guapo, valiente, carismático, un erudito marxista, un orador y escritor fascinante, un guerrero de clase dedicado a la central, era el Duce incomparable de la izquierda italiana. Se le suponía en la cabeza de cualquier futuro gobierno socialista italiano, elegido o revolucionario.

En 1913, cuando todavía era editor del "Avanti!", comenzó a publicar y editar su propia revista, "Utopía", un foro de discusión y de controversia entre los socialistas de izquierda. Como otras muchas revistas socialistas, ésta se fundaba en la esperanza, y su objetivo era el de formar cuadros altamente preparados de revolucionarios, purgados de ilusiones dogmáticas y dispuestos a aprovechar el momento. Dos de los colaboradores de Mussolini en "Utopía" colaborarían respectivamente en la fundación del Partido Comunista Italiano y en la del Partido Comunista Alemán Otros, con Mussolini, se encontraron en el movimiento fascista.

La Primera Guerra Mundial comenzó en agosto de 1914, sin la participación de Italia. ¿Debía unirse Italia a Gran Bretaña y Francia contra Alemania y Austria, o permanecer al margen de la guerra? Todos los líderes de los principales e intelectuales del Partido Socialista, Mussolini entre ellos, se opusieron a la participación italiana.

Entre octubre y noviembre de 1914, Mussolini cambió a una posición favorable a la guerra. Dimitió como editor de "Avanti!", se unió a los izquierdistas pro-guerra fuera del Partido Socialista, y lanzó un nuevo periódico socialista a favor de la guerra: "Il Popolo d'Italia" (el pueblo de Italia). La dirección del Partido Socialista lo consideró una gran traición, una venta a los proxenetas de la burguesía, y Mussolini fue expulsado del partido. Fue tan escandaloso como si, 50 años después, Guevara hubiera anunciado que se iba a Vietnam para ayudar a defender el Sur contra la agresión de Vietnam del Norte.

Italia entró en el conflicto en mayo de 1915, y Mussolini se alistó. En 1917 fue gravemente herido y hospitalizado, saliendo de ella como el más popular de los socialistas en favor de la guerra, un líder sin movimiento. La Italia de posguerra estaba atenazada por la guerra civil y la violencia política. Se respiraba un ambiente revolucionario a raíz del golpe de Estado bolchevique en Rusia, las huelgas de la izquierda organizada, las ocupaciones de fábricas, los motines y los asesinatos políticos. Los socialistas daban palizas frecuentemente, a veces asesinando a soldados que regresaban a casa, sólo por haber luchado en la guerra. Atacar a los opositores políticos destruyendo su propiedad acabó por convertirse en un hecho cotidiano.

Mussolini y un grupo de seguidores lanzaron el movimiento fascista en 1919. Los primeros fascistas en su mayoría e inicialmente fueron hombres de la izquierda: sindicalistas revolucionarios y antiguos marxistas. Se llevaron con ellos algunos nacionalistas no socialistas y futuristas, y sus filas se nutrieron en gran medida de soldados desmovilizados, por lo que la mayor parte de los fascistas comunes y corrientes no tenían antecedentes de izquierda. Los fascistas adoptaron las camisas negras de los anarquistas y "Giovinezza" (juventud), la canción de los combatientes italianos de primera línea.

Aparte de su ardiente nacionalismo y la defensa de una política exterior en favor de la guerra, el programa fascista era una mezcla de medidas radicales de izquierda, de izquierda moderada, democrática y liberal, y durante más de un año, el nuevo movimiento no fue mucho más violento que otras agrupaciones socialistas. Sin embargo, los fascistas entraron en conflicto con los miembros del Partido Socialista y en 1920 formaron una milicia, la squadre (escuadrones). Incluyendo muchos veteranos patriotas, los escuadrones se mostraron mucho más eficientes que los decididos y violentos pero torpes marxistas en las tácticas de incendios provocados y de terror. A menudo, contaban los fascistas con el apoyo tácito de la policía y el ejército. En 1921 los fascistas tenían la ventaja en el combate físico con sus rivales de la izquierda.

Los elementos democráticos y liberales en el discurso fascista disminuyeron rápidamente y en 1922 Mussolini declaró que "el mundo está girando a la derecha." Los socialistas, que controlaban los sindicatos, convocaron la huelga general. Con la marcha sobre algunas de las principales ciudades, los escuadrones de camisas negras actuaron de forma rápida reprimiendo por la fuerza la huelga y la mayoría de los italianos dejó escapar un suspiro de alivio. Esto dio a los camisas negras la idea de marchar sobre Roma para tomar el poder. Los fascistas se reunieron de forma pública para la gran marcha, pero el gobierno trató de prevenir una posible guerra civil llevando a Mussolini al poder; el Rey "pidió" a Mussolini para se convirtiera en primer ministro con poderes de emergencia. En lugar de una sublevación desesperada, la Marcha sobre Roma fue la celebración triunfal de una transferencia legal de la autoridad.

El primer ministro más joven en la historia italiana, Mussolini, era un apañador hábil e incansable, un formidable tramoyista y negociador en una monarquía constitucional que no se convirtió en una dictadura absoluta y permanente hasta diciembre de 1925, y aun así conservó elementos de pluralismo inestables que requerían habilidades malabares. Se hizo mundialmente famoso por ser un trabajador del milagro político. Mussolini hizo que los trenes llegaran a tiempo, cerró la mafia, drenó los pantanos de Pontine y resolvió la complicada cuestión romana, estableciéndose finalmente el estatus político del Papa.

Mussolini fue acogido con una lluvia de elogios desde sectores diversos. Winston Churchill lo llamó "el mayor legislador de la vida." Cole Porter le dio una tremenda publicidad con una canción de éxito. Sigmund Freud le envió una copia autografiada de uno de sus libros, donde es descrito como "héroe de la cultura." El más taciturno Stalin suministró a Mussolini los planos de los desfiles del Primero de Mayo en la Plaza Roja para que le ayudaran a pulir sus desfiles fascistas.

El resto de la carrera de Il Duce es cada vez más familiar. Conquistó Etiopía, firmó el Pacto de Acero con Alemania, introdujo medidas contra los judíos en 1938, entró en la guerra como el socio chico de Hitler, trató de llevar a cabo por su cuenta la invasión de los Balcanes, aunque tuvo que ser rescatado por Hitler; fue capturado por los aliados y luego destituido por el Gran Consejo Fascista, rescatado de la prisión por las tropas de las SS en una de las operaciones de comando más brillantes de la guerra, y se instaló al frente de una nueva "República Social Italiana". Al final fue asesinado por partisanos comunistas en abril de 1945.

Dado lo que la mayoría de la gente piensa actualmente sobre el fascismo, este escueto recital de hechos es una auténtica historia de misterio. ¿Cómo puede un movimiento que personifica la extrema derecha estar tan fuertemente arraigado en la extrema izquierda? ¿Qué estaba pasando en la mente de los dedicados militantes socialistas para que al final fueran reconvertidos en militantes fascistas igualmente dedicados?

Lo que nos dijeron sobre el Fascismo

En la década de 1930, la percepción de "fascismo" en el mundo de habla inglesa la novedad italiana pasó de ser una especie exótica, incluso elegante, a convertirse en un símbolo para todo uso de la maldad. Bajo la influencia de los escritores de izquierda, se difundió una nueva perspectiva del fascismo que ha llegado a ser la dominante entre los intelectuales hasta hoy. Los argumentos son los siguientes:

El fascismo es el capitalismo enmascarado. Es una herramienta de las grandes empresas, que gobiernan a través de la democracia hasta que se sienten amenazadas de muerte, y luego dan rienda suelta al fascismo. Mussolini y Hitler fueron puestos en el poder por las grandes empresas, ya que el movimiento obrero revolucionario supuso un gran reto para éstas. Pero se tiene que explicar, entonces, ¿cómo puede ser el fascismo un movimiento de masas, y encima uno que no está ni dirigido, ni organizada por las grandes empresas? La explicación es que el fascismo lo hace a través del uso inteligente y diabólico del ritual y el símbolo. El fascismo como una doctrina intelectual está vacío de contenido

serio o, alternativamente, su contenido es una mezcolanza incoherente. El fascismo apela a emociones en lugar de apelar a ideas. Se basa en canto de himnos, banderas ondeando y otras mojigangas, que no són más que dispositivos empleados por los irracionales líderes fascistas que han sido pagados por las grandes empresas para manipular a las masas.

Como los marxistas suelen manifestar, el fascismo "apela a los instintos más bajos", cosa que implica que los izquierdistas están en desventaja porque sólo podrían apelar a instintos nobles como la envidia de los ricos. Por naturaleza, dado que es irracional, el fascismo es sádico, nacionalista y racista. Los regímenes de izquierda también, invariablemente, se manifiestan sádicos, nacionalistas y racistas, pero eso es debido a errores lamentables o a la presión de las circunstancias difíciles. Los izquierdistas quieren lo mejor, pero han de enfrentarse a contratiempos inesperados y la presión de las circunstancias, mientras que los fascistas han elegido cometer el mal.

En términos generales, cualquier régimen totalitario que no tenga como objetivo la nacionalización de la industria y que conserve la propiedad privada, al menos de forma nominal, puede ser definido como fascista. Entre los intelectuales de moda el término se puede ampliar a cualquier tipo de dictadura. Cuando la Unión Soviética y China Popular se enfrentaron en la década de 1960, cada uno de ellas rápidamente descubrió que el otrora país socialista fraternal no era únicamente capitalista, sino, más allá de ello, era "fascista". En el nivel más vulgar, "fascista" se ha convertido en palabra que designa la mala práctica de figuras tan odiadas como Rush Limbaugh o John Ashcroft quienes, a pesar de las faltas que hayan cometido, están tan alejados de fascismo histórico como cualquier otro político en la vida pública hoy.

La consecuencia de 70 años de adoctrinamiento con este particular punto de vista de la izquierda acerca del fascismo es que es actualmente un puzzle. Sabemos cómo pensaban los izquierdistas en los años 1920 y 1930 porque conocemos universitarios cuyo pensamiento era casi idéntico y porque hemos leído a escritores tales como Sartre, Hemingway y Orwell.

¿Pero qué pensaban realmente los fascistas?

Aquellos que se convirtieron en fascistas

Robert Michels fue un marxista alemán desilusionado con los socialdemócratas. Se convirtió en un sindicalista revolucionario. En 1911 escribió Los partidos políticos, un trabajo brillante y analítico que demostraba la imposibilidad de una "democracia participativa" -— una frase que no iba a ser acuñada hasta después de medio siglo, pero que refleja con precisión la original visión marxista de la administración socialista. Más tarde se nacionalizó italiano (cambio de "Robert" a "Roberto") y devino uno de los principales teóricos fascistas.

Hendrik de Man fue en su época un dirigente socialista belga, reconocido como una de las dos o tres inteligencias socialistas más destacadas de Europa. Muchos, en la década de 1930, creían que se trataba del teórico socialista más importante desde Marx. Era uno de los más destacados entre los numerosos marxistas occidentales europeos que, en los años de entreguerras, cambiaron su perspectiva desde el marxismo hasta el fascismo o el nacionalsocialismo. En más de una docena de significativos libros, desde The Remaking of a Mind (1919), The Socialist Idea (1933), hasta Après Coup (1941), de Man nos legó un relato detallado de la odisea teórica que le llevó, en 1940, a aclamar la subyugación nazi de Europa como "una liberación". Su experiencia comenzó, como uno de esos viajes que hacía a menudo, con la convicción de que el marxismo debía ser revisado a partir de líneas "idealistas" y psicologistas.

Futurismo y el vorticismo fueron dos movimientos artísticos de la avant-garde que contribuyeron a la visión del mundo fascista. El futurismo fue la creación de Filippo Marinetti, quien eventualmente perdió su vida al servicio del régimen de Mussolini. Podemos hacernos una idea del estilo pictórico del futurismo a través de los créditos de la serie televisiva "Poirot". Su estilo de poesía tuvo

una influencia definitiva en Mayakovsky. Durante algunos años, las artes futuristas fueron permitidas en la Unión Soviética. El futurismo sostenía que las modernas máquinas eran más bellas que las esculturas clásicas. Alababan el valor estético de la velocidad, intensidad, maquinaria y guerra modernas.

El vorticismo era una variante suavizada del futurismo, asociado con Ezra Pound y el pintor y novelista Wyndham Lewis, un americano y canadiense que se trasladó a Londres. Pound se convirtió en fascista, se trasladó a Italia y, más tarde, se le consideró mentalmente enfermo y fue encarcelado por los ocupantes americanos. Los síntomas de su enfermedad mental eran sus ideas fascistas. Más tarde fue liberado y escogió regresar a Italia, en 1958, como un impenitente fascista.

En 1939, el fascista confeso Wyndham Lewis se retractó de sus elogios anteriores a Hitler, pero nunca renunció de su visión política del mundo, básicamente fascista. Lewis era, como George Bernard Shaw, uno de los intelectuales de la década de 1930 que admiraban el fascismo y el comunismo por igual, alabando a los dos al tiempo que insistían en su similitud.

El fascismo debe haber sido un conjunto de ideas que inspiró a personas educadas que se consideraban modernos. Pero ¿cuáles eran esas ideas?

Cinco hechos acerca del fascismo

En los últimos 30 años, los eruditos han comenzado gradualmente a traernos una apreciación más exacta de lo que era el fascismo. La imagen que surge de la investigación en curso sobre los orígenes del fascismo no es todavía del todo clara, pero es lo suficientemente nítida para mostrar que la verdad no se puede conciliar con la visión convencional. Podemos destacar algunas de las conclusiones inquietantes en cinco hechos:

El fascismo fue una doctrina bien elaborada años antes de recibir este nombre. El núcleo del movimiento fascista fue lanzado oficialmente en la plaza de San Sepolcro el 23 de marzo 1919; se trataba de una tradición intelectual y organizativa denominada "nacional-sindicalismo".

Como construcción intelectual, el fascismo apareció alrededor de 1910. Históricamente, la raíz del fascismo radicaba en la década de 1890 - en la "crisis del marxismo", y en la interacción del socialismo revolucionario del siglo XIX con el anti-racionalismo y anti-liberalismo de fin de siglo.

El fascismo cambió dramáticamente entre 1919 y 1922, y se trasmutó de nuevo y de forma drástica después de 1922. Esto es lo esperado en cualquier movimiento ideológico que se acerca al poder y lo logra. Bolchevismo (nombre del comunismo en 1920) también ha cambiado varias veces de manera espectacular.

Muchas de las investigaciones más antiguas del fascismo son engañosas, ya que se basan casi enteramente en pronunciamientos posteriores a 1922, pero éstos reflejan las presiones de un movimiento político amplio y flexible que consolidaba un gobierno de compromisos. Supongamos que por este método pudiéramos aislar el carácter y la motivación de la ideología fascista: es como si tuviéramos que reconstruir las ideas del bolchevismo mediante la recopilación de los pronunciamientos del gobierno soviético en 1943: eso nos llevaría a la conclusión de que el marxismo debía mucho a Iván el Terrible y Pedro el Grande.

El fascismo fue un movimiento radicado principalmente en la izquierda. Sus líderes e iniciadores tenían mentalidad secular, eran principalmente intelectuales progresistas, enemigos testarudos de la sociedad actual y especialmente de sus aspectos más burgueses.

Había también corrientes de pensamiento no izquierdistas que se introdujeron en el fascismo, la más prominente de ellas fue el nacionalismo de Enrico Corradini. Este movimiento antiliberal y antidemocrático estaba preocupado en construir una Italia fortalecida por una industrialización acelerada. Aunque en su tiempo se le consideraba de derechas, Corradini se proclamaba socialista, como otros movimientos similares en el Tercer Mundo que serían más tarde apoyados por la izquierda.

El fascismo era intelectualmente sofisticado. La teoría fascista era más sutil y

más cuidadosamente pensada que la doctrina comunista. Al igual que el comunismo, distinguía entre la teoría propiamente dicha de la doctrina diseñada para un público amplio. Los fascistas se basaron en pensadores como Henri Bergson, William James, obras de Gabriel Tarde, Ludwig Gumplowicz, Vilfredo Pareto, Gustave Le Bon, Georges Sorel, Robert Michels, Gaetano Mosca, Giuseppe Prezzolini, Filippo Marinetti, A. O. Olivetti, Sergio Panunzio y Giovanni Gentile.

Aquí hay que señalar una diferencia entre el marxismo y el fascismo. El líder de un movimiento político marxista está siempre considerado por sus seguidores como un maestro de la teoría y un innovador teórico de la talla de Copérnico. Los fascistas eran menos propensos a caer en tal error. Las obras de Mussolini eran más leídas que las de Lenin, y también era mejor escritor, pero los intelectuales fascistas no consideraban que sus contribuciones fueran importantes para el cuerpo de la teoría fascista, sino que lo consideraban más un líder de genio que podía pasar de la teoría a la acción.

Los fascistas eran modernizadores radicales. Por temperamento no eran ni conservadores ni reaccionarios. Los fascistas despreciaban el statu quo y tampoco se sentían atraídos ni deseaban retornar a épocas pasadas. Incluso en el poder, a pesar de todas sus adaptaciones a las exigencias de la situación inmediata, y a pesar de su incorporación de elementos sociales más conservadores, el fascismo siguió siendo una fuerza consciente de la modernización.

Dos revisiones del marxismo

El fascismo comenzó como una revisión del marxismo, una revisión que se desarrolló en sucesivas etapas, de manera que esos marxistas gradualmente dejaron de pensar en sí mismos como marxistas y, eventualmente, dejaron de pensar en sí mismo como socialistas. No dejaron de pensar jamás en sí mismos como antiliberales revolucionarios.

La crisis del marxismo tuvo lugar en la década de 1890. Los intelectuales marxistas pretendían que hablaban por los movimientos socialistas de masas de toda la Europa continental, sin embargo, se hizo evidente en aquellos años que el marxismo había sobrevivido en un mundo que Marx creyó que nunca podría existir. Los trabajadores eran cada vez más ricos, la clase obrera se fragmentó en secciones con diferentes intereses, el avance tecnológico se estaba acelerando en lugar de encontrase con una barricada, la "tasa de ganancia" no estaba cayendo, el número de inversores ricos ("magnates del capital") no decrecía sino que se incrementaba, la concentración industrial no fue en aumento y en todos los países los trabajadores estaban poniendo a su patria por encima de su clase.

También en la alta teoría los errores del marxismo estaban siendo puestos en evidencia. La largamente esperada publicación del volúmen III de El Capital de Marx en 1894 reveló que Marx simplemente no tenía ninguna solución a la "gran contradicción" entre los volúmenes I y II, y el comportamiento real de los precios. Críticas devastadoras de Böhm-Bawerk a la economía marxista (1884 y 1896) fueron ampliamente leídas y discutidas.

La crisis del marxismo dio a luz al revisionismo de Eduard Bernstein, que llegó a la conclusión, en efecto, de que la meta de la revolución debía ser abandonada, a favor de reformas graduales dentro del capitalismo. Esto no tenía ningún atractivo para los hombres de la extrema izquierda que rechazaban la sociedad actual, considerándola demasiado repugnante para ser reformada. Los revisionistas también comenzaron a atacar a la doctrina fundamental marxista del materialismo histórico –la teoría de que la organización de una sociedad de producción determina el carácter de todos los demás fenómenos sociales, incluyendo las ideas.

A principios del siglo XX, los izquierdistas que querían estar tan a la izquierda como les fuera posible devinieron sindicalistas, defendiendo que la huelga general era el camino para demostrar el poder de los trabajadores y derribar el orden burgués. La actividad sindicalista entró en erupción a lo largo del mundo, incluso en Gran Bretaña y Estados Unidos. La promoción de la huelga

general fue la manera de desafiar el capitalismo y al mismo tiempo una forma de desafiar a todos aquellos socialistas que querían utilizar el método electoral para negociar reformas en el sistema.

Los sindicalistas empezaron como marxistas intransigentes, pero como revisionistas reconocieron que las los principios clave del marxismo habían sido refutados por la desarrollo de la sociedad moderna. La mayoría de los sindicalistas llegaron a aceptar muchos de los argumentos de Bernstein contra el marxismo tradicional, pero permanecieron comprometidos con el rechazo total de la sociedad existente en lugar de aceptar una reforma democrática. En consecuencia, se llamaron a sí mismos "revisionistas revolucionarios". Se mostraron partidarios de una revisión idealista de Marx, ya que creían en un mucho mayor papel e independencia de las ideas en la evolución social de lo que permitía la teoría marxista.

Anti-racionalismo práctico

Al revisar el marxismo, los sindicalistas estaban fuertemente motivados por el deseo de convertirse en revolucionarios eficaces, no contra molinos de viento, sino para lograr una comprensión efectiva del mundo de los trabajadores. Criticando y reevaluando su propio marxismo, sin embargo y naturalmente, se basaron en las modas intelectuales de la época, en las ideas que circulaban en aquélla conocida como "principios de siglo". El bloque más importante de tales ideas era el "antirracionalismo".

Muchas formas de antirracionalismo proliferaron a los largo del siglo XIX. El tipo de antirracionalismo que tuvo más influencia en los pre-fascistas no fue primeramente la concepción según la cual se debe emplear algo más que la razón para decidir cuestiones de hecho (antirracionalismo epistemológico). Fue más bien la opinión, entendida como una cuestión de franco reconocimiento de la realidad, de que los humanos no están únicamente motivados por el cálculo racional, sino más bien por «mitos» intuitivos (antirracionalismo práctico). En consecuencia, si se quería entender e influir en el comportamiento del pueblo, era mejor reconocer que los trabajadores no son principalmente egoístas, racionales y calculadores, sino que se sujetan y se mueven por mitos.

París fue el centro de moda del mundo intelectual, dictando el ascenso y la caída de los círculos ideológicos. Allí el antirracionalismo estaba asociado con la filosofía de Henri Bergson, el pragmatismo de William James a través del Atlántico, y los argumentos de la psicología social de Gustave Le Bon. Se consideraba que tales ideas valoraban más la acción que el pensamiento, y que demostraban que la sociedad moderna (incluido el movimiento socialista establecido) era demasiado racionalista y demasiado materialista. Bergson y Williams fueron también leídos, sin embargo, como defensores de la idea de que los humanos no trabajaban con una realidad objetivamente entendida, sino con una realidad creada por la imposición de su propia voluntad en el mundo, una afirmación que también fue recogida (errónea o correctamente) de Hegel, Schopenhauer y Nietzsche. Los intelectuales franceses se revolvieron contra Descartes, el racionalista, y rehabilitaron a Pascal, el defensor de la fe. Con el mismo espíritu, los intelectuales italianos redescubrieron a Vico.

El anti-racionalismo práctico se introdujo en el pre-fascismo a través de Georges Sorel y su teoría del "mito". Este influyente escritor socialista comenzó como un marxista ortodoxo que, procedente la extrema izquierda, se convirtió naturalmente en un sindicalista y, pronto, en el teórico sindicalista más conocido. Sorel pasó a defender la teoría de Marx de la lucha de clases de una nueva manera: ya no se trataba de una teoría científica, sino de un "mito", de una comprensión del mundo y el futuro que movía a los hombres a la acción. Cuando empezó a abandonar el marxismo, tanto por sus fracasos teóricos como por su excesivo "materialismo", buscó un mito alternativo. La experiencia de los acontecimientos actuales y recientes le mostró que los trabajadores tenían poco interés en la lucha de clases, pero eran propensos al sentimiento patriótico. Poco a poco, Sorel cambió de posición, hasta que al

final de su vida se convirtió en nacionalista y antisemita. Murió en 1922, esperanzado con Lenin y más cautelosamente con Mussolini.

Una tendencia general en todo el socialismo revolucionario desde 1890 hasta 1914 fue que los elementos más revolucionarios cargaron el acento en el liderazgo, minimizando el papel autónomo de las masas trabajadoras. Este elitismo fue un resultado natural del ardiente deseo de revolución por parte de los revolucionarios y tiene su origen en la poca disposición de la clase obrera para devenir un ente revolucionario.) Los trabajadores eran reformistas instintivos: querían un trato justo dentro del capitalismo, y nada más. Dado que los entre trabajadores no se veía un auténtico deseo de revolución, un pequeño grupo de revolucionarios conscientes tendría que jugar un papel más decisivo del que Marx había imaginado. Ésa fue la conclusión de Lenin en 1902. Era la conclusión de Sorel. Y fue la conclusión del sindicalista Giuseppe Prezzolini cuyas obras en la primera década del siglo Mussolini había revisado con admiración.

El debate sobre el liderazgo fue reforzado por los escritos de Mosca, Pareto y Michels, especialmente la teoría de la Circulación de Élites de Pareto. Todos esos debates enfatizaban el rol vital de activas minorías y la futilidad de esperar que las masas, alguna vez y por sí mismas, alcanzasen algún objetivo. La corroboración adicional vino del sensacional best-seller de 1895 de Le Bon –perpetuamente editado en 12 idiomas- La psicología de las masas, que analizaba el comportamiento irracional de los humanos y llamó atención sobre la proclividad de los grupos a ponerse en manos de un líder fuerte, que podría controlarlo mientras apelara a ciertas creencias primitivas o básicas.

Los iniciadores del fascismo vieron al antirracionalismo como una alta tecnología. Más o menos al estilo de sus coches rápidos y sus aviones. El antirracionalismo fascista, como el psicoanálisis, se concebía a sí mismo como una ciencia práctica que podía canalizar los impulsos humanos en una dirección útil.

¿Una herejía marxista?

Algunas personas han reaccionado ante el fascismo diciendo que es lo mismo que socialismo. En parte, esto se debe al hecho de que "el fascismo" es una palabra que se usa libremente para referirse a todas las dictaduras no comunistas de los años 1920 y 1930, y por extensión para referirse a la más poderoso y terrible de estos gobiernos, el del Nacional Socialismo de Alemania.

Los nazis nunca pretendieron ser fascistas, pero continuamente se proclamaban socialistas, mientras que el fascismo, después de 1921, repudió el socialismo por su nombre. Aunque el fascismo tuvo alguna influencia en el Partido de los Trabajadores Nacional Socialista Alemán, otras influencias fueron mayores, en particular, el comunismo y el nacionalismo alemán.

James Gregor ha argumentado que el fascismo es una herejía marxista, una afirmación que debe que ser considerada con cuidado. El marxismo es una doctrina cuyos principios fundamentales se pueden enumerar con precisión: la lucha de clases, el materialismo histórico, la plusvalía, la nacionalización de los medios de producción, y así sucesivamente. Casi todos esos principios fueron repudiados explícitamente por los fundadores del fascismo, y estos repudios del marxismo definen en gran medida el fascismo. Sin embargo, por paradójico que pueda parecer, hay una estrecha relación ideológica entre el marxismo y el fascismo. Podemos comparar esto con la relación entre, por ejemplo, el cristianismo y el unitarismo. El unitarismo repudia todos los principios distintivos del cristianismo, sin embargo, sigue siendo claramente una rama del cristianismo, preservando una afinidad con su tronco parental.

En el poder, las instituciones reales del fascismo y del comunismo tienden a converger. En practica, los regímenes fascista y nacional socialista cada vez más tendían a conformar aquello que Mises llamó «el modelo socialista alemán». Intelectualmente, los fascistas diferían de los comunistas en que tenían una idea y estaban dispuestos a aplicarla, mientras que los comunistas eran como sujetos hipnóticos, haciendo una cosa y

racionalizándola en términos totalmente diferentes, y en conjunto haciendo cosas imposibles.

Los fascistas defendían el desarrollo acelerado de un país atrasado. Los comunistas siguieron empleando la retórica marxista de la revolución socialista mundial en los países más avanzados, pero todo esto era un ritual de encantamiento para consagrar su intento de acelerar el desarrollo de un país atrasado. Los fascistas convirtieron al nacionalismo en un mito poderoso. Los comunistas defendían el nacionalismo ruso y el imperialismo mientras protestaban de que su sagrada patria era un “estado obrero internacionalista". Los fascistas proclamaron el fin de la democracia. Los comunistas la abolieron y llamaron a su dictadura democracia.

Los fascistas argumentaban que la igualdad era imposible e inevitable la jerarquía. Los comunistas impusieron una nueva jerarquía, disparaban a cualquiera que abogara por la igualdad real, pero nunca dejaron de parlotear acerca del futuro igualitario que estaba "en construcción". Los fascistas hicieron con los ojos abiertos lo que los comunistas hicieron con los ojos cerrados. Esta es la verdad oculta en la fórmula convencional de que los comunistas eran bien intencionados y fascistas mal intencionados.

Revolucionarios desencantados

A pesar de que respetaban "lo irracional" como una realidad, los iniciadores del fascismo no balanceaban voluntariamente influidos por consideraciones irracionales. No eran supersticiosos. Mussolini en 1929, cuando se reunió con el cardenal Gasparri, en el Palacio de Letrán, no era más creyente que Mussolini el polemista violentamente anti-católico de los años anteriores a la guerra, pero había aprendido en su carrera que esta actitud de modernización radical era una pérdida de tiempo, como golpear la cabeza contra la pared de ladrillo de la fe institucionalizada.

Los izquierdistas se imaginan a menudo que los fascistas están atemorizados ante una clase obrera revolucionaria. Nada podría estar más cómicamente equivocado. La mayoría de los líderes fascistas iniciales se habían pasado años tratando de conseguir que los trabajadores se convirtieran en revolucionarios. Todavía en junio de 1914, Mussolini participó con entusiasmo, a riesgo de su propia vida y la integridad física, en la violenta y conflictiva "semana roja". Los iniciadores del fascismo eran en su mayoría veteranos militantes anti-capitalistas que tenían el beneficio de la duda por parte de la clase obrera. La clase obrera, al no ser revolucionaria, había dejado a estos revolucionarios fuera de juego.

El fascismo preferido al marxismo

A fines de 1920, personas como Winston Churchill y Ludwig von Mises veían el fascismo como una respuesta natural y saludable a la violencia comunista. En aquellos momentos ya no se pasaba por alto el hecho de que el fascismo representaba un fenómeno cultural independiente precedido por el golpe de Estado bolchevique. Se hizo ampliamente aceptado que el futuro estaba ya fuera con el comunismo o con el fascismo. Muchas personas optaron por lo que consideraban el mal menor. Evelyn Waugh comentó que él elegiría el fascismo sobre el marxismo, si tenía que hacerlo, pero él no creía que tuviera que hacerlo.

Es fácil ver que el ascenso del comunismo estimuló el surgimiento del fascismo. Pero, desde que la existencia del régimen soviético fue el factor primordial de que el comunismo resultara algo atractivo, y dado que el fascismo era una tradición independiente del pensamiento revolucionario, habría habido, sin duda, un poderoso movimiento fascista incluso en ausencia de un régimen bolchevique. En cualquier caso, después de 1922, el mismo tipo de influencia se desplegaba en ambos sentidos: muchas personas se hicieron comunistas porque consideraban que era la manera más eficaz para luchar contra el temido fascismo. Dos bandas rivales de asesinos políticos, empeñados en establecer su propio poder sin control, cada uno ganándose el apoyo mediante la táctica de señalar los horrores que sus rivales desataban. Fueran cuales fueran las deficiencias de dicho recurso, los horrores mismos eran muy reales.

Del liberalismo al Estado corporativo

En los primeros días del fascismo se aceptó un elemento de lo que se llamaba "liberalismo": la opinión de que el capitalismo y el libre mercado debían dejarse intactos, que era pura locura que el Estado se involucrara en la "producción".

Marx había dejado una herencia extraña: la convicción de que la lucha de clases arrastraría automáticamente a la clase obrera en la dirección del comunismo. Pero la experiencia práctica no ofrece ninguna confirmación de esta suposición y los marxistas han tenido que elegir entre seguir la lucha de clases (crear problemas al capitalismo con la esperanza de obtener algún logro) y tratar de tomar el poder para introducir el comunismo (lucha que obviamente no tiene nada que ver con la huelga por salarios más altos o con ciertas reformas políticas como la legislación fabril de seguridad). Como resultado, los marxistas llegaron a adorar a la "lucha" por sí misma. Y puesto que los marxistas sentían a menudo vergüenza de hablar sobre los problemas que una sociedad comunista podría enfrentar y descartaban cualquier discusión en torno a ese tema como "utópica", fue habitual en ellos argumentar que debían centrarse sólo en el siguiente paso de la lucha, y no distraerse con especulaciones sobre el futuro remoto.

Los marxistas tradicionales creían que había que oponerse a las interferencias del estado, como los aranceles de protección, ya que consideraban que frenaría el desarrollo de las fuerzas productivas (tecnología) y que, por lo tanto, estas intervenciones retrasarían la revolución. Por esta razón, un marxista debía favorecer el libre comercio. Frente a un creciente volumen de reformas legislativas, algunos revolucionarios vieron en estas concesiones astutas estrategias de la burguesía para tomar el control de los antagonismos de clase y por lo tanto estabilizar su estado. El hecho es que las medidas legislativas con el apoyo de socialistas democráticos, que habían sido cooptados por el orden establecido, dio un motivo adicional a los revolucionarios para pasarse al otro lado.

Todas estas influencias podrían persuadir a un marxista de que el capitalismo debía dejarse intacto para un futuro previsible. En Italia, un motivo más era que los marxistas esperaban que la revolución estallase en los países industrialmente avanzados, No había ninguna idea marxista tuviera nada que ofrecer a una economía atrasada como Italia, a menos que la revolución se produjera primero en Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania y Francia. A medida que la perspectiva de una revolución se hizo menos creíble, el tema del desarrollo industrial italiano era todo lo que quedaba, y que era, obviamente, una tarea para el capitalismo.

A partir de 1919, los fascistas desarrollaron una teoría del estado, que hasta entonces era el único elemento teórico que no había sido desarrollado por el marxismo. Su elaboración, en un debate público extenso, dio lugar al punto de vista "totalitario" del Estado, notoriamente expuesto en la fórmula de Mussolini, "Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado". A diferencia de los que más adelante serían los Socialistas Nacionales de Alemania, los fascistas se mantuvieron reacios a la nacionalización pura y simple de la industria. Pero, después de unos años de comparativa no intervención, y algo de liberalización, el régimen fascista se movió hacia una política mucho más intervencionista, y las declaraciones fascistas insistían cada vez en el "estado corporativo". Todos los rastros de liberalismo se perdieron, salvado sólo por la insistencia en que la nacionalización real debía seria evitada. Antes de 1930, Mussolini declaro que el capitalismo tenía siglos de trabajo útil que hacer (una formulación que sólo se le ocurriría a un ex-marxista); a partir de 1930, a causa de la depresión mundial, hablaba como si el capitalismo se hubiera terminado y el Estado corporativo tuviera que substituirlo en lugar de proporcionarle un marco.

A medida que la dictadura maduraba, la retórica fascista cada vez manifestó una mayor hostilidad al ego individual. El fascismo había sido siempre fuertemente comunitario, pero ahora este aspecto se hizo más sobresaliente. El anti individualismo fascista se puede

resumir en la frase que la muerte de un ser humano es como la muerte de una célula en un cuerpo. Desde 1920 hasta 1922, entre las crecientemente histriónicas reuniones de camisas negras, destacaban los servicios funerarios. Cuando el nombre de un compañero recientemente asesinado por los socialistas fue llamado a salir, toda la multitud rugía: "¡Presente!"

El hombre no es un átomo, el hombre es esencialmente social - estos clichés lanudos eran tan fascistas como socialistas. El anti individualismo era especialmente prominente en los escritos del filósofo oficial Giovanni Gentile, que dio a la teoría social fascista su forma acabada en los años finales del régimen.

El fracaso del fascismo

La ideología fascista tuvo dos objetivos por cuya ejecución podía ser razonablemente juzgada: la creación de un ser humano heroicamente moral, un orden social marcado por una moral heroica y el acelerado desarrollo de la industria, especialmente en economías atrasadas como la italiana.

El ideal moral fascista, sostenido por escritores de Sorel a Gentile, es algo así como una inversión de la caricatura de un liberal al estilo de Bentham. El hombre ideal fascista no es prudente, sino valiente; no es calculador, sino decidido; no es sentimental, sino implacable; no se preocupa por ningún beneficio personal, sino que la lucha por los ideales; no va en busca de consuelo, sino que vive la vida intensamente. Los primeros fascistas no sabían cómo iban a construir el orden social que daría lugar a este "hombre nuevo", pero estaban convencidos de que tenían que destruir el orden burgués liberal que había creado su contrario.

Incluso en fecha tan tardía como 1922, no estaba claro para los fascistas que el fascismo, la "tercera vía" entre el liberalismo y el socialismo, establecería un estado policial burocrático, pero dadas las circunstancias y las ideas fascistas fundamentales, nada más era posible. El fascismo introdujo una forma de Estado claustrofóbico dada la opresión que ejercía. El resultado fue una población decididamente caracterizada por la mediocridad y el anti heroísmo, conformista, taimada y miedosa de su propia sombra, un mundo alejado de la clase de carácter humano dinámico que los fascistas habían esperado que heredaría la Tierra.

En cuanto a los resultados económicos del fascismo, el test de los resultados puramente empíricos no es concluyente. En sus primeros años, las medidas económicas del gobierno de Mussolini eran probablemente más liberalizadoras que restrictivas. El giro posterior al corporativismo intrusivo fue seguido rápidamente por la recesión mundial y la guerra. Pero sí sabemos por muchos otros ejemplos que si se deja que siga su curso, el intervencionismo corporativo paralizará cualquier economía. Además, las pérdidas económicas ocasionadas por la guerra se pueden imputar al fascismo, a Mussolini, ya que fácilmente podría haber mantenido a Italia neutral. El fascismo dio tanto poder y de forma tan descontrolada a una sola persona dispuesta a cometer semejante error, que hizo más probable la guerra en 1940, exaltando los beneficios de la misma.

A través de una mirada panorámica de la historia, el fascismo, como el comunismo, al igual que todas las formas de socialismo, y al igual que patriotismo de hoy y la antiglobalización, son el resultado lógico de errores específicos que sobre el progreso humano sostienen algunos intelectuales. El fascismo fue un intento de coger los frutos materiales de la economía liberal, al tiempo que pretendía abolir la cultura liberal. El intento fue completamente quijotesco: no hay tal cosa como el desarrollo económico sin capitalismo de libre mercado y no hay tal cosa como el capitalismo de libre mercado sin el reconocimiento de los derechos individuales. La reacción contra el liberalismo fue el resultado de ideas erróneas, y el vano intento de sustituir el liberalismo fue la aplicación de los errores de interpretación. Al perder la guerra, el fascismo y el nacionalsocialismo se salvaron de la esclerosis terminal que acosó al comunismo.

“El hombre que está buscando”

Cuando Mussolini cambió su postura contra la guerra para ponerse a favor de ella en

noviembre de 1914, los otros líderes del Partido Socialista afirmaron de inmediato que había sido comprado por la burguesía, y esta acusación ha sido repetida por muchos izquierdistas. Pero la idea de un Mussolini vendido es más inverosímil que la teoría que sostiene que Lenin tomó el poder porque fue pagado por el gobierno alemán para sacar a Rusia de la guerra. Como la figura fundamental de la izquierda italiana que fuera, Mussolini estaba haciendo una apuesta, en hondo desacuerdo y provocando su expulsión del Partido Socialista, además de arriesgar su vida como soldado de primera línea.

Como Lenin, Mussolini era un revolucionario capacitado que se hizo cargo del problema de las finanzas. Una vez que se había decidido a salir a favor de la guerra, previó que iba a perder sus ingresos desde el Partido Socialista. Se acercó a ricos patriotas italianos para conseguir apoyo para Il Popolo d'Italia, pero la mayor parte del dinero que llegó a Mussolini procedía de forma encubierta de los gobiernos aliados que querían llevar a Italia a la guerra. Del mismo modo, los bolcheviques de Lenin tuvieron la ayuda de patrocinadores ricos y del gobierno alemán. En ambos casos, vemos a un determinado grupo de revolucionarios que usa su ingenio para recaudar fondos en pro de sus metas.

Jasper Ridley sostiene que Mussolini cambió porque siempre "quería estar en el bando ganador", y no se atrevía a "nadar contra la marea de la opinión pública". Esta explicación es débil. Mussolini había pasado toda su vida en una posición antagónica a la mayoría de los italianos, y con la fundación de un nuevo partido en 1919 volvería de manera deliberara a contradecir a la mayoría. Dado que los individuos suelen ser más influenciados por la presión de su "grupo de referencia" que por las opiniones de toda la población, podríamos preguntarnos por qué Mussolini no nadó con la marea de la dirección del Partido Socialista y la mayoría de la membresía del partido, en lugar de nadar con la marea de los socialistas de dentro y de fuera del Partido que se había puesto en favor de la guerra.

A pesar de su personalidad o incluso su decisión pudiera haber sido influenciada por el tiempo, la presión de Mussolini para cambiar su posición provenía de una evolución a largo plazo en sus convicciones intelectuales. Desde sus primeros años como un marxista revolucionario, Mussolini había sido favorable al sindicalismo, a continuación, un sindicalista real. A diferencia de otros sindicalistas, se quedó en el Partido Socialista, y mientras progresaba dentro de él, continuó con los oídos abiertos a los sindicalistas que lo habían dejado. En muchos temas, su forma de pensar seguía la de ellos, con más cautela, y muchas veces cinco o diez años detrás de ellos.

De 1902 a 1914, el sindicalismo revolucionario italiano sufrió una rápida evolución. Siempre opuestos a la democracia parlamentaria, los sindicalistas italianos, bajo la influencia de Sorel, se comprometieron con la violencia extra-constitucional y la necesidad de que la vanguardia revolucionaria debía iniciar la lucha. Ya en 1908, el Mussolini marxista sindicalista había llegado a un acuerdo con estas nociones elitistas y comenzó a emplear el término gerarchia (jerarquía), que seguiría siendo una palabra favorita suya en el período fascista.

Muchos sindicalistas perdieron la fe en el potencial revolucionario de la clase obrera. Buscando una receta revolucionaria alternativa, los más "avanzados" de estos sindicalistas comenzaron a aliarse con los nacionalistas para favorecer la guerra. La reacción inicial de Mussolini a esta tendencia fue el disgusto que podríamos esperar de cualquier izquierda que se precie. Sin embargo, dadas sus premisas, las conclusiones de los sindicalistas eran convincentes.

La lógica que subyacía a esta posición de cambio era que por desgracia no iba a haber una revolución obrera, ni en los países avanzados y, ni mucho menos, en los países poco desarrollados, como Italia. Italia seguía su propia dinámica y su problema era la baja producción industrial. Se trataba de una nación proletaria explotada, mientras que los países ricos eran grandes naciones burguesas. La nación era el mito que podría unir a las clases productivas detrás de una campaña para

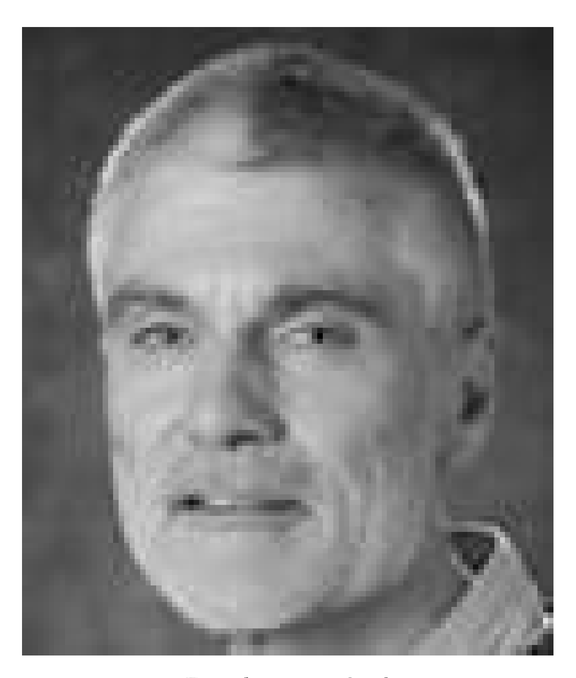
ampliar la producción. Estas eran las ideas que defendía la propaganda del Tercer Mundo durante los años 1950 y 1960, en los cuales, los aspirantes a formar una nueva élite en los países económicamente atrasados, presentaban como "progresista" una idea propia aunque menos escrupulosa respecto de los derechos humanos que podría acelerar el desarrollo del Tercer Mundo. De Nkrumah a Castro, los dictadores del Tercer Mundo, seguían los pasos de Mussolini. El fascismo fue un ensayo general para el tercermundismo de posguerra.

Muchos sindicalistas también se convirtieron en "produccionistas", instaban a los trabajadores a no hacer huelga y creían que debían hacerse cargo de las fábricas, que funcionarían sin jefes. Mientras que el produccionismo como táctica de acción colectiva no llevaba a ninguna parte, la idea productivista según la cual todos debían ayudar a aumentar la producción, incluso el segmento productivo de la burguesía, debía ser apoyada en lugar de combatida.

Desde 1912, aquellos que observaban de cerca a Mussolini podían percatarse de los cambios en su discurso. Comenzó a emplear las palabras "pueblo" y "nación" en lugar de «proletariado». (Posteriormente tal lenguaje patriótico se volvería admisible entre los marxistas, pero aun así era un poco inusual y sospechoso.) Mussolini poco a poco se fue convenciendo, unos años más tarde que los líderes más avanzados de la extrema izquierda, de que el análisis marxista de clase era inútil, de que el proletariado nunca llegaría a ser revolucionario, y que la nación tenía que ser el vehículo de desarrollo. Una implicación básica de esta posición es que las huelgas iniciadas por el izquierdismo y los enfrentamientos violentos eran más que bromas irrelevantes: eran obstáculos reales para el progreso.

Cuando Mussolini fundó "Utopía", era para proporcionar un foro en el cual sus compañeros de partido podían intercambiar ideas con sus amigos los sindicalistas revolucionarios de fuera del partido. En ese momento firmaba sus artículos como "El hombre que está buscando." La bancarrota de la II Internacional en el estallido de la guerra, y el alineamiento de los partidos de masas socialistas de Alemania, Francia y Austria detrás de sus respectivos gobiernos nacionales, confirmó una vez más que los sindicalistas habían estado en lo cierto: el internacionalismo proletario no era una fuerza viva. El futuro, concluyó, se inclinaría hacia el nacional sindicalismo productivista, que con algunas modificaciones se convertiría en el fascismo.

Mussolini creía que el fascismo era un movimiento internacional. Esperaba que tanto la democracia burguesa decadente y la dogmática del marxismo-leninismo daría en todas partes paso al fascismo, que el siglo XX sería un siglo del fascismo. Al igual que sus contemporáneos de izquierda, subestimó la capacidad de recuperación de la democracia y el liberalismo de libre mercado. Pero en el fondo la predicción de Mussolini se cumplió: la mayoría de la gente del mundo en la segunda mitad del siglo XX vivía bajo gobiernos que estaban más cerca, en la práctica, del fascismo, que del liberalismo o del marxismo-leninismo.



David Ramsay Steele

El fascismo en positivo. Zeev Sternhell y la controversia en torno a un enigma

Alvaro Ferrary

Apenas existe un término de utilización tan amplia, y de significación más controvertida -y, al final, también tan imprecisa- como el de fascismo. Parece tratarse de una palabra mucho más apta para la diatriba política- nadie ignora su connotación negativa, ni su fuerza expresiva fuertemente descalificadora- que para el análisis sereno de los fenómenos políticos de nuestro tiempo o de tiempos ya pasados -pero aún recientes en nuestra memoria.

De la poca virtualidad discriminadora del término, de su escasa claridad conceptual, es demostrativo el uso profuso de que ha sido objeto en los últimos años. Se ha utilizado de manera insistente para calificar similarmente al variopinto conjunto de organizaciones neo-populistas que han ido aflorando, por muy diversas razones -así como en función de muy diversos factores y circunstancias-, en distintos países de Europa; desde los lepenistas, en Francia, pasando por los post-misinos italianos de la Alleanza Nazionale o por el Partido de la Libertad de Joerg Haider en Austria, hasta acabar -sin ser exhaustivos- en el ascendente Partido Danés del Pueblo o en la victoriosa Lijst Pim Fortuyn en Holanda.

Todos sabemos muy bien qué se quiere dar a entender mediante el empleo en cualquier ámbito o foro del vocablo fascista. Sin embargo, de lo que ya no estamos tan seguros es de cuáles son los rasgos más específicos del fenómeno al cual queremos aludir. Tampoco sabríamos muy bien determinar en qué orden habría que situar dichos rasgos o si es que existe algo así como un orden. Al final incluso podríamos llegar a preguntamos si acaso alguna vez existió en la realidad un fenómeno político global que se corresponda con la negatividad sublime que nos evoca la palabra (al margen, claro está, de la excepcionalidad alemana durante los años del Tercer Reich). La consecuencia resulta inevitable. Cuando se habla de fascismo -sobre todo cuando se intenta hacerlo con un mínimo de rigor- la sensación habitual es la de adentrarse en un territorio rninado. Tal es el poder evocador o la carga emocional de la palabra; tal es -a su vez- su extremada debilidad discriminadora -cosa, esta última, que contrasta con la universalidad de su empleo.

Como concepto o categoría de análisis de la realidad la significación del vocablo fascismo -lo que este término significa y engloba- nunca ha estado muy claro. Cuando -como ha escrito Zeev Sternhell - "[...] Mussolini y Léon Blum, Franklin D. Roosevelt, Franco y José Antonio, Codreanu, Pilsudski, Henri de Man, Joseph McCarthy, y Charles de Gaulle han sido cada uno por su parte etiquetados como fascistas, ¿qué puede entonces el fascismo significar? Y en la medida que los socialistas han sido considerados como social-fascistas por los comunistas, que los Junkers prusianos, los conservadores italianos, o el movimiento francés la Croix-de-Feu han sido designados fascistas por la misma gente a quienes Togliatti, Thorez, y Thilmann denunciaron como fascistas, ¿cómo entonces puede ser posible, incluso para la mayoría de gente políticamente instruida, discernir lo que el fascismo realmente significó?"

¿Cómo, entonces, podemos pretender que los demás sean capaces de captar de inmediato de qué nos ocupamos precisamente cuando declaramos que nuestro campo de interés, o bien de investigación y de estudio se centra en el fascismo? Lo normal es que ante una declaración de este tipo un hipotético interlocutor reaccione de manera natural preguntándonos "qué entendemos nosotros por el fascismo", y que, seguidamente, éste -por su parte— nos exponga su forma personal -esto es desde su propia subjetividadde comprender la cuestión. En pocas palabras: a una escala reducida si bien, también habría que añadir que inevitablemente- el debate sobre el fascismo habría dado una vez más comienzo.

1. El debate sobre el fascismo

Tal vez resulte oportuno comenzar a tratar ese controvertido debate a partir de la siguiente declaración: "Although enormous amounts of research time and mental energy have been put into the study of it... fascism has stubbornly remained the great conundrum for students of the twentieth century". Eso fue lo que escribió ya hace unas cuantas décadas R. A. H. Robinson. A estas palabras añadió, diez años después, Roger Griffin, la siguiente constatación: "Such is the welter of divergent opinion surrounding the term that it is almost de rigeur to open contributions to the debate on fascism with some such declaration."

Como ya señaló J. Huizinga en 1956, desde el mismo momento en que afloró como un concepto aplicado al análisis de un conjunto de fenómenos políticos contemporáneos -y no sólo, ni principalmente, entendido como el nombre del movimiento político dirigido en Italia por Mussolini entre marzo de 1919 y abril de 1945-, circunstancia producida en los primeros años de la década de los veinte, el término fascismo comenzó a ser objeto de un proceso intenso de inflación. El paso de los años no ha contribuido a aliviar esa situación. En los más de cuarenta años transcurridos desde entonces hasta hoy, el fascismo -como todos sabemos- ha dado lugar a una imponente cascada de estudios a partir de ángulos y enfoques muy diversos. Sin embargo, como concepto, el ténnino fascismo no ha ganado ni en claridad ni en precisión. De esto último no es sólo causa la inflación antes aludida. A ese proceso -ha señalado Griffin- se ha añadido un elemento mayor de confusión producto de lo que, echando mano de un préstamo lingüístico procedente del inglés comercial, el citado autor ha calificado como un problema de diversification; esto es, cada autor que ha dirigido algún esfuerzo a definir el fascismo ha tendido, por diversas razones, a añadirle una connotación o significación propia y distintiva.

Un corolario directo de ese proceso de diversificación -que se caracteriza por la afloración de evaluaciones tan numerosas de la cuestión como divergentes entre sí- ha sido la conversión del fascismo en todo un confuso laberinto conceptual, en cuyas intersecciones se ven atrapados muy habitualmente los estudiantes y también los especialistas. Los intentos, cada vez más frecuentes, de proporcionar alguna luz mediante la publicación de guías dirigidas a procurar alguna orientación en las agitadas aguas de este debate no han hecho sino añadir todavía mayor confusión [por ejemplo, Nolte, 1967; Gregor, 1969 y 1974; Kitchen, 1976; Leeden, 1976; De Felice, 1977; Carsten, 1979; Hagtvet y Kühln, 1980; Payne, 1980 y 1985; Revelli, 1981]6 . En buena medida estos intentos no han ido más allá de dejar constancia de lo ya conocido: la existencia de un gran debate sin un centro claro, fácil de reconocer; un debate donde abundan las ramas más variopintas y multiformes pero donde apenas resulta posible percibir la existencia de un tronco común. Un ejemplo paradigmático, relativamente reciente, lo podemos encontrar en el Dictionaire historique des fascismes et du nazisme (Bruxelles, Editions Complexes, 1992). Ante la imposibilidad de contar con una definición "umversalmente admitida de fascismo" -circunstancia, esta última, que Serge Bernstein y Pierre Milza -sus dos editores- juzgan de "una evidencia ante la cual hay que rendirse"-, se concluye que toda obra de referencia dedicada al fascismo debería evitar el establecimiento de "verdades dogmáticas" sobre una cuestión objeto de hondas polémicas intelectuales. En vez de verdades dogmáticas hay, pues, que resignarse a exponer puntos de vista inevitablemente personales o, en el mejor de los casos, "opciones de análisis" que, aun comportando una inevitable dosis de subjetividad, coincidan básicamente con otras opciones por lo menos mayoritarias. Esta última es, desde luego, la conclusión a la que llegan los dos citados autores y editores de esta obra. Pero -a fin de cuentas- .. .¿a qué otra conclusión razonable llegar cuando -como refiere Rogger Griffin- un investigador de la talla de Robert Soucy, "[...] after more than two decades of outstanding work on French fascism, can still use it in a loóse way which draws fhe charge from a colleague that he seriously confiases basic issues."

Pero... cabría preguntarse, ¿es sólo cuestión de meras cuestiones básicas -como parece sucederle, según parece, al citado Soucy- o más bien habría que decir que la controversia sobre el fascismo, lo que en realidad pone en serio riesgo es la obtención de respuestas a una de "las cuestiones mayores de una de las más poderosas fuerzas históricas que han modelado el siglo XX"?

Hacerse semejante interrogación no supone sino adentrarse todavía más profundamente en el laberinto del fascismo. La polémica del fascismo ha sido pródiga en suscitar numerosas y relevantes preguntas. Sólo es menester un rápido repaso siguiendo, por ejemplo, la estela de Roger Griffin: ¿se encuentran relacionados entre sí el fascismo italiano y el nazismo; en cualquier caso se trata de dos manifestaciones de un mismo fenómeno más amplio?; ¿existe un "fascismo genérico" o no? En el caso que dicho fascismo genérico existiera, ¿se trata de algo confinado en Europa o -por el contrarióse podría hablar de un "fascismo ruso", de un "fascismo japonés" o de un "fascismo sudamericano"?; ¿es el fascismo una realidad más bien difusa que hemos de poner en relación con la atmósfera de crisis ideológica, política, cultural, socio-económica del período de entreguerras? En el caso de ser así, ¿esa era del fascismo -como ha sido denominada por Ernst Nolte- se extendería más allá de 1945 o no?; ¿cabe, pues, hablar con propiedad de algo semejante a un neo-fascismo? Las preguntas lanzadas al aire al calor de esta interminable controversia se multiplican: ¿cuál es la relación que se puede establecer entre fascismo y conservadurismo? Pero no sólo con esto último, también con el totalitarismo, con la derecha tradicional o neo-tradicional, con la revolución, con el socialismo, con el liberalismo, con la modernización o con el capitalismo... O bien -para acabar ya esta relación de preguntas-, ¿se podría asociar el fascismo con una etapa específica en la evolución del Estado-nación o, más bien, habría que referirse al fascismo desde la perspectiva de una predisposición psicológica de determinados grupos sociales? En cualquier caso, ¿habría que considerar el fascismo como un fenómeno de las clases medias o como un auténtico movimiento de masas?

La extraordinaria inflación de preguntas suscitadas en torno a la cuestión es enteramente proporcional a la asimismo extraordinaria diversificación de formas posibles de enfocar la cuestión y de darle respuesta. Todo ello sin embargo, más que contribuir a aclarar, lo que hace es exactamente lo contrario: refuerza la sensación de enigma que el tema posee. Pues el problema no radica en que, como toda gran cuestión-como se supone el fascismo representa-, se pueda -y se deba- encarar desde muy diversos ángulos. El "problema" cuando abordamos esta gran cuestión no es ése: consiste en la gran distorsión que produce no contar con un objeto de referencia suficientemente definido hacia el cuál dirigir nuestras preguntas y que determine su grado de pertinencia (o bien, claro está, de "impertinencia"), al margen -al parecer- de nuestra propia subjetividad. Dicho de otro modo, ¿cómo podemos estar seguros de que el tema objeto de nuestro estudio justifica el método o el modo que hemos elegido - a través lógicamente de preguntas- de encarar la cuestión o de penetrar en ella? ¿cómo poder establecer el grado de relevancia de las hipótesis que, asimismo a modo de preguntas, elaboramos a la hora de estudiar el fascismo? ¿cómo incluso estar seguros de que el estudio del fascismo merece gran atención porque, como se acaba de afirmar, se trata de una de las más poderosas fuerzas históricas modeladoras de la primera mitad del siglo XX?

El fascismo suscita tantas -y tan variadas- preguntas porque se trata de un rótulo enormemente ambiguo. Ese rótulo enmarca de manera muy fluida cuestiones muy diversas entre sí. ¿Cuáles? Resulta imposible saberlo de entrada; todo depende del significado que cada investigador o estudioso del tema haya decidido otorgar al término.

Nada de lo anterior, sin embargo, ocurre con otros rótulos tan amplios —si acaso no más todavía- como el de fascismo. En ningún caso, cuando nos enfrentamos al estudio de la Democracia, del Socialismo o del Liberalismo - a pesar de la gran complejidad de la cuestión,

a pesar de las muy diversas maneras existentes de entrar en ella o de la gran diversidad de temas que cada una de estos conceptos implica-, tenemos la misma sensación de estar adentrándonos en un territorio casi completamente nublado por la indefinición y por la controversia.

Una conclusión -puede ser- que resulte extrañóle de lo dicho hasta ahora: la inflación y la diversificación de la que actualmente adolecen las evaluaciones sobre el fascismo es una consecuencia del peso que ejerce la subjetividad a la hora de definir el objeto de estudio que la palabra implica –o bien, habría que decir, que cada uno estima que la palabra implica-. En este sentido se podría seguir sosteniendo la declaración efectuada por Sternhell allá por 1976; esto es, que a pesar de lo mucho que se ha dicho, publicado e investigado en los últimos cincuenta años (sin olvidarnos de los decisivos avances producidos a partir de la década de los sesenta)-, los estudios sobre el fascismo se encuentran aún en un estadio casi pre-científico. En efecto,"scientific precisión is not at present obtainable" -afirmaba el historiador israelí citando a Hugh Seton-Watson (a lo que esta autor añadía "and one may doubt whether it ever will be")-. Todo lo cual no llevaba a Sternhell hacia el escepticismo, sino hacia todo lo contrario, por mucho que "we cannot for that reason overlook the diffículties".

2. No somos capaces de definir lo que no vemos (o creemos que no existe o incluso deseamos que no exista)

Resulta posible afirmar que el actual laberinto de definiciones múltiples y divergentes que restan -o impiden- la utilización del término fascista con un mínimo de precisión científica no obedece a causas -digamos- estructurales. Esto es, provocado por la sempiterna dificultad que tiene el lenguaje para dar cuenta y razón de la realidad (sobre todo de las realidades complejas); o bien debido a lo inadecuado de entender el fascismo como un fenómeno político general, al margen de su empleo restrictivo y circunscrito al régimen vigente en Italia entre 1922-1943-; sino que, muy al contrario, dichas causas lo son -al menos, en buena medida- de naturaleza estrictamente circunstanciales. Más concretamente, obedece a las fuertes connotaciones emocionales de la palabra fascismo y -en consecuencia también- a las ideas fijas y estereotipadas que de ahí se derivan.

La empresa de objetivar con un mínimo de precisión los rasgos que definen el fascismo -a fin de evaluar (o de aspirar a hacerlo) lo que ese fascismo vino a significar en el siglo XX- se ha visto extraordinariamente dificultada por la tendencia -convertida en toda una idea fija o lugar común- a ver en la agresividad e irracionalidad del discurso fascista una prueba indiscutible de su escasa o nula dimensión teórica. De modo que lo que caracterizaría al fascismo serían unas actitudes negativas de rechazo de la realidad vigente, y la ambigüedad del fascismo -que haría tan extremadamente difícil definirlo con precisión- no sería nada más -ni nada menos- que la manifestación del profundo vacío ideológico que producen unas actitudes incapaces de albergar o generar un proyecto de organización social y político mínimamente coherentes.

La negación al fascismo de una dimensión teórica ha sido un presupuesto muy habitual a la hora de evaluar este fenómeno. Según dicho paradigma interpretativo -que, como veremos más adelante, cuenta con la "ventaja" de presentar al fascismo como algo carente de verdadera significación en relación a la historia de nuestro tiempo-, el fascismo no fue en el fondo más que un espantoso lapsus en la historia de Europa; Hitler y Mussolini, nada más que unos "aventureros" y unos "oportunistas", carentes no ya sólo de escrúpulos sino -sobre todo- de principios y de convicciones; el régimen italiano y el régimen alemán, en la medida de que para asentarse hubieron de contar con algún tipo de consentimiento social más o menos amplio -o, al menos, con la complacencia de algunos grupos sociales más o menos extensos-, representaron, en todo caso, un lamentable accidente, sólo explicable en función de un conjunto de anomalías y de imprevistos, de malentendidos y de engaños (o de autoengaños).

Como ha afirmado Sternhell, esta manera habitual de entender el fascismo contrasta notoriamente con la clase de razonamiento puesto en liza en el análisis del comunismo". En efecto, nadie con un niínimo de sentido común -no ya de sentido histórico- tendría la ocurrencia de partir de un meticuloso estudio del marxismo o del leninismo, en su dimensión más teórica o ideológica, a fin de ofrecer una explicación completa del proceso conducente a Revolución de Octubre. Tampoco resultaría razonable pensar que existe una correspondencia directa, necesaria o automática, y rígida entre las decisiones políticas diarias adoptadas por los dirigentes soviéticos en un determinado período u otro y los presupuestos filosóficos del Marxismo. Todos sabemos que las cosas no funcionan de este modo; que un curso sobre la filosofía de Marx, o de Lenin, o de cualquier otro pensador o intelectual marxista, no nos sirve para desvelar de golpe y en conjunto el enigma político de la URSS, o de la China popular o de cualquier otro país comunista de cualquier tiempo o región del planeta. Sin embargo, nadie con un mínimo de información, sentido común o histórico, concluiría de ello, o bien que el comunismo es un fenómeno sin ideología, o bien que ésta -aunque existente fue algo incidental y poco relevante. Sabemos a la perfección que no es eso lo que ocurre. La ideología comunista es objeto de una amplia atención para comprender el comportamiento de los comunistas o la lógica -también el sentido- de su organización política o su sistema social.

¿Por qué entonces no proceder de manera análoga cuando tratamos del fascismo? Esta interrogación casi se contesta por sí misma: porque reconocerle al fascismo una dimensión teórica supondría admitir la existencia de algún tipo de correspondencia entre el discurso fascista -a pesar de toda su carga de combatividad agresiva- y las condiciones y expectativas generadas en un conjunto más o menos amplio de hombres y de mujeres de la época por la política moderna y la sociedad de masas. Estamos dispuestos a conceder esto al comunismo, a pesar de su violencia, mucho más difícilmente al fascismo, sin duda no menos violento que el comunismo -si bien tampoco claramente más violento. El sólo hecho de sugerir esa diferencia de trato entre un fenómeno político y el otro -que en cuanto al empleo de la violencia y de la brutalidad metódica, insistimos, tanto se asemejan entre sí- ha supuesto durante mucho tiempo todo un atentado contra bona mores, así como -apunta Sternhell con razón- asumir el incómodo riesgo de acabar siendo acusado "if not of collaborating with fascism or nazism, then at least of evincing toward.them a favourable attitude."

La conclusión anterior, sin embargo, sólo resulta sostenible admitiendo como válido o indiscutible lo que no es más que el producto de una confusión de planos. Una cosa es llevar a cabo un esfuerzo amplio de comprensión de un conjunto más o menos articulado de razones -para lo cual, como es por otro lado obvio, será preciso liberarse en lo posible de todo tipo de prejuicios o de ideas preconcebidas- , y otra cosa muy distinta otorgar algún tipo de justificación a los valores que las dirigen. Comprender y explicar es una cosa. Proporcionar respetabilidad moral otra cosa muy distinta. Ni una cosa implica la otra, ni la primera conduce con necesidad a la segunda. Que el término fascismo se haya convertido en sinónimo de guerra y acción política fundada en una inhumanidad calculada no es -sin duda- ninguna casualidad. Sin embargo conviene recordar que, a pesar de esos rasgos negativos, el fascismo no apareció siempre dotado sólo de esas connotaciones negativas. Durante mucho tiempo, y para mucha gente, el fascismo -a pesar de todo su radicalismo- fue concebido como una esperanza y como una solución reales; como un proyecto constructivo e incluso deseable, mediante cuyo desarrollo o aplicación lo que se podía ganar en un futuro más o menos próximo excedía con mucho a las renuncias o sacrificios que podía implicar en un presente inmediato.

Hasta mitades de los años treinta -e incluso, en no pocos casos, hasta bastante más tarde- fue un lugar común, ampliamente compartido en numerosos sectores de la opinión pública occidental, la idea de que Mussolini estaba realizando maravillas en su

país. Como recuerda Roger Griffin, por aquellos años no escandalizaba (al menos no tanto como sin duda hubiera ocurrido una década después) la letra de aquella canción popular de amor norteamericana que decía: "You're the tops, you're the great Houdini. You're the tops, you're like Mussolini!" Las tensiones internacionales que condujeron a la guerra; su estallido; el conocimiento (en muchos casos se trató no tanto de conocer cuanto de "reconocer") de los horrores cometidos principalmente por el Tercer Reich acabó por transformar de manera drástica y duradera la imagen del fascismo (en general, no sólo del italiano).

Admitir que la realidad en torno al fascismo ha sido, de hecho, históricamente mucho menos unidireccional, simple o contundente de lo que a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial se ha dado por sentado puede resultar incómodo e incluso doloroso. Supone, asimismo, admitir que se trató de un fenómeno mucho menos accidental de lo que se piensa; supone, en fin, entender ese período oscuro de la Historia de Europa, no como un lapsus, sino como un punto de llegada lógico y esperable, que contó con unos factores que lo hicieron posible, con un ambiente propicio, con unos valores que permitieron su arraigo y su desarrollo. Del fascismo no serían las únicos responsables -aunque, sin duda, también hubo algo de ello- una minoría de fanáticos y aventureros. En su avance -aún en grado diverso- hubo también otras muchas responsabilidades esparcidas en diversos ámbitos y segmentos de la sociedad de la época. Si esto fue así -como parece, de hecho, "que fue así"- se debió a que el fascismo fue algo más que un discurso destructivo mal-compuesto a base de esperpénticos retazos pseudo-doctrinales por una pandilla de lunáticos. El fascismo, a pesar de su indudable radicalismo ultra, supo bien cómo captar voluntades de grupos sociales diversos. Fue, en un grado variado (y siempre en función de un conjunto de circunstancias), asimismo capaz de dar respuesta a unas expectativas y, de este modo, logró forjarse un "electorado". Ese electorado, en un grado -ya lo hemos indicadosiempre diverso, vio en la violencia política del fascismo, no sólo un instrumento de destrucción, sino -sobre todo- una salida para construir un nuevo orden mediante el cual trascender de manera definitiva los problemas del presente.

Valorar de este modo el fascismo -a lo que, desde mi punto de vista, conduciría la extracción del mejor jugo de la bibliografía más valiosa sobre la cuestión aparecida en los últimos cincuenta años- supone reconocer en él la existencia de un discurso político nuevo y —sobre todo- moderno, no fácilmente asimilable a otros discursos de cierta tradición anterior; un discurso caracterizado por su nihilismo y por la exaltación de la acción y de la violencia metódicas, vinculado a un conjunto de valores y de convicciones presentes en la sociedad occidental -particularmente la europea- de la época. De esos valores y convicciones el discurso fascista no sería más que una de sus posibles proyecciones políticas -si bien una de sus más acabadas- mientras que, a partir de esos valores y convicciones, ese mismo discurso político del fascismo entroncaría con una visión o comprensión teórica del hombre, de la sociedad y de la Historia. En conclusión -según este imagen del fascismo- nos encontraríamos con un fenómeno político dotado de esa dimensión teórica que, en ocasiones se la ha disputado; circunstancia –esta última- que tanto ha contribuido a impedir una definición del rostro del fascismo con rasgos precisos. El nihilismo inherente no habría producido en el fascismo un vacío ideológico. Lo propio del fascismo, lo que otorgaría unidad y coherencia a su discurso, incluso un sentido y una cierta lógica a sus actitudes, comportarnientos y acciones, sería precisamente un nihilismo - asumido de manera más o menos consciente, según los caos- elevado a la categoría de toda una ideología.

3. El fascismo: una ideología rival

La visión del fascismo como un enigma, como un concepto difuso, difícil o imposible de definir con precisión, tiene mucho que ver con sus valoración a partir del esquema o del paradigma interpretativo de la negatividad; al cual -sin duda- conduce la constatación del nihilismo inherente al fascismo, así como la

estrecha identificación de este fenómeno político con la violencia metódica. Sin embargo, a pesar de su carga nihilista o violenta, el fascismo es evaluable asimismo como algo más que la pura negatividad. Si los fascistas se opusieron con todas sus energías a la revolución socialista fue para llevar a término una revolución distinta. En este sentido, más que su contrario, quiso ser su competidor. Incluso su enemiga acérrima al liberalismo tuvo mucho más de rivalidad que de una oposición expresada en términos sólo de antítesis.

Conceder al fenómeno político del fascismo el status de toda una ideología rival al socialismo o al liberalismo cuenta -sin embargo- con una gran desventaja. O, si se quiere, plantea un problema posiblemente para muchos difícil de acirnitir: supone acreditar al fascismo como una más de las ideologías políticas surgidas de la Modernidad, y -en consecuencia- supone también considerar al fascismo un producto surgido de su mismo sueño e ilusión; esto es, la roturación de un mundo nuevo mediante la transformación cultural del hombre.

Asumir la valoración del fascismo como un producto ideológico de la Modernidad puede resultar -ya lo apuntábamos antes- tan doloroso cuanto incómodo. Resulta siempre mucho más fácil y reconfortante excluir de entrada, de manera categórica, dicha posibilidad. Sin embargo, una consecuencia inmediata que produce esa suerte de oportuna estrategia de diversión (comprensible por otro lado) nos es sobradamente conocida: una aplicación impresionista y subjetiva del término fascista, mucho más apta para calificar la cualidad moral que nos producen determinadas personalidades, ideas o estructuras -muchas veces en función de una ortodoxia subjetivamente prefijada- que para establecer clasificaciones de naturaleza científica -es decir, con pretensión de objetividad y al margen de nuestras convicciones y sensibilidades tanto éticas como morales-. Una situación, por tanto, en la cual la palabra, con sus poderosas connotaciones emocionales y morales, seguiría ganado la batalla al concepto; en la cual la polémica política seguirían campeando a sus anchas sobre el terreno de la serena reflexión crítica. Pero eso sólo sería una primera consecuencia inmediata. Asimismo se podría citar otra segunda -tal vez de mayor importancia (sin duda, desde mi punto de vista, de mayor envergadura)-. La negativa a aceptar que el fascismo fue un producto de la Modernidad, al final, nos impide realizar un verdadero examen de conciencia sobre uno de los episodios más negros de nuestro pasado. Nos impide aceptar –en consecuencia, nos impide también mirar ese problema de cara- que en nuestros valores culturales, en gran medida herederos de esa Modernidad a la cual (seamos o no conscientes de ello) todos pertenecemos, pueden aún estar presentes las semillas que hicieron posible aquella explosión de odio, o que contribuyeron a que se llegase a considerar aceptable para el futuro del cuerpo social el empleo de la violencia metódica. Quiénes estamos convencidos -como lo está quien escribe estas líneas- que no es posible esperar en un futuro a la altura del hombre sin una ejercicio profundo de introspección y juicio sobre los errores del pasado, o de las circunstancias, o de las estructuras de variada naturaleza, que, heredadas de nuestro pasado, condicionan en el presente el ejercicio de nuestra libertad personal - lo cual, dicho sea de paso, sólo es posible mediante el empleo de la razón a través del análisis y de la comprensión-, obviamente también consideramos que la búsqueda de la precisión, también en esta controvertida cuestión, no es sólo una necesidad sino, sobre todo, es una exigencia.

Esa necesidad o exigencia no podría llegar a considerarse como un váshfull thinking. Desde comienzos de los años sesenta contamos con una serie de estudios -que, si bien no podrían llegar a ser considerados muy numerosos, sin embargo, apenas sí se podría dudar que constituyen algunas de las aportaciones más valiosas al estudio del fascismo-. Coinciden entre sí en entender el fascismo como algo más que una fase calamitosa, de intensidad y duración variables, experimentada por un conjunto de países en su marcha -frecuentemente se trató de una marcha o trayectoria accidentada hacia la Modernidad.

La aparición -en la década de los sesenta- de un conjunto de obras valiosas empeñadas en el estudio del fascismo más allá de un marco específicamente nacional constituyó un primer arranque hacia ese nuevo enfoque de la cuestión. Las dos primeras fueron las de Ernst Nolte, Der Faschismus in Seiner Epoche, (Munich, 1963) y, un año después, la de Eugen Weber, Varieties of Fascism (Nueva York, 1964). Enseguida siguieron otras (sin pretender ser exhaustivo): Hans Rogger y Eugen Weber, eds., The European Right: An Historical Profile, (Berkeley y Los Angeles, 1966), Walter Z. Laqueur y George L. Mosse, eds., "International Fascism 1920-1945", en Journal of Contemporary History I, 1, (1966); Francis L. Carsten, The Rise of Fascism (Londres, 1967); John Weiss, The Fascist Tradition (Nueva York, 1967); S. J., Woolf, ed., European Fascism (Londres, 1968) y The Nature of Fascism (Londres, 1968); A. James Gergor, The Ideology of Fascism: The Rationale of Totalitarianism (Nueva York, 1969). A éstas se unirían otras en la década siguiente -como, por citar alguno de las más relevantes, Fascism (Londres, 1973), de Paul Hayes o la debida a Adrian Littelton, Seizure of Power: Fascism in Italy 1919-1929.

Más importancia adquirió la aparición -asimismo en los años sesenta- de un conjunto de títulos y de autores interesados en el estudio del clima cultural europeo previo al surgimiento político del fascismo. ¿Era posible, a partir de ese análisis, hablar, a pesar de sus variantes, de la existencia de unos orígenes intelectuales comunes? Los resultados de estas pesquisas, posiblemente superaron con creces las expectativas que habían llevado a formular la pregunta. El conocido -asimismo muchas veces celebrado, libro de Fritz Stern, The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the Germanic Ideology (Berkeley y Los Angeles, 1961), sin duda significó un buen comienzo en esa dirección. Sin embargo, sus conclusiones se quedaban en parte a medio camino. Sobre todo debido al empleo del concepto —un tanto paradójico, por otro lado- de conservative revolution, que se acuñaba para dar cuenta del fiero ataque dirigido contra el complejo de ideas e instituciones de la civilización industrial, secularizada, y liberal por figuras intelectuales como Paul Lagarde, Julius Langbehn o Arthur Moeller van den Bruck. La idealización de los valores tradicionales e históricos de la nación germana que se operó al calor de esa condena lanzada contra "la vida burguesa, el Manchesterismo, el materialismo, el parlamento y los partidos, la falta de liderazgo" no sólo acabó transmutándose en actitudes conservadoras o neo-conservadoras. Ese sentimiento de alienación espiritual frente a la modernidad liberal dio asimismo pié a un nihilismo revolucionario hasta entonces apenas conocido en la sociedad alemana. El rastreo de su estela nos conduce directamente hacia el nacional-socialismo.

Es en relación a este último punto como se podría considerar que George L. Mosse, en su Crisis of Germán Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich (Nueva York, 1964) complementaba -y-, desde luego, también completaba- las conclusiones de Stern. Según este autor, el nazismo habría sido todo lo radical que se quisiera pero lo que en ningún caso se podría hacer era tachar de imprevisible el ascenso político de ese partido. La sociedad alemana llevaba ya varias décadas embebida en las ideas nacionalsocialistas. Esas ideas habían logrado institucionalizarse a través del sistema educativo, de numerosas asociaciones juveniles, de organizaciones políticas o de grupos de excombatiente... hasta el extremo de haber conseguido un alto grado de respetabilidad, incluso entre sectores sociales insospechadamente moderados y bienpensantes. Aquí radicaba la tesis central de esta obra. Junto a ella se perfilaba otra no menos sugerente: el fascismo alemán representaba un caso único en Europa, tanto en virtud de su ímpetu revolucionario cuanto en el de la importancia del componente racista; todo lo cual no conducía al profesor norteamericano a considerar que las raíces de ese radicalismo no estuvieran también presentes a lo largo y ancho de Europa.

Otras obras reseñables aparecidas por aquellos años, asimismo dedicadas al estudio y al análisis de las hondas causas intelectuales propiciadoras del nacional-socialismo, se debieron a Walter Z. Laqueur, Young

Germany. A History of the Germán Youth Movement, (Londres, 1962) así como la ya citada obra de Eugen Weber, Varieties of Fascism. En ambos casos -y, en consonancia con la posición previamente desarrollada por Mosse- se incidía en la especificidad (uniqueness) de la experiencia alemana. Según el primero de los autores, aún admitiendo la existencia de suficientes elementos ideológicos como para considerar la pertenencia del nacional-socialismo a una familia más amplia de ideas, su elevado grado de extremismo era una razón suficiente para otorgarle la condición de fenómeno singular. Una similar valoración adoptaba Weber cuando, a modo de definición categórica, establecía una suerte de dicotomía entre un fascismo pragmatically motivated y un Nacional-Socialismo theoretically motivated. Sin duda, esta serie de estudios concentrados en la situación alemana contribuyeron de manera positiva a enfocar el fenómeno fascista desde un ángulo centrado en el análisis de la evolución intelectual de Europa durante la Modernidad. El resultado inmediato consistió en contribuir a poner en claro la profunda significación histórica de ese fenómeno político, así como su vinculación directa con unos diagnósticos precedentes de crisis cultural y con unos esfuerzos dirigidos a superarla. A partir de esas hipótesis resultaba mucho mas factible que antes proceder a una definición genérica de un fenómeno que aparecía conectado con la aparición en aquella Europa -una Europa en tránsito de un siglo a otro- de un profundo problema cultural, nuevo y de fuste moderno. Sin embargo, en el fondo, no todo era tan positivo.

Un inconveniente serio surgía -de hecho así sucedió- de evaluar el fenómeno político del fascismo, así como su dimensión teórica -o bien, el problema cultural al cual remitía- a partir de un concepto genérico demasiado basado en la impactante experiencia alemana. Como muy acertadamente ha señalado Sternhell, "[the] success of nazism often obscures the specific characters of the various fascisms." Las consecuencias de dicho éxito - un éxito obviamente, se entiende, de carácter historiográfico- se ponen claramente de relieve en la tendencia muy habitual a convertir determinados ingrediente ideológicos propios del nazismo (en particular su dimensión racista) -u otros elementos procedentes de su práctica política- en los elementos fundamentales desde los cuales elaborar la imagen paradigmática del fascismo. Los efectos de elevar a categoría general lo que es una particularidad -a veces casi una exclusividad- alemana son dobles y entre sí contradictorios. Por un lado ha producido una suerte de forzamiento de la realidad, consistente en ver presente en esa misma realidad lo que difícilmente resulta perceptible en ella. Un ejemplo que nos puede ser de gran utilidad para ilustrar esa situación nos lo proporciona Paul Hayes cuando, contra toda evidencia, afirma que "el concepto de superioridad racial era un parte constitutiva de la ideología fascista." El segundo de los efectos es en el fondo un corolario inevitable del anterior. Consistiría en reconocer en el término fascista un valor quasi-analógico, limitado a describir los negativos efectos que produjo en el resto de Europa la experiencia nazi. Representativo de esta forma de concebir el fascismo sería, por no citar también a Ernst Nolte, H. R. Trevor Roper -asimismo representativo de una escuela de pensamiento que "considera el fascismo como un fenómeno extremadamente limitado en el tiempo y en el espacio, así como el producto de una situación histórica singular". Para este autor, así pues, "the public appearence of Fascism as a dominant forcé in Europe is the phenomenon of a few years only. It can be precisely dated. It began in 1922-23... it carne of age in the 1930s and it ended in 1945 "."

De la sobrevaloración del impacto general producido por el triunfo nacional-socialista en Alemania se puede llegar al final -y de manera bastante paradójica- a una devaluación de la significación histórica del fascismo. Este acabaría siendo concebido a modo de un fenómeno político carente de raíces, cuya pujanza externa -al margen de la anomalía nacional alemana- sólo sería realmente atribuible a un conjunto de circunstancias anómalas y excepcionales. Así pues, Mussolini -y otros fascistas europeosno hubieran sido tan malos o perversos frente a lo que ellos presentaban como la maldad o la perversidad suma -esto es, la moderna civilización y sus

valores burgueses- en el caso de que no se hubiera producido en la Historia ninguna excepcionalidad alemana.

Sin embargo, esta interpretación tan consoladora acerca de cómo pudieron haber ocurrido las cosas casan mal con lo que muchos de los contemporáneos pensaban de ellas. Desde luego fue así en el caso del citado Mussolini, quien -al menos en sus declaraciones (por no fijarnos ahora en sus acciones)- no pareció mostrar demasiada preocupación por el grado de benevolencia que llegasen a mostrar los estudiosos "liberales" de la posteridad en sus opiniones sobre su persona -seguramente también porque pensaba que en esa posteridad esos estudiosos liberales no iban precisamente a contar con posibilidad de expresarlas-. Tampoco se corresponden con esa evaluación las no escasas advertencias de ciertos intelectuales u hombres de letras del momento acerca del serio problema político que podía derivarse –o que se estaba derivando- del amplio crédito intelectual, así como de la extensión social, que experimentaban desde hacía algunas décadas determinadas ideas y determinados valores. Uno -desde luego no el único- de los ejemplos más célebres -y más elocuentes- que se pueden citar es el de Julien Benda; concretamente su La trahision des Clercs.

Pero, ni Benda, ni Psicari, figuran entre los únicos testigos de ese cambio de clima intelectual, de pensamiento o de conciencia -de las tres maneras ha sido denominado- que se vino experimentando en esa Europa de fin-de-siécle. No puede resultar, así pues, nada extraño que hayan sido numerosos -por lo menos relativamente numerosos- los investigadores interesados en el estudio de ese cambio. Tampoco las conexiones que, al hilo de esos estudios, se han podido establecer entre lo extensión social de nuevos valores, surgidos de una conciencia de crisis cultural creciente, y la conversión del antiliberalismo y el odio a la burguesía - y a su civilización- en el quicio de una nueva ideología política.

En realidad no es necesario ser tan elíptico. Puede ser suficiente seguir con atención el Varieties of Fascism, de Eugen Weber. En esta obra - que ya ha sido citada-queda claramente mostrado de qué manera puede hablarse de una ideología fascista; o bien, hasta qué punto dicha ideología hundía sus raíces en el clima intelectual europeo surgido de las últimas décadas del siglo XIX. Eugen Weber es, indudablemente, unos de los autores más relevantes que se pueden citar a este respecto. Pero, desde luego, no es el único. También cabría hablar del también citado Mosse. Aunque en su ya comentada Crisis of Germán Ideology es posible hallar un tratamiento explícito de esta cuestión, en dos ensayos posteriores consigue mostrarse aún más claro y contundente. El fascismo -tal y como es descrito por este autorse nos presenta como una consecuencia en el plano político producido por un estado anterior de revuelta cultural. Pero, a su vez, como algo, a pesar de su negatividad evidente en sus formas y manifestaciones, no estrictamente negativo (al menos en relación a sus pretensiones). Ante la realidad vigente, algunas partes del libro -que no fueron publicadas. Hasta 1975 no volvería a reeditarse la obra. Esta vez íntegramente el fascismo implicaba al mismo tiempo revuelta y alternativa. Estas obras resultan -a mi juicio-determinantes para observar con nitidez y con precisión la naturaleza del fascismo. Pero no son las únicas. Cabría citar, a su vez -pongamos a modo de ejemplo-, a James Joli y a la biografía intelectual que nos proporciona de Marinetti. Una obra, calificada por algún autor, de fundamental para entender el clima intelectual a partir del cual el fascismo emergió.

El contexto del cambio cultural que se produjo en el panorama intelectual europeo desde finales del siglo XIX en adelante nos proporciona las claves para cobrar conciencia de la auténtica naturaleza del fascismo, así como para enfrentamos -y, tal vez, también para resolver- ese enigma que le envuelve. Detrás del citado enigma del fascismo lo que existe -al menos lo que nos parece que existe-es una gran resistencia a admitir que se trató de una única realidad ideológica dotada de múltiples expresiones políticas; que esa ideología del fascismo gozó de una extensión social amplia -así como de un notable crédito intelectual- en el panorama europeo; que se

trató -en fin- de un producto ideológico derivado de una profunda crisis cultural, cuya manifestación más profunda consistió en la dificultad creciente de creer que el hombre traído por la Modernidad estuviese a la altura rrrínima de las promesas de liberación y de las expectativas de futuro de esa misma Modernidad a la que se combatía.

4. Zeev Sternhelly el "fascismo en positivo"

Es en relación a la existencia de una ideología fascista como hemos de valorar la principal aportación de Zeev Sternhell a los estudios sobre el fascismo.

Ya en su primera obra, Maurice Barres et le nationalisme français, aparecida en 1972, aparecen formuladas unas tesis que se irían desarrollando -en su caso también completando- a lo largo de los libros siguientes [La Droite révolutionnaire, les origines françaises du fascisme (1978) y Ni droite, ni gauche. La idéologie fasciste en France (1983). Las tres obras juntas daría lugar a toda una trilogía extraordinariamente innovadora sobre la cuestión -además de enormemente polémica-. Siendo, además, objeto de varias reediciones y traducciones a varios idiomas.

Las tesis del historiador israelí son generalmente conocidas, dada la gran difusión de su obra. Resulta de interés no obstante recordarlas y detenernos en su comentario y en sus implicaciones.

El hecho de que el fascismo fuese un movimiento político claramente orientado hacia la acción -y, en consecuencia, tendente a regular dichas acciones en función de necesidades prácticas- no quiere decir que fuese un movimiento carente de ideología. Lo que nos vendría a indicar es que la ideología del fascismo fue una ideología estrechamente ligada a la acción política. No sólo de hecho; sino también de manera deliberada. Pues se trató de un producto ideológico derivado de una reflexión intelectual profunda enfocada en la acción política y, a su vez, cifró su fin y su justificación en el fomento a ultranza de dicha acción política.

En esta cualidad de su ideología, el fascismo se distinguió de los comunistas o de los socialistas -servidores de una gran cosmovisión dogmática e inalterable de toda la realidad a la cual debían servir; y quienes, en consecuencia, se vieron constantemente obligados a incurrir en todo tipo de malabarismos e imposturas para justificar la realidad en función de la teoría. No podría decirse lo mismo sin embargo -pensamos nosotros- cuando la comparación se establece con el extenso mundo de los liberales. También en este ámbito se podría hablar de una ideología centrada en la acción. Como consecuencia de un similar proceso de adaptación de la teoría a un cambiante conjunto de necesidades y de circunstancias prácticas, asimismo se produjo - aun con un grado de amplitud infinitamente mayor en este caso- la aparición a lo largo del tiempo de una gran diversidad de escuelas y familias políticas liberales.

En cualquier caso -sostiene Sternhell-, la deriva hacia la acción de la ideología del fascismo explica que su verdadera naturaleza sea mucho más perceptible cuando se analizan su aspiraciones que cuando se estudian sus acciones. Y, a la vez -y de manera complementaria a la afirmación anterior-, los rasgos ideológicos "esenciales" del fascismo resultan mucho más fáciles de ver en una etapa anterior a una eventual toma del poder por parte de cualquier organización de dicha filiación.

Esa clasificación del fascismo como un movimiento político dotado de una ideología para la acción alcanza sus auténticas implicaciones explicativas en función de la tesis principal elaborada por el historiador israelí. Su enunciado resulta tan sencillo como enormemente sugerente: si -como es lugar común- habría que cifrar en el choque causado por la Gran Guerra el acontecimiento principal -sin duda también el más importante- que acabó precipitando la aparición del fascismo "como movimiento político", todos los elementos de su ideología se encontraban por entonces ya plenamente formulados, formando parte del clima intelectual europeo desde hacía décadas -concretamente desde los

años 1880-1890-. En una palabra, concluye Sternhell, en vísperas del estallido de la primera conflagración mundial la palabra fascismo aún no existía; lo que de alguna manera sí existía ya era el fenómeno que después designaría dicha palabra. De tal modo sería así que sólo era menester que se produjera una fácil combinación de circunstancias favorables para que dicho fenómeno adoptase sus expresiones políticas definitivas. La ideología fascista, por su parte, sería el resultado inmediato de la grave crisis de valores de la que habría sido objeto la idea de democracia, el liberalismo, y todos aquellos principios sobre los que hallaba sustento la moderna sociedad burguesa. Una crisis que, en razón de su naturaleza, habría que clasificar como una crisis cultural mientras que, en razón de su hondura, adquirió las dimensiones propias de una crisis de la misma noción de civilización.

A partir de estas ideas -que ya aparecieron perfiladas en su biografía intelectual de Barres- delinea Sternhell a lo largo de sus libros una descripción detallada -aun preferentemente centrada en Francia— de aquel vasto movimiento de pensamiento crítico del fin-de-siécle, que sobre todo fue un movimiento cultural de revuelta. De revuelta contra el mundo de la materia y de la razón, contra el materialismo y el positivismo, contra la egoísta y disolvente sociedad burguesa y contra el caos de la democracia liberal. Si la crisis lo inundaba todo, entonces la única salida posible para superarla había de consistir en transformarlo todo (hasta poner ese todo virtualmente del revés).

Pero ese nihilismo de la revuelta finisecular lo fue más de método que de fines. Lo que se buscaba era establecer las bases de un nuevo orden y –en consecuencia- cambiar al hombre por medio de una nueva moralidad. O, dicho de otra manera, a fin de evitar el colapso se buscó una nueva moral secular de salvación para asegurar la continuación de la Historia humana. Esa nueva moral de salvación -se creyó- surgiría del mismo hombre, una vez liberado éste de la falsa chaqueta de fuerza de la moralidad burguesa -expresada en sus ideas y principios, en sus instituciones y estructuras de poder- que lo aprisionaba. Nada de extraño debería resultar que en la visión del hombre como parte integrante de una totalidad orgánica residiera el núcleo de la filosofía política del fascismo.

Como muy acertadamente expone Sternhell, la generación rebelde de 1890 -entre quienes incluye a d'Annunzio y Corradini, en Italia; a Drumont y el citado Barres, en Francia; Paul de Lagarde, Julius Langbhen y Arthur Moeller van den Bruck, en Alemania...- cifró esa liberación y salida a la crisis, no en la fuerza del individuo -como había tendido a hacer la generación precedente-, sino en la de la colectividad -ya fuese ésta dibujada con trazos étnicos o raciales o con trazos culturales. Esa opción por lo colectivo en detrimento de lo individual no fue casual. Contribuyó de manera decisiva una atmósfera intelectual europea saturada de biología darwiniana, de estética wagneriana, del racialismo de Gobineau, del psicologismo de Le Bon o de la filosofía de Bergson. La marcha del pensamiento europeo hacia nuevas orillas marcadas por una visión del mundo más compleja que la precedente, menos segura de la autonomía del individuo, del poder de su razón o de su palabra, menos dispuesta a las luces de la moral kantiana (y, en consecuencia, mucho más proclive a fijarse en sus sombras), proporcionó a estos aires de revuelta un sentido y una dirección. No sólo se trató de eso, además - sin necesariamente tener que comulgar con esos afanes- acabó proporcionándoles un sólido crédito ante una sociedad acostumbrada a creer firmemente en la ciencia.

Como ha señalado este autor -si bien no ha sido, ni el único, ni el primero, en hacerlo- la contribución a todo este proceso de parte de científicos y pseudo-científicos sociales fue muy considerable. Ya nos hemos referido al social-Darwinismo, e implícitamente también a la amplia consideración, tanto social como intelectual, que adquirió esta noción a lo largo de las décadas finales del siglo XIX. La desacralización del individuo - realizado a través de la negación de la dimensión personal de éste- que suponía el materialismo naturalista del planteamiento darwiniano,

aplicado a la interpretación del hombre y del comportamiento social, fue muy notable. La influencia del positivismo no mejoró las cosas. Conceptos tales como ambiente, herencia o raza tendieron a ser entendidos como los factores condicionante en el comportamiento de los hombres y las colectividades sociales. Fue a lo largo de este plano inclinado como la generación de 1890 acabó por interesarse por la psicología y el mundo del inconsciente: una nueva demostración científica de la falsedad del concepto tradicional de hombre -en el cual se habría fundado la tradición humanista-, así como de la idea de que los comportamientos humanos estaban gobernados por la razón. La carga de profundidad que todas estas conclusiones aportadas por la nuevas ciencias humanas y sociales suponían para la idea de democracia acabó siendo letal. Las consecuencias en el plazo medio -más posiblemente que en el inmediato- fueron asimismo demoledoras. La sociedad burguesa occidental, "montada" sobre unas presunciones que la misma ciencia mostraba cómo infundadas y carente de base, sufría un descrédito intelectual, así como un desarme moral, formidable.

En una palabra, como sostiene Sternhell en su interpretación del fascismo, es un gran error de perspectivas considerar a estos rebeldes culturales -con mucha frecuencia, poco menos que meros pseudo-intelectuales de segundo o tercer rango (aun con algunas excepciones)- relegados en los márgenes de la sociedad; y, en consecuencia, también resultaría ilusorio pensar que el laboratorio de ideas del cual la ideología fascista surgió, aún existiendo, careció de presencia real en esa misma sociedad. En caso de haber sido así, la hipótesis acerca de la naturaleza accidental, y un tanto inopinada, del fascismo aún tendría gran verosimilitud. Sin embargo, esos hombres rebeldes no hicieron en realidad más que componer un menú con los ingredientes que les estaban proporcionando grandes científicos e intelectuales. De ahí el fascismo obtuvo su fuerza, así como la posibilidad de proyectarse políticamente con energía y rapidez relativas. El discurso fascista, a pesar de la agresividad de su tono enragé, a pesar de su activismo nihilista, contaba con un significante además de con un claro significado -por supuesto también con un auditorio dispuesto a escuchar-. La fuerza del fascismo residiría, así pues, en aquello mismo que en ocasiones se le ha negado; esto es, en su gran poder de seducción desde una perspectiva ideológica. Fue debido a un clima intelectual preponderante la pérdida de autoconfianza sufrida por la idea de democracia y de libertades individuales, así como el notable ascendente social e intelectual de lo que acabó siendo su principal producto político: el fascismo.

Fue a partir de la religación de la única posibilidad de futuro –para continuar con la Historia- con una visión de un hombre nuevo -así como la identificación de la forja de ese hombre nuevo con la lucha contra la democracia, el parlamentarismo, el racionalismo, el individualismo (esto es con todo el conjunto de instituciones, valores, creencias o estructuras que sustentaban a la sociedad burguesa-, como se hace comprensible la convergencia en un nuevo credo político -eso sí, ambas profundamente transformadas- de la vieja noción de nación y de revolución social. Si esto fue posible se debió -afirma Zeev Sternhell- en otra de sus tesis centrales a que el clima intelectual de fin de siglo incidió de manera decisiva en un replanteamiento -en primer lugar- de la idea de nación, que se situó al margen de los valores liberales heredados de la Revolución Francesa y de la Ilustración; por su parte -en segundo lugar- la idea de revolución social perdía asimismo el fimdamento idealista y racionalista que le había proporcionado el marxismo. Para el historiador israelí, Georges Sorel o Maurice Barres, cada uno partiendo desde las orillas contrarias, ejemplificarían dicha evolución y dicha síntesis. Años después el mismo Mussolini acabaría siendo un nuevo exponente de este transformador proceso de convergencia. Nada de extraño. Como el citado autor afirma, Mussolini fue uno de los más famosos conversos públicos a esa nueva síntesis nacional-socialista. Pero ni fue la única conversión que se produciría, ni -desde luego- cabría explicar esa conversión desde el prisma del oportunismo. Mussolini, un socialista revolucionario, no dejó de advertir la

desintegración progresiva de la noción de lucha de clases como arma de guerra contra la burguesía. La experiencia de la Primera Guerra Mundial -particularmente de su estallido y primeras fases de movilización- fue a este respecto decisiva. El mito nacional aparecía de repente con toda su fuerza movilizadora. Sólo era menester dirigirlo en la buena dirección: la destrucción de la democracia y del liberalismo para el surgimiento de un nuevo orden.

Pero esa fuerza movilizadora contenida en el mito nacional también se podía dirigir hacia otros rumbos. De hecho fue así en el caso de la derecha conservadora. En este caso, lo que se propugnaba no era la edificación de un orden nuevo, sino la restauración de un orden antiguo; en este caso, no se propugnaba tampoco la aparición de un nuevo hombre, ese hombre natural, inédito en la Historia, aprisionado en la cárcel de hierro de la moralidad burguesa. Rescatar de las destructoras garras de la Modernidad -ya fuese ésta burguesa o anti-burguesa- al único hombre posible, cuyos atributos morales sólo podrían venir de la cultura unitaria europea rota por la Revolución, no fue un sueño presente en la ideología subyacente al fascismo. Del nuevo clima intelectual europeo la derecha pudo entresacar argumentos dialécticos nuevos en su guerra contra la Modernidad en nombre de una visión mitificada de una supuesta nación originaria; mientras que de la nueva sociedad de masas, producida por esa modernización tan denostada, también pudo esa derecha -asimismo en nombre de la nación- emplear nuevos métodos, más modernos y eficaces, de movilización política y de intervención social. Sólo en ese último sentido se podría hablar de una nueva derecha, distinta de la vieja. Ese nexo nacional común -sin embargo- no es suficiente para incorporar sin más al fascismo con la derecha o para confundir el fascismo con ella.

En este punto -para concluir- la posición de Zeev Sternhell es concluyente. Los fascistas y revolucionarios de los años 20 y 30, al margen de su lugar de procedencia, carecieron de las dudas o incluso de las ambivalencias de muchos de los historiadores posteriores. Estos demostraron siempre ser terriblemente conscientes de lo que les separaba de la derecha reaccionaria, vieja o nueva. Pero además esto mismo se podría también decir, con la misma rotundidad, en el sentido contrario. Figuras como el almirante Horthy, el general Antonescu o el Coronel de La Rocque -por no citar a Franco, a Pétain, a Víctor Manuel III o a otros muchos más- eran también plenamente conscientes de sus lejanías con el fascismo. Y no sólo se trató de un sentimiento de alienidad -o de lejanía, decíamos-: los conservadores europeos de la época -incluyendo entre ellos a los más moderados y liberales, así como a los más radicales y reaccionarios (o incluso dictatoriales)-, manifestaron un escasísimo afecto por un movimiento de ruptura como el fascismo, el cual aspiraba a construir un marco social de nueva factura y manifestaba a las claras su profundo desprecio por las reliquias aún existentes de un mundo pasado. El fascismo no tenía nada que ver con la vieja sociedad de los usos tradicionales y de las costumbres consuetudinarias. El fascismo proyectaba toda una ideología revolucionaria que aspiraba a crear un nuevo hombre y, a partir de ahí, a construir una nueva civilización.



Zeev Sternhell

La ideología del fascismo entre pasado y presente

Franco Savarino

¿Han muerto las ideologías?

*U*na de las ilusiones tal vez más extendidas de estos tiempos de globalización e incertidumbre es la creencia que "las ideologías han muerto": sepultadas entre los escombros de los estados totalitarios o relegadas a la impotencia, a la marginalidad y a la inutilidad. Se cree que el siglo XX, siglo "ideológico" por excelencia, ha dejado el paso a un Nuevo Siglo liberado de toda hipoteca y lastre de utopías e ideologías, capaz de actuar y pensar más libremente prescindiendo de ellas.

El listado de ideologías supuestamente "muertas" incluye al *comunismo*, al *fascismo*, al *nacionalismo*, al *anarquismo*, al *tradicionalismo*, al *liberalismo (clásico)*, es decir, todas las principales elaboraciones ideológicas de largo alcance surgidas en el mundo occidental entre los siglos XIX y XX. El tradicionalismo habría perdido su batalla con las revoluciones sociológicas de la modernización, el anarquismo se habría extinguido a comienzos del siglo XX, víctima de su impotencia política, el nacionalismo habría sufrido un desgaste mortal en la primera guerra mundial, el liberalismo clásico habría decaído a partir de la crisis mundial de 1929, el fascismo habría perecido en el fragor de la segunda guerra mundial y el comunismo se habría extinguido en 1989, con el derrumbe de los regímenes comunistas de Europa del Este. Ninguna de estas ideologías estaría presente hoy para celebrar el comienzo del nuevo siglo XXI.

Esta idea de un mundo "sin ideologías" es una utopía, una ilusión que deriva del rechazo a las mismas, de la incapacidad de captar su presencia y su esencia. El cansancio de tantas guerras y conflictos librados en nombre de las ideologías, el repudio a las manifestaciones ideológicas más extremas, ha llevado a un verdadero "secularismo militante" antiideológico, incluso entre intelectuales e investigadores. Igual a lo que sucedió con la religión, se toman como paradigma de las ideologías sus formas extremas y violentas, y se subraya la cerrazón, la deformación y el error sistemático que produce todo pensamiento ideológico. En esta perspectiva, "ideológico" sería sinónimo de necio, fanático, perverso, sesgado y equivocado. En suma, una mala palabra, una etiqueta incómoda que raya fácilmente en insulto y anatema moral, lo que lleva a calificar el residuo persistente de las ideologías como algo anacrónico, o bien un "peligro". Existe además una sensación de obsolescencia, de insuficiencia de las definiciones y categorías que aun se utilizan para marcar las expresiones ideológicas que "sobreviven" en el mundo postideológico. Se aplican viejos nombres para designar algo que es nuevo, diferente, irreductible al panorama de antaño. En el lenguaje vulgar, político y periodístico se siguen utilizando con regularidad desconcertante los nombres de las viejas ideologías como etiquetas cómodas o despectivas que carecen ya de cualquier capacidad descriptiva. Esta inercia semántica afecta también al campo académico y convierte la tarea de observar e interpretar la fenomenología política en una confusa y penosa peregrinación entre espejismos y burdos anacronismos.

El paradigma post-ideológico, decía, es utópico e ilusorio, por varias razones. Primero, cualquiera puede comprobar empíricamente que las ideologías no han desaparecido: todavía hoy existen en todas partes partidarios de sus formas "clásicas" o de sus reencarnaciones recientes. Es suficiente dar un vistazo a la *internet* para descubrir páginas repletas de proclamas, documentos y programas que remiten a referentes ideológicos fácilmente reconocibles. Y existe, además, un gran número de movimientos y partidos políticos que se identifican aun mediante símbolos y discursos supuestamente obsoletos. En la multiforme variedad de los fenómenos políticos de hoy es bastante fácil reconocer tras las máscaras y las inevitables mutaciones que han sufrido la huella de los "viejos conocidos" del siglo pasado. El prefijo "neo" que se le agrega a varios de éstos

(neocomunismo, neofascismo, neoliberalismo...) indica claramente una "nueva forma" de la vieja familia. Incluso los esquemas clásicos para clasificar las ideologías –por ejemplo la polaridad derecha-izquierda– no han desaparecido del todo.

Segundo, si las ideologías del pasado parecen menguar o reposicionarse en papeles más discretos o marginales del espacio político, han aparecido en la escena *nuevas ideologías*. El *ecologismo*, el *globalismo*, el *(neo)liberalismo* y el *fundamentalismo cultural* son algunos de los nuevos protagonistas en el escenario. Y la idea de que las ideologías han desaparecido es en sí misma ideológica, generalmente sobreentiende que ha quedado vigente una sola: el (neo)liberalismo democrático. Además por lo menos una forma ideológica de antaño ha sobrevivido sin daños aparentes hasta hoy, el *populismo*, y es de dudar que el *nacionalismo* en todas sus declinaciones y epifanías multiformes haya perdido su asombroso poder de convocatoria. Las ideologías pueden debilitarse en un lugar, y mantenerse o aparecer en otro, las manifestaciones ideológicas no tienen una dinámica sincrónica en todo el planeta. El comunismo por ejemplo, después de su caída catastrófica a finales del siglo XX, ha sobrevivido convertido en una blanda socialdemocracia o alimenta movimientos marginales en Europa, o bien resiste fosilizado en sus formas clásicas en Corea del Norte, Cuba, Laos y Vietnam, además China sigue siendo oficialmente comunista. Los análisis eurocéntricos o enfocados en el "primer mundo" fallan en reconocer la difusión en otras regiones del planeta de fenómenos apresuradamente declarados caducos, obsoletos, superados. O bien, por el contrario, extienden superficialmente la aplicación de las categorías ideológicas familiares, a falta de un verdadero entendimiento de los nuevos fenómenos.

Tercero las ideologías no han perdido su razón de ser y sus funciones sociopolíticas, filosóficas y antropológicas muy a pesar de sus fracasos y de la imagen negativa que han llegado a tener hoy. Las ideologías persisten porque son *creencias compartidas* análogas a las religiones. Como éstas, las ideologías se han mostrado capaces de sobrevivir incluso a sus derrotas y desmentidos en la historia, porque se manifiestan como sistemas simbólicos cognitivos que responden mejor a las condiciones deficitarias de sentido creadas por la modernidad. En palabras de Clifford Geertz, "las ideologías [...] son, de manera sumamente clara, mapas de una realidad social problemática y matrices para crear una conciencia colectiva". Las ideologías, en pocas palabras, son esquemas culturales que desempeñan funciones sociales fundamentales: cognitivas, afectivas, integradoras y movilizadoras, especialmente en épocas de trasformaciones que provocan la perdida de orientaciones, una confusión de valores e identidades, angustias y desorden. Su centralidad en tiempos modernos en cuanto conjuntos coherentes de valores orientativos, su comprobada eficacia en orientar y condicionar los comportamientos individuales y colectivos y su perdurable individualidad, las hacen aun hoy motores principales de la historia.

Entre las ideologías características del siglo XX, el *fascismo* puede ejemplificar y resumir muy bien la compleja y contradictoria percepción de fin o persistencia, marginalidad o difusión, anatema y exaltación, definición o confusión interpretativa. Partiendo del supuesto de que las ideologías persisten aunque transformadas, que siguen desempeñando una función social claramente reconocible, que atañe a nuestra manera de observar y encontrar un sentido al mundo, presento a continuación una exposición sintética de los principales paradigmas interpretativos del fascismo en cuanto fenómeno histórico y político. Con el objetivo de delimitar el campo semántico propio de esta ideología, individuar los motivos de su éxito, fracaso y persistente atractivo, e indicar posibles itinerarios de investigación y problemáticas para explorar.

Fascismo: el caos interpretativo

Con la palabra "fascismo" entendemos generalmente a un fenómeno o familia de fenómenos políticos del mundo occidental que caracterizó a la época entre las dos guerras

mundiales del siglo XX. El fascismo tuvo un impacto descomunal en la historia mundial incluso fuera de Europa, movilizó, involucró y afectó la vida de millones de personas, revolucionó nuestra manera de entender y practicar la política y dibujó a un panorama cultural nuevo. Las huellas del fascismo se encuentran solidamente incrustadas en una pluralidad de fenómenos contemporáneos y su legado es parte fundamental del estilo y la cultura política del mundo actual.

Pese a su importancia, sin embargo, hoy "el fascismo sigue siendo probablemente el más vago entre los términos políticos más importantes". El fin abrupto y violento de sus expresiones históricas más relevantes en 1945, el consiguiente anatema satanizante impuesto por sus enemigos liberales, católicos y socialistas y el uso deformado, indiscriminado e inflaccionario del término en el lenguaje corriente, han convertido el esfuerzo para analizar, entender y definir el fenómeno en una tarea ardua y difícil. A más de medio siglo de la desaparición de los fascismos, los medios de comunicación propagan la impresión que el fantasma del fascismo sigue andando suelto entre nosotros espantando y amenazando. Se confunde con el fascismo cualquier dictadura militar, o régimen populista autoritario o incluso liberal con tintes demasiado radicales, se etiquetan o caricaturizan como "fascistas" a hombres políticos o movimientos que son simplemente nacionalistas, se habla de un improbable "fascismo islámico", e incluso entidades como Estados Unidos o Israel son polémicamente tildadas con el calificativo cuando manifiestan rasgos agresivos o represivos en su política exterior e interior.

Cansados por este "ruido de fondo" caleidoscópico de imágenes estereotipadas los estudiosos del fenómeno han buscado desinflar y reducir drásticamente el campo semántico de la palabra. Algunos han querido limitar su uso al fascismo italiano, otros han hablado de dictaduras, de autoritarismos, de estilos peculiares de ejercicio del poder, con lo cual la expresión corre el riesgo de perder toda individualidad. Emilio Gentile, un especialista italiano sobre el tema, se pregunta provocativamente si acaso ha existido nunca algo llamado "fascismo".

Esta oscilación entre un uso tan extendido hasta resultar inútil (el fascismo como sinónimo de "violencia de estado", "dictadura", "represión"...) y una restricción semántica excesiva, pedante, que llega a desaparecer *de facto* al fenómeno, supone una paradoja. Como ha señalado Marco Tarchi, "lo que le había parecido a los contemporáneos como uno de los grandes protagonistas políticos y culturales del siglo XX, capaz de oponerse a sus adversarios bajo cualquier punto de vista –como doctrina, como modelo de organización social y política, como mito identificador con fuerte arrastre tanto entre sus partidarios así como entre sus adversarios– y de proyectar una imagen de sí clara, cautivante o repulsiva según los casos, pero siempre y de cualquier manera fácil de captar emocional y racionalmente, se ha convertido en algo parecido a un enigma para la posteridad".

Los estudios que se han llevado a cabo sobre el fenómeno, no han logrado aun esclarecer del todo este enigma. Hasta hace poco, no existía un acuerdo entre los especialistas sobre el tema ni siquiera sobre su carácter fundamental y su colocación en el tiempo y en el espacio: si fue revolucionario o contrarrevolucionario, moderno o antimoderno, de izquierda o de derecha, nacionalista o transnacionalista, clasista o interclasista, capitalista o anticapitalista, occidental o antioccidental, europeo o mundial, propio de la época de entreguerras, o bien extendido a todo el siglo XX (y hasta hoy). Estamos, sin duda, aún lejos de elaborar una "teoría general del fascismo" que pueda establecer de una vez por todas la colocación de éste en el ámbito de la historiografía, la sociología y la ciencia política. Tampoco ha sido aun propuesto un "modelo" convincente y ampliamente aceptado, capaz de convertirse en la "Piedra de Rosetta" para descifrar las multiformes manifestaciones del fascismo. Además, no han sido agotadas las temáticas para investigar, formuladas todas las preguntas y explorados los itinerarios que se vislumbran a la luz de la abundante producción académica

que se ha acumulado a lo largo del último tercio del siglo XX. Por el momento, parece que tendremos que conformarnos con las definiciones, tipologías y modelos que han sido propuestos con éxito variable por los investigadores, en particular Renzo De Felice, Juan Linz, George Mosse, Stanley Payne, James Gregor, Zeev Sternhell, Roger Griffin, Roger Eatwell, Emilio Gentile y Marco Tarchi.

En busca de un modelo

Las modelizaciones científicas, es decir, rigurosas y desligadas de las preocupaciones de la lucha política e ideológica, han variado en el transcurso de los años desde las explicaciones monocausales a las plurifactoriales, han dedicado más atención a los aspectos *fenomenológicos*, *ideológicos* y *culturales* del fenómeno, han formulado nuevas preguntas y han aprovechado la gran expansión de las fuentes disponibles y de los nuevos campos de investigación. La metodología ha aprovechado la colaboración interdisciplinaria al superar el predominio que tenía la ciencia histórica en este campo de estudios y ha recibido valiosos aportes de la ciencia política, la sociología y la antropología. El método empírico-comparativo, además, se ha impuesto por encima de los estudios genéricos o encerrados en cada contexto nacional.

Siendo el fascismo *ab origine* un producto típicamente italiano y alemán, no es de extrañar que algunos de sus mejores intérpretes también lo sean. Ernest Nolte y Renzo de Felice fueron entre los primeros, en los años sesenta y setenta, en proponer una interpretación original sobre la base de una sólida investigación empírica. Nolte ha establecido una metodología de análisis "fenomenológica", y ha interpretado el fascismo esencialmente como un socialismo nacional antimarxista con vertientes filosóficas peculiares, característico de una época de crisis del liberalismo. De Felice, en cambio, ha privilegiado un enfoque socioeconómico no marxista, con un imponente trabajo de investigación que ha consolidado la idea de que el fascismo –aun siendo un fenómeno interclasista– impactó ante todo en los sectores "medios" de la sociedad. Para De Felice el fascismo fue un movimiento revolucionario de las clases medias en ascenso a comienzos del siglo XX, que buscaba abrir un espacio propio entre un proletariado en rebeldía y una burguesía estancada y atrincherada en sus privilegios.

Más que esta definición del fascismo como movimiento de clase, las novedades más interesantes en el trabajo de De Felice son el reconocimiento del *consenso* de masas que disfrutaron –en momentos determinados – los fascismos, y la apertura teorética y metodológica al estudio de la *ideología*. El historiador italiano junto con Nolte y un puñado de otros autores –Eugen Weber, Juan Linz, George Mosse, James Gregor– han hecho un llamado a los investigadores a tomarse en serio la propuesta ideológica y política del fascismo, superando de una vez por todas el arraigado prejuicio de que éste no tuvo nunca un verdadero sistema ideológico. El problema de definir la ideología fascista, de captar su complejidad tras la aparente incoherencia que manifiesta, deriva del carácter ecléctico, pragmático y relativo de ésta, pues los fascistas valoraban la "actitud", la experiencia, la acción, por encima de la teoría y la fe por encima de la convicción racional, por ello al fascismo le ha faltado un aparato doctrinario compacto y estándar de referencia como el que tiene, típicamente, el comunismo. En consecuencia, apuntaba Mosse, "el pensamiento político fascista y nacionalsocialista no puede ser juzgado en términos de teoría política tradicional".

La nueva sensibilidad de los estudios hacia la ideología y los aspectos culturales ha facilitado el entendimiento de los factores que llevaron a la condensación del fenómeno fascista en el contexto de la Primera Guerra Mundial (reconocida como "madre de los fascismos") y de las luchas políticas posbélicas y rastrear sus antecedentes, sus fuentes de alimentación y sus expresiones aparentemente contradictorias en el campo de las artes, las letras, la arquitectura, la ciencia, y la pertenencia o cercanía a categorías políticas más amplias como el nacionalismo, el totalitarismo, el populismo, o el autoritarismo "desarrollista". Además, el enfoque en la ideología ha facilitado la superación del *impasse*

suscitado por la atención exagerada al modelo socioeconómico corporativo, un aspecto original, sin duda, pero secundario, coyuntural, no compartido por todos los fascismos y nunca aplicado cabalmente, ni siquiera en Italia. De este modo se ha abierto también una perspectiva fértil para investigar sobre la influencia del fascismo fuera de Europa (en condiciones socioeconómicas y culturales diversas de su matriz originaria) y *post mortem*, verificando su actualidad y persistencia en los tiempos actuales.

Juan Linz ha explicado la aparente ambigüedad ideológica del Fascismo con la situación del campo político existente en la posguerra en Europa, ocupado por las fuerzas liberales, católicas y socialistas: un movimiento nuevo tenía que definirse ante todo como "anti"-movimiento para diferenciarse de los demás. Asimismo ha señalado la gran adaptabilidad, ductilidad y capacidad sintética sobre la base de un esquema ideológico caracterizado por la emoción, el mito, el vitalismo y el idealismo, con el llamado a todos los sectores sociales a movilizarse en nombre de los intereses, aspiraciones y sentimientos nacionales comunes.

La variabilidad polimórfica característica del Fascismo ha sido puesta en evidencia por investigaciones sucesivas sobre los diferentes "casos nacionales", en particular el amplio ensayo colectivo *"Who Where the Fascists"* publicado en 1980. Aquí, junto a los rasgos comunes, aparecen una variedad de motivaciones y de percepciones del fenómeno fascista por parte de los protagonistas y sus adversarios, cuyo resultado es el desdibujamiento de un concepto demasiado unitario del Fascismo, y el paso a una atención nueva hacia la diversidad del fenómeno y su tipología. Hablar de "Facismos" al plural ha sido desde entonces una norma de prudencia metodológica y teórica entre los investigadores. Asimismo, un dato significativo es la apertura a las visiones subjetivas de los protagonistas. Con ello, se han puesto en evidencia las fuertes motivaciones positivas que animaban a los militantes, más allá de los resultados posteriores, parciales y contradictorios, del Fascismo convertido en política de Estado.

El esclarecimiento de las causas del surgimiento del Fascismo y el mejor entendimiento de sus multiformes manifestaciones locales, han dejado abierta la pregunta sobre la extensión, la unidad, la definición general del fenómeno y han llevado a plantear nuevas cuestiones en relación con la ideología. Stanley Payne ha propuesto, a comienzos de la década de los ochentas, un modelo basado en la descripción sistemática de las características comunes a los fascismos, para esclarecer la pertinencia o no de cada movimiento, grupo o régimen. Tomando como punto de partida una precedente tipología de Nolte y De Felice, individua algunos rasgos comunes a todo fascismo agrupados en tres rangos: a) negaciones, b) ideología y objetivos, c) estilo y organización. Un logro importante de este modelo es el establecimiento de una distinción comparativa entre las llamadas "tres caras del nacionalismo autoritario": el "fascismo", la "derecha radical" y la "derecha conservadora", áreas políticas que demasiado a menudo se encuentran asimiladas o confundidas. El modelo de Payne, reformulado en una obra más reciente, aunque carece de una definición sintética tiene el valor de su sencillez y rigor descriptivo, con la cual se ha convertido en una referencia obligada para los investigadores.

Otra contribución de gran importancia en los años ochenta ha sido el influyente trabajo de Zeev Sternhell sobre los orígenes y el significado de la revolución intelectual del fascismo. Sternhell describe el fascismo como una visión revolucionaria y total de la vida, que incluye la política, la economía, la sociedad y la espiritualidad del ser humano. El fascismo se presenta así como una alternativa radical a la civilización liberal burguesa racionalista e individualista, con fundamento en valores completamente distintos tales como el sacrificio, la fuerza, el espíritu de conquista, el culto de la acción y la disciplina, la sensibilidad hacia la naturaleza y la exaltación de la corporeidad del hombre. Este conjunto de valores conformaría un corpus ideológico que

"sustenta un proyecto no conformista, vanguardista y revolucionario [...] capaz de arremeter contra el orden establecido y de competir eficazmente con el marxismo en la mente y la preferencia tanto de los intelectuales como de las masas".

Sternhell rastrea los orígenes de la ideología fascista en la síntesis original de ideas, actitudes y sensibilidades maduradas en el pensamiento europeo a partir de finales del siglo XIX en el marco del nacionalismo, el sindicalismo revolucionario, el socialismo y el antiliberalismo. La convergencia sintética y creativa en el Fascismo produce una nueva forma de pensamiento que sitúa al hombre dentro de una totalidad orgánica en donde éste encuentra su realización cabal al cumplir con las tareas y funciones que le son asignadas por su comunidad de pertenencia. Una visión que deriva en particular de una crítica espiritualista y nacionalista a los fundamentos positivistas del marxismo y del liberalismo, al situarse como "tercera vía" entre ambos.

La síntesis fascista, según Sternhell, aun siendo un fenómeno europeo, se produjo por primera vez no en Italia sino en Francia, en donde el encuentro del socialismo con el nacionalismo produjo los primeros frutos intelectuales y políticos destacados. Esto sucedió aun antes de la Primera Guerra Mundial, como resultado de la crisis epocal de los viejos valores individualistas, democráticos e igualitarios derivados de la Ilustración y de la revolución de 1789, sustituidos por tendencias opuestas a la primacía de la comunidad orgánico-corporativa, del orden moral y de la espiritualidad en el marco de una síntesis entre nacionalismo y socialismo que respondía a la crisis simultánea de éste y del liberalismo.

Sobre la base de estas teorizaciones, e intentando superar sus límites, en los años noventa y a comienzos del nuevo siglo se ha dado un paso ulterior hacia la elaboración de una definición teorética e idealtípica del Fascismo. Roger Griffin ha confirmado la centralidad de la ideología en el estudio del fenómeno y ha propuesto una definición operativa que resalta el aspecto revolucionario y modernista del Fascismo. Éste sería, en síntesis "una forma palingenésica de ultranacionalismo populista", que aspira a superar la decadencia social y cultural de las sociedades industriales mediante la creación de un "hombre nuevo", artífice de un "nuevo orden" que anunciaría un renacimiento general. También Payne ha intentado recientemente condensar en una fórmula ideal ípica su trabajo, al definir el fascismo como "una forma de ultranacionalismo revolucionario que descansa en una filosofía principalmente vitalista, que se estructura en la movilización de las masas, en el elitismo llevado al exceso y en el *Führerprinzip*, que asigna un valor positivo a la violencia y tiende a considerar normales la guerra y/o las virtudes militares".

Otro autor, Roger Eatwell, ha propuesto, siempre a partir de la ideología, un "modelo" que define al fascismo como "una ideología que ha buscado determinar un renacimiento nacional sobre la base de una Tercera Vía radical holístico-nacional, aunque en la práctica el fascismo ha tendido a subrayar el estilo, especialmente la acción y el líder carismático, más que los programas detallados, y se ha empeñado en la demonización maniquea de sus enemigos". Eatwell reconoce entonces, como Sternhell, la naturaleza sintética del fenómeno fascista a medio camino sobre el eje derecha-izquierda, sin embargo sostiene su derivación de sintesis diferentes, no solamente del encuentro entre nacionalismo y socialismo. Dentro de un esquema que él que llama "sincrético a espectro" destaca, en particular, la combinación entre una concepción conservadora del hombre en cuanto sometido a las leyes de la naturaleza y la posibilidad típica de las izquierdas, de crear un "hombre nuevo"; la síntesis entre una visión científica del mundo y otra voluntarista y vitalista; entre fe religiosa y heroísmo clásico; y entre la economía fundada en la propiedad privada y una forma de estado de bienestar. El trabajo de Eatwell es sin duda un resumen esclarecedor de las preguntas, los puntos centrales del debate y la metodología y ofrece una cantidad de sugerencias para la investigación del fenómeno, pero no ha logrado elaborar un verdadero modelo que contenga una definición realmente novedosa y

sintética, capaz de convertirse en una herramienta analítica eficaz.

Un modernismo alternativo

A finales de los años noventa y principios del siglo XXI, los estudios parecen haber llegado a un punto muerto. En las décadas pasadas se han acumulado una mole imponente de ensayos, artículos y libros al punto que se ha vuelto *de facto* imposible conocer toda la bibliografía disponible sobre la temática, sin embargo este avance notable no ha llevado aun a la elaboración de la tan esperada síntesis teórica o modelo general capaz de satisfacer a toda la comunidad académica. Además, en los medios de difusión se siguen reproduciendo, aunque en menor medida y menos burdamente que antaño, los viejos estereotipos cargados de imprecisiones, distorsiones y graves errores de interpretación, por ejemplo rubricar al fascismo en la "extrema derecha".

Los avances científicos han sido, sin embargo, importantes desde el punto de vista teórico y metodológico, en particular la tendencia a investigar todo tipo de fuente con una lectura no prejuciada de las mismas, la extensión de las temáticas a investigar, la búsqueda de los motivos o factores subjetivos del poder de convocatoria de los fascismos, la separación analítica entre las fases "movimentistas" y los regímenes establecidos, la distinción entre la política de estado, la geopolítica y la ideología. Sobre todo, se ha logrado dar una descripción general de las características peculiares del fenómeno: el liderazgo carismático, la movilización de las masas, la hostilidad hacia la democracia, el liberalismo y el marxismo, el rechazo de los valores burgueses, el *ethos* heróico y romántico, el culto y los rituales "civiles", la tendencia mitopoiética, la exaltación de la virilidad, de la juventud y del superhombre nietzscheano, la valoración positiva de la violencia y de la guerra, el *glamour* estético, el elitismo, el "holismo" jerárquico, el voluntarismo, el vitalismo, el idealismo metafísico y el impulso hacia la trascendencia. Han sido descartados, en suma, los viejos esquemas reduccionistas que se enfocaban principalmente en la clase social, en la economía, en los rasgos "totalitarios" y represivos, en la personalidad carismática de los jefes, en la manipulación de las élites, en la "psicología" social, en las ideas antiracionalistas o en las historias nacionales. En cambio, se ha puesto en evidencia el carácter general del fascismo como movimiento revolucionario de masas principalmente nacionalista, dotado de una "cosmovisión" *(weltanshauung)* y una ideología propia, independiente, situada entre la izquierda y la derecha del espectro político, con la ambición de solucionar la crisis de la modernidad con una propuesta de palingenesia político-cultural.

Uno de los motivos recurrentes de los estudios más recientes es, precisamente, el creciente interés en la relación entre fascismo y modernidad. No se trata, desde luego, de na cuestión nueva, sin embargo la persistencia del interés general alrededor del fascismo, ncluyendo las posturas militantes pro y contra y la consiguiente pregunta sobre la vitalidad, colocación y posible extensión del fenómeno en los tiempos actuales, es una invitación ineludible a esclarecer este aspecto. Los cambios profundos y la crisis social y cultural que sufre el mundo actual en la transición de la modernidad a una nueva configuración global "posmoderna" o "hipermoderna" llevan a repensar al fascismo como una "ideología de crisis", en tanto consecuencia de ésta o agente de superación de la misma, y como "un intento específico de alcanzar una forma moderna, normalmente ateística, de trascendencia".

Sobre la base de los sugerentes trabajos de George Mosse sobre el nacionalsocialismo, dos autores italianos han destacado recientemente en la investigación a lo largo de esta línea, Emilio Gentile y Marco Tarchi. Ambos asumen el carácter de revolución modernista del fascismo, que interpretan como una respuesta político-cultural a los desafíos y problemáticas fundamentales del mundo moderno, y trabajan principalmente sobre la dimensión político-cultural del fenómeno buscando enuclear los ejes centrales de la fenomenología y la ideología fascista.

Tarchi señala acertadamente que el carácter ideológico peculiar del fascismo es el

ideal de *comunidad*, nacido de la hermandad de los combatientes de la guerra mundial y propagado en la posguerra como mensaje de rescate de la enajenación atomística de la sociedad moderna. Según este autor, "el sentimiento de comunidad que deriva del haber transcurrido años en las mismas trincheras es vivido por los fascistas como un antídoto a la enajenación causada por el desarraigo de los individuos y de las familias de los ambientes originales, por el efecto conjunto de los procesos de industrialización y urbanización". El fascismo buscó solucionar la contraposición, provocada por el proceso de modernización, entre *geselleshaft* y *gemeinshaft*, al descubrir una fórmula no conservadora para recuperar el poder identificante y significante de la segunda, mediante el recurso a los mitos políticos de la nación o de la raza. El mitema comunalista, incrustado en el núcleo central de la ideología y la *weltanshauung* fascista, tenía la capacidad de movilizar a los militantes y a las masas solicitando los impulsos instintivos, las expectativas ideales de éstas y no solamente sus intereses materiales. El fascismo, así, lleva al extremo un rasgo característico de todo nacionalismo: el ideal de una comunidad nacional compacta y solidaria.

Gentile argumenta que el fascismo buscó superar la conflictividad y las contradicciones internas de la modernidad al desatar una *revolución antropológica radical* que pretendía forjar al "hombre nuevo" fuerte, viril, dinámico, dominador, conquistador y creador de civilización. "Millones de personas [...] vieron en el fascismo una solución entusiasmante a los conflictos de la sociedad moderna y creyeron que éste era la aurora de una nueva era de grandeza nacional, el nacimiento de una 'nueva civilización' destinada a durar por siglos".

En consecuencia, es un error pensar –como solía afirmarse desde el marxismo o desde el liberalismo– que el fascismo fuera sólo la máscara tras la que se ocultaban los intereses del "capital" o una simple reacción conservadora antimoderna que se sirvió de la fuerza para proteger los valores de la sociedad "tradicional". Al contrario, según muestra convincentemente el autor, el fascismo "tuvo una propia visión de la modernidad que se oponía a la cultura, a la ideología, al estilo de la modernidad liberal, socialista y comunista, y reivindicó para sí la pretensión de imponer la propia fórmula de modernidad al siglo XX. En este sentido se puede hablar de *modernismo fascista*".

Típicas del modernismo fascista eran la concepción activista de la vida, el relativismo antiteorético, el futurismo, el experimentalismo institucional y también la formación de una "religión política" mediante el reconocimiento y uso del mito, del simbolismo, de la fe irracional. En este sentido hay que leer la atención del fascismo hacia el pasado histórico, no como "un templo donde contemplar y venerar nostálgicamente la grandeza de glorias remotas, conservando íntegra la memoria consagrada de los vestigios arqueológicos", sino como "un arsenal de donde sacar mitos de movilización y legitimación de la acción política", en vista de la creación de un futuro. El aprovechamiento de las tradiciones históricas, de los mitos, del folklore, de las memorias compartidas en función de propelente de la modernización es uno de los aspectos más característicos del fascismo y explican, en parte, su éxito. Sólo éste, entre los nacionalismos que han buscado arraigarse en el pasado, ha logrado descubrir y aprovechar de manera creativa y cabal los recursos dinámicos y progresivos de esos aspectos de la sociedad que hasta entonces el mundo moderno había declarado incompatibles y caducos.

Una correcta aproximación al fenómeno totalitario fascista supone, en consecuencia, reconocer lo estéril de una visión dicotómica según el esquema de progreso/reacción, modernidad/antimodernidad, pasado/futuro, historia/antihistoria donde el fascismo era reducido a pura negatividad histórica y reconocer, al contrario, el carácter *trascendente* y *precursor* del fascismo en la solución de estas antinomias. Es necesario, por lo mismo, admitir "la crisis del modelo racionalista y progresista de la modernidad, como criterio de valoración de los fenómenos de la historia contemporánea" y, con ello, que "irracionalidad y modernidad, autoritarismo y

modernidad no son en absoluto incompatibles y pueden, también, convivir". De ahí que, en palabras de Gentile, "el análisis de la relación entre fascismo y modernidad sea, ciertamente, uno de los temas fundamentales que la historiografía debe todavía profundizar, no sólo para entender al fascismo sino para entender la naturaleza misma de la modernidad del siglo XX". No se estudia el fascismo, en consecuencia, sólo por curiosidad historiográfica ni para confirmar determinados prejuicios ideológicos; pues en realidad, lo que en él se pone finalmente en discusión es la naturaleza ambigua de la modernidad, cuya capacidad generadora de mitos políticos de carácter totalitario sigue hoy, más allá de la derrota bélica en 1945, perfectamente vigente.

El carácter ecléctico-sintético (o sincrético), modernista, palingenésico y holista-omunitarista del fascismo encuentra hoy un consenso sustancial entre los especialistas sobre el tema, por encima de los matices de las respectivas líneas de investigación. Todos los movimientos, partidos y regímenes fascistas incluyeron estos aspectos en su núcleo ideológico y trataron de convertirlos en objetivos y tareas de su acción política, aunque generalmente no las lograran cabalmente. El incumplimiento histórico de esta utopía central de la ideología fascista, según señalaba De Felice, se debía ante todo a los compromisos establecidos con las fuerzas conservadoras, católicas y liberales en la fase inicial de la toma del poder, que solamente con el tiempo serían neutralizados, conforme los regímenes se consolidaban y una nueva generación de jóvenes retomaría con vigor las consignas de los padres. De haber sobrevivido más tiempo, y ganado la guerra mundial, es probable que el fascismo hubiera avanzado en la realización de esa revolución antropológica radical que era su verdadero y principal objetivo.

Conclusiones

A falta de una teoría general universalmente aceptada tenemos que conformarnos con una definición descriptiva razonable, operativa, principalmente sobre la base de las propuestas de Eatwell, Tarchi y Gentile, sin descuidar las anteriores aportaciones de Mosse y De Felice. El Fascismo, entonces, se podría definir como *una ideología política revolucionaria que expresa una autocrítica radical de la modernidad al proponer una revisión de sus principios fundamentales para superar sus aspectos conflictivos, enajenantes, decadentes o autodestructivos mediante un nuevo modelo de sociedad y cultura palingenésico, orgánico, totalitario, vitalista, fundado sobre la comunidad (en dos variantes principales, nacional o racial), a través de la mediación (o síntesis) entre tradición y modernidad, y la supremacía de la política, la espiritualidad y la estética sobre el derecho y la economía.* El éxito de este esquema ideológico en el siglo XX habría producido una mutación radical en la Civilización occidental, así como la conocemos hoy.

Existen todavía muchas preguntas y cuestiones que no han encontrado una respuesta satisfactoria, por ejemplo la dualidad del fascismo entre un modelo italiano (secular, nacionalista, semi-totalitario, idealista, populista, más "de izquierda") y un modelo alemán (irracional, racialista, totalitario, radical, más "de derecha"). Se podrían añadir, quizás, otras variantes laterales, la rumana y la española: religiosas, tradicionalistas y, por tanto, más "de derecha" con respecto a ambos. En realidad los investigadores no saben exactamente en donde colocar en el eje derecha –izquierda a cada una de las variantes conocidas del fascismo, aunque la tendencia es apuntar al área central del espectro político o bien a resaltar el perfil sintético y trascendental del fascismo entre los dos polos. Tampoco existe acuerdo sobre el grado de totalitarismo alcanzado por el fascismo italiano con respecto al alemán. No está del todo claro, además, el trazo de la línea divisoria entre el nacionalismo radical o "integral" y el fascismo, pues éste tenía la tendencia a rebasar, con el tiempo, los límites nacionales con el llamado racial (mito ario/indoeuropeo) o cultural (mito "romano"). La tensión entre universalismo y particularismo dentro de la ideología fascista es, sin duda, uno de los temas que merecen más atención.

Permanecen abiertas muchas preguntas sobre las vertientes internas, y sobre las fases evolutivas de los movimientos y regímenes

fascistas, y podrían plantearse otras con respecto a lo que podríamos llamar *anticipaciones*, *prefiguraciones* o *adelantos* del fascismo con respecto a los tiempos actuales: por ejemplo la preocupación ecológica, la valoración de las culturas populares y del patrimonio histórico, arquitectónico y arqueológico, la cultura visual, la salud reproductiva, la planeación demográfica, la eugenesia, la geopolítica y el "choque de civilizaciones".

Queda por definir, en fin, si el fascismo histórico desaparecido violentamente en 1945 coincide con los fenómenos que hoy día se le parecen o son etiquetados como tales. Existen en Europa y otras partes movimientos, partidos políticos y círculos intelectuales que se mueven *mutatis mutandis* en el mismo universo de ideas, mitos y sensibilidades que caracterizaron a los fascismos de la primera mitad del siglo XX. No se denominan a sí mismos "fascistas" –con algunas excepciones– por almenos cuatro razones: primero, el polimorfismo creativo característico de todo fascismo, en donde los nombres y simbologías son sacados del contexto local y contemporáneo más que ajustarse a un estándar o arquetipo. Segundo, la hibridación u oscilación hacia las corrientes ideológicas de la llamada "derecha radical", de la "extrema derecha" o del nacional-opulismo. Tercero, la gran diversidad de la situación histórica actual con respecto a los años formativos y de apogeo de los fascismos históricos y, por último, la recurrente hostilidad y temor de las fuerzas de izquierda y liberales hacia un resurgimiento del fascismo. Para complicar el asunto a menudo son denominados "fascistas" movimientos que tienen pocos elementos para calificar como tales, como por ejemplo la etnopopulista "Liga Norte" de Umberto Bossi en Italia o las organizaciones islamistas radicales, y no se aplica el calificativo a otros que sin duda están mucho más cerca de caber en la definición, como el *bolivarismo* venezuelano de Hugo Chávez, o el *baathismo* de Hussein en Iraq y de Assad en Siria.

Reconocer el núcleo de la propuesta ideológica fascista en la maraña de los fenómenos que "parecen" fascistas hoy no es una tarea fácil. El ideal y el proyecto de una revolución comunalista son compartidos por diferentes tipos de (etno)nacionalismos, populismos y fundamentalismos contemporáneos, sobre la base de la etnia, la nación, o la comunidad religiosa: éstos compiten con formas resurgentes de fascismo basadas en la unión nacional, pan-nacional, continental o etno-racial en el trasfondo movimentado del proceso de globalización. Distinguir aquí el carácter específico del verdadero fascismo supone, ante todo, asumir el carácter trascendente de su filosofía política y por tanto, su posible recurrencia en contextos históricos y culturales distintos de su matriz originaria. Si el fascismo, en suma, es una respuesta a la crisis provocada por la modernidad y un modelo para la superación de ésta mediante la regeneración comunitaria, es posible reconocer el persistente atractivo que esta ideología puede suscitar, y las posibilidades que aun tiene hoy, pues los problemas que intentó solucionar el fascismo histórico: el conflicto, desunión y enajenación social, la decadencia de los valores fundamentales, el sentimiento de desarraigo y falta de orientación, el materialismo, el estancamiento vital, la frivolidad, mezquindad y banalidad de los estilos de vida modernos, etc. siguen siendo una realidad que afecta la existencia de millones de personas. Aunque no sea la única respuesta posible a muchos de estos problemas el fascismo, sin duda, en el umbral del siglo XXI, está lejos de haber agotado su impresionante potencial de convocatoria.

© Publicado en: Franco Savarino, Gumersindo Vera, Alejandro Pinet y Pedro Quintino (coords.), *Diálogos entre la historia social y la historia cultural*, México, 2005.

El nacimiento de la ideología fascista

Zeev Sternhell

Reseña del libro "El nacimiento de la ideología fascista" de Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri; (traducción de OctaviPellisa). - 1ª ed. - Madrid : Siglo XXI.

***Q**ue Mussolini fue miembro del partido socialista es un hecho conocido. Hecho problemático, en especial para una de las interpretaciones dominantes del fascismo; a saber, que éste fue la reacción alentada o dirigida por el gran capital contra el avance del proletariado. En tal evento, aquel hecho y la evolución consecutiva debían ser entendidos como oportunismo, incoherencia o, en el mejor de los casos, como una cuestión de conversión que no deja huellas en el pasado de un hombre. La obra de Zeev Sternhell -profesor en la Universidad Hebrea de Jerusalem- y sus colaboradores ha puesto toda esta materia bajo otra luz. En su interpretación, la comprensión histórica del fascismo no puede disociarse estai deología de sus orígenes de izquierda.

Desde luego, toda una pléyade de historiadores y filósofos abordó hace ya tiempo el problema del fascismo: cada uno según sus particulares orientaciones espirituales, con sus propios puntos de vista y sus personales prejuicios, pero no sin altura: Ernst Nolte, Renzo de Felice, James A. Gregor, Stanley Payne, Giorgio Locchi, y "last but not least", el joven investigador hispano-sueco Erik Norling, entre otros. No es que la "vulgaris opinio" aludida arriba goce hoy de autoridad intelectual. Pero Sternhell viene a aportar la valorización de fuentes hasta aquí tal vez descuidadas y, con ellas, la novedosa interpretación que es objeto de este comentario. Estudioso en particular del nacionalismo francés (suyas son "Maurice Barrés et le nationalisme français", "La droite revolutionarie" y "Ni droite ni gauche, L´ideologie fasciste en France"), el profesor israelí no se cuida de los criterios de la corrección política. Es notable leer sobre el tema páginas en las que está ausente la edificación moral, en las que no se ha estimado oportuno advertir al lector que se interna en terrenos peligrosos; en los que no hay, ensuma, demonización ni tampoco el afán de achacar polémicamente a la izquierda una incómoda vecindad.

¿Qué es, pues, el fascismo en la interpretación de Sternhell? Ni anomalía en la historia contemporánea, ni "infección" (Croce), ni resultado de la crisis de 1914-1918, ni reflejo o reacción contra el marxismo (Nolte). El fascismo es un fenómeno político y cultural que goza de plena autonomía intelectual; es decir, que puede ser estudiado en sí mismo, no como producto de otra cosa o epifenómeno. Por cierto, y de partida, para Sternhell es preciso distinguir el fascismo del nacional-socialismo (Sternhell dice "nazismo", acomodándose al uso, contra lo cual, sin embargo, se rebela honestamente un Nolte). Con todos los aspectos que uno y otro tienen en común, la piedra de toque está en el determinismo biológico: un marxista puede convertirse al nacional-socialismo, más no así un judío (en cambio, hubo fascistas judíos). El racismo no es elemento esencial del fascismo, aunque contribuye a la ideología fascista. Y unas páginas más adelante el autor apunta que uno de los elementos constitutivos del fascismo es el nacionalismo tribal; esto es, un nacionalismo basado en el sentido de pertenencia, la "tierra ylos muertos" de Barrés, la "Sangre y suelo" del nacional-socialismo. Este sentido organicista lo comparte con los nacionalismos desde finales del siglo XIX, germanos y latinos, Maurras y Corradini, Vacherde Lapouge y Treitschke. El mismo Sternhell debilita así la distinción que acaba de hacer (reparemos, de paso, en la delicadeza del adjetivo"tribal": ¿sería poco oportuno por nuestra parte recordar que una traducción de "tribal" es "gentil")

El fascismo entonces es una síntesis de ese nacionalismo"tribal" u "orgánico" y de una revisión antimarxista del marxismo. Sternhell se extiende explicando que a finales del siglo

XIX las previsiones de Marxno se han cumplido: el capitalismo no parece derrumbarse, ni la pauperización es la señal característica de la población, mientras que el proletariado se integra política y culturalmente en las sociedades capitalistas occidentales. De aquí la aparición del"revisionismo". Siguiendo el ejemplo del SPD, el partido socialdemócrata alemán, el conjunto del socialismo occidental se hace reformista; esto es, sin renunciara los principios teóricos del marxismo, acepta los valores del liberalismo político, y en consecuencia, tácticamente, el orden establecido. Mas una minoría de marxistas va a rehusar el compromiso y querrá permanecer fiel a la ortodoxia -cada uno a su modo-; son los Rudolf Hilferding y los Otto Bauer, los Rosa Luxemburgo y los Karl Liebknecht, los Lenin y los Trotsky, todos de Europa del Este. Al mismo tiempo, en Francia y luego en Italia surgen quienes, desde dentro del marxismo, van a emprender su revisión ensentido no materialista ni racionalista, sin discutir la propiedad privada ni la economia de mercado, pero conservando el objetivo del derrocamiento violento del orden burgués: son los sorelianos, los discípulos de Georges Sorel, el teórico del sindicalismo revolucionario, autor de las célebres "Reflexiones sobre la violencia". Las diferencias entre los dos sectores revolucionarios son grandes. Los primeros, casi todos miembros de la "intelligentsia" judía, destaca Sternhell, mantienen el determinismo económico de Marx, la idea de la necesidad histórica, el racionalismo y el materialismo, mientras los sorelianos comienzan por una crítica de la economía marxiana que llega a vaciar el marxismo de gran parte de su contenido, reduciéndolo fundamentalmente a una teoría de la acciòn. Los primeros piensan en términos de una revolución internacional, "tienen horror de ese nacionalismo tribal que florece a través de Europa, tanto en el campo subdesarrollado del Este como en los grandes centros industriales del Oeste... No se arrodillan jamás ante la colectividad nacional y su terruño, su fervor religioso, sus tradiciones, su cultura popular, sus cementerios, sus mitos, sus glorias y sus animosidades". Los segundos, comprobando que el proletariado ya no es una fuerza revolucionaria, lo reemplazarán por la Nación como mito en la lucha contra la decadencia burguesa y así confluirán finalmente en el movimiento nacionalista.

Tal es la tesis fundamental de Sternhell. En el desarrollo de "El nacimiento de la ideología fascista", cuyo inicio está dedicado al análisis de la obra de Sorel: tal vez no propiamente un filósofo ni autor de un corpus ideológico cerrado, su verdadera originalidad, señala Sternhell, reside en haber constituìdo una especie de "lago viviente", receptor y fuente de ideas en la gestación de las nuevas síntesis ideológicas del siglo XX. Nietzsche, Bergson y WilliamJames lo marcaron sin duda más hondamente que Marx, con ánimo de juzgar lo que consideraba un sistema inacabado. El autor de "Reflexiones sobre la violencia", de "Las ilusiones del progreso", de "Materiales de una teoría del proletariado", etc., se sublevaba contra el marxismo vulgar (que pone énfasis en el determinismo económico) y sostenía que el socialismo era una"cuestión moral", en el sentido de una "transvaluación de todos losvalores". La lucha de clases era para él cuestión principal y, por consiguiente, el saber movilizar al proletariado en la guerra contra el orden burgués.

En un contexto social en el que los obreros muestran un alto grado de militantismo sindical (1906, el año de edición de "Reflexiones sobre la violencia", es también en Francia el del record de huelgas que muy a menudo suponen enfrentamientos sangrientos con las fuerzas del orden), pero también donde una economía en crecimiento permite a la clase dirigente hacer concesiones que aminoran la combatividad obrera, no bastan el análisis económico ni la previsión del curso racional de los acontecimientos. Sorel descubre entonces la noción del "mito social", esa imagen que pone en juego sentimientos e instintos colectivos, capaz de suscitar energías siempre nuevas en una lucha cuyos resultados no llegan a divisarse. Como el mito del apocalipsis para los primeros cristianos, el mito de la huelga general revolucionaria será para el proletariado esta imagen movilizadora y fuente de energías. Con fervor análogo al de las órdenes religiosas del pasado, con un

sentimiento parecido al del amor a la gloria de los ejércitos napoleónicos, los sindicatos revolucionarios, armados del mito, se lanzarán a la lucha contra el orden burgués. Así, a la mentalidad racionalista, que el socialismo reformista comparte con la burguesía liberal, Sorel opone la mentalidad mítica, religiosa incluso. Su crítica al racionalismo que se remonta a Descartes y Sócrates y, contra los valores democráticos y pacifistas, reivindica los valores guerreros y heroicos. De buena gana reivindica también el pesimismo de los griegos y de los primeros cristianos, porque sólo el pesimismo suscita las grandes fuerzas históricas, las grandes virtudes humanas: heroismo, ascetismo, espíritu de sacrificio.

Sorel ve en la violencia un valor moral, un medio de regenerar la civilización, ya que la lucha, la guerra por causas altruístas, permite al hombre alcanzar lo sublime. La violencia no es la brutalidad ni la ferocidad, no es el terrorismo; Sorel no siente ningún respeto por la Revolución Francesa y sus"proveedores de guillotinas". Es, en suma y en el fondo, contra la decadencia de la civilización que dirige Sorel su combate; decadencia en la que la burguesía arrastra tras sí al proletariado. Y no será sorprendente encontrar a los discípulos de Sorel reunidos con los nacionalistas de Charles Maurras en el "Círculo Proudhon", que lleva el nombre del gran socialista francés anterior a Marx. Tampoco será extraño que en sus últimos años Sorel lance su alegato "Pro Lenin", anhelando ver la humillación de las "democracias burguesas", al mismo tiempo que reconocía que los fascistas italianos invocaban sus propias ideas sobre la violencia.

La síntesis Nacional y Social

Estos dicípulos son también estudiados por Sternhell. Son los "revisionistas revolucionarios", la "nouvelle école" que ha intentado hacer operativa una síntesis nacional y social, no sin tropiezos y desengaños. Allí está Edouard Berth, quien junto a Georges Valois, militante maurrasiano (futuro fundador del primer movimiento fascista francés, muerto en un campo de concentración alemán), ha dado vida al "Círculo Proudhon", órgano de colaboración de sindicalistas revolucionarios y nacionalistas radicales en los años previos a 1914. Aventada esa experiencia por la guerra europea, Berth pasará por el comunismo antes de volver al sorelismo. Está también Hubert Lagardelle, editor de la revista "Mouvement Socialiste", hombre de lucha al interior del partido socialista, donde se ha esforzado por hacer triunfar las tesis del sindicalismo revolucionario (por elcontrario, en 1902 han triunfado las tesis de Jaurés, que presentan el socialismo como complemento de la Declaración de Derechos del Hombre). Ante la colaboración sorelista-nacionalista, Lagardelle se repliega hacia posiciones más convencionales; pero en la postguerra se le encontrará en la redacción de"Plans", expresión de cierto fascismo "técnico" y vanguardista –en ella colaborarán nada menos que Marinetti y Le Corbusier- y, durante la guerra, terminará su carrera como titular del ministerio de trabajo del régimen de Vichy. Trayectorias en apariencia confusas pero que revelan la sincera búsqueda de "lo nuevo". De Alemania les viene el refuerzo del socialista Roberto Michels, quien, a la espera de construir su obra maestra "Los partidos políticos", anuncia el fracaso del SPD, el partido de Engels, Kautsky, Bernstein y Rosa Luxemburg. Michels observará también que el solo egoísmo económico de clase no basta para alcanzar fines revolucionarios; de aquí la discusión sobre si el socialismo puede ser independiente del proletariado. El ideal sindical no implica forzosamente la abdicación nacional, ni el ideal nacionalista comporta necesariamente un programa de paz social (juzgado conformista), precisa a su vez Berth, quien espera de un despertar conjunto de los sentimientos guerreros y revolucionarios, nacionales y obreros, el fin del "reinado del oro". En fin, la "nueva escuela" desarrolla las ideas de Sorel, por ejemplo en la fundamental distinción entre capitalismo industrial y capitalismo financiero. Resume Sternhell su aporte: "...a esta revuelta nacional y social contra el orden democrático y liberal que estalla en Francia (antes de 1914, recordemos) no falta ninguno de los atributos clásicos del fascismo más extremo, ni siquiera el antisemitismo". Ni la concepción de un Estado autoritario y guerrero.

Sin embargo, en general, los revisionistas revolucionarios franceses fueron teóricos, sin experiencia real de los movimientos de masas. De otro modo ocurre con el sindicalismo revolucionario en Italia. Allí Arturo Labriola encabeza desde 1902 el ala radical del partido socialista; con Enrico Leone y Paolo Orano llevan adelante la lucha contra el reformismo, al que acusan de apoyarse exclusivamente en los obreros industriales del norte, en desmedo del sur campesino, y por el triunfo de sutesis de que la revolución socialista sólo sería posible por medio de sindicatos de combate. De Sorel toman esencialmente el imperativo ético y el mito dela huelga general revolucionaria. La experiencia de la huelga general de 1904, de las huelgas campesinas de 1907 y 1908, foguean a los dirigentes sindicalistas revolucionarios, entre los cuales la nueva generación de Michele Bianchi, Alcestede Ambris, Filippo Corridoni. Al margen del partido socialista y de su central sindical, la CGL -anclados en las posiciones reformistas-, los radicales forman la USI (Unión Sindical Italiana) , que llegará a contar con 100.000 miembros en1913. A su vez, los sindicalistas revolucionarios animan periódicos y revistas. Labriolay Leone emprenden la revisión de la teoría económica marxiana, especialmente la teoría del valor, siguiendo al economicista austríaco Böhm-Bawerk; he ahí, dice Sznajder, el aspecto más original de la contribución italiana a la teoría del sindicalismo revolucionario. Ahí se encuentra también la noción de "productores" (potencialmente todos los productores), contrapuesta a la clase "parasitaria" de los que no contribuyen al proceso de producción. Por fin la tradición antimilitarista e internacionalista, cara a toda la izquierda europea, no será más unánimemente compartida por los sindicatos revolucionarios. En 1911, la guerra de Italia con el Imperio Otomano por la posesión de Libia producirá una crisis en el sindicalismo revolucionario: unos dirigentes (Leone, De Ambris, Corridoni), fieles a la tradición socialista, se oponen enérgicamente a esta empresa -y por mucho que les disguste estar junto a los socialistas reformistas-; otros (Labriola, Olivetti, Orano) están por la guerra, tanto por razones morales (la guerra es una escuela de heroísmo) como por razones económicas (la nueva colonia contribuirá a la elevación del proletariado italiano), y así coinciden con los nacionalistas de Enrico Corradini, a quienes los ha acercado ya la crítica al liberalismo político. Mas en agosto de 1914 aun quienes -en el seno del sindicalismo revolucionario-habían militado en contra de la guerra de Libia, están a favor de la intervención en el conflicto europeo al lado de Francia y contra Alemania y Austria; al combate contra el feudalismo y el militarismo alemán se agrega la posibilidad de completar gracias a la guerra la integración nacional y de forjar una nueva élite proletaria que desplazará del poder a la burguesía. En octubre de 1914, un manifiesto del recién fundado Fascio Revolucionario de Acción Internacionalista, suscrito por los principales dirigentes sindicalistas revolucionarios, proclama: "...No es posible ir más allá de los límites de las revoluciones nacionales sin pasar primero por la etapa de la revolución nacional misma... Allí donde cada pueblo no vive en el cuadro de sus propias fronteras, formadas por la lengua y la raza, allí donde la cuestión nacional no ha sido resuelta, el clima histórico necesario al desarrollo normal del movimiento de clase no puede existir..." Nación, Guerra y Revolución...ya no serán más ideas contradictorias

Hacia el final de la guerra el sindicalismo revolucionario debe ser considerado ya un nacional-sindicalismo, en cuanto la Nación figura para ellos en primer término. Como sea, los nacional-sindicalistas aceptan que la guerra ha de traer transformaciones internas: desde 1917 De Ambris ha lanzado la consigna "Tierra de los Campesinos"; y acto seguido elabora un programa de "expropiación parcial" tanto en el sector agrícola como en el sector industrial, que se dirije ex propósito contra el capital especulativo y en beneficio de los campesinos y obreros que han dado su sangre por Italia. Se trata también de mantener y estimular la producción. El "productivismo" es uno de los factores que lleva a los sindicalistas revolucionarios a oponerse a la revolución bolchevique, que juzgan destructiva y caótica. Frente a la ocupación de fábricas del "biennio rosso"de 1920-21, Labriola, que ha

llegado a ser Ministro de Trabajo en el gobierno del liberal Giolitti, presenta un proyecto que reconoce a los obreros el derecho a participar en la gestión de las empresas. Parlamento con representación corporativa, "clases orgánicas" que encuadren a la población, un Estado que sea quien asigne a los propietarios capaces de producir el derecho a usarlos medios de producciòn, son, por otra parte, las bases del programa del "sindicalismo integral" que popone Panunzio en 1919. Por fin, el sindicalismo revolucionario vibra con la aventura del comandante Gabriele D´Annunzio en Fiume (1920-21). De Ambris participa en laredacción de la "Carta del Carnaro", ese fascinante documento literario que es la constitución que el poeta y héroe de guerra otorga a la "Regencia de Fiume". No es menos un proyecto político que, en consencuencia con el ideal del sindicalismo revolucionario, quiere resolver a la vez la cuestión nacional y la cuestión social.

En estas luchas de la inmediata postguerra, los sindicalistas revolucionarios han coincidido con los fascistas. Pero la toma del poder por el fascismo acarraerá la disoluciòn del sindicalismo revolucionario. De Ambrisy su grupo pasarán a la oposición; el primero terminará por exiliarse. Labriola también partirá hacia el exilio, y sólo la guerra de Etiopía lo reconciliará con el régimen. Leone volverá al partido socialista y rehusará todo compromiso con el fascismo. En cambio, Bianchi aparece en 1922 como uno de los quadrumviri que organiza la Marcha sobre Roma, Panunzio sepresenta junto a Gentile como uno de los intelectuales oficiales del fascismo, Orano (que era judío), alcanza altos puestos en el partido fascista, mientras que Michels, antaño miembro del SPD, profesor en la Universidad de Perusa, se inscribe como afiliado en el PNF.

La Encrucijada Mussoliniana

Señala Sternhell que siempore se ha tendido a subestimar el papel central que Mussolini ha jugado entre todos los revolucionarios italianos. El futuro Duce "aporta a la disidencia izquierdista y nacionalista italiana lo que siempre ha faltado a sus homólogos franceses: un jefe". Un hombre de acción, un líder carismático, pero a su vez un intelectual capaz de tratar con intelectuales y de ganarse el respeto de hombres como Marinetti, el fundador del futurismo, Michels, el antiguo militante del SPD alemán devenido uno de los clásicos de la ciencia política, o aun Croce, representante oficioso de la cultura italiana frente al fascismo. Y Mussolini es toda una evolución intelectual, no el hallazgo repentino de una verdad, ni el oportunismo, ni siquiera la coyuntura de postguerra. Mussolini es ante todo el militante socialista, incluso como líder de los fascistas. De joven se tiene evidentemente por marxista, de un marxismo revisado por Leone y, sobretodo, por Sorel, en quien ve un antídoto contra la perversión socialdemócrata a la alemana del socialismo. Otra influencia decisiva es Wilfredo Pareto y su teoría de circulación de las élites (en cambio, Sternhell no destaca la influencia de Nietzsche, a quien Mussolini ha leído tempranamente en Suiza). El joven socialista se sitúa pues en la órbita del sindicalismo revolucionario, aun cuando discrepa de las tácticas: duda de la virtud de las solas organizaciones económicas y ve en el Partido el instrumento revolucionario.

El joven Mussolini es el líder indiscutible que se opone a la huelga general contra la intervención en Libia, pues cree que el intento burgués de desencadenar una guerra puede generar una situación revolucionaria. En 1912 es el principal líder del partido socialista, imponiéndose sobre los reformistas y haciéndose con la dirección de su periódico oficial, "Avanti!", el líder indiscutido de toda la izquierda revolucionaria italiana, pero al mismo tiempo el más fuerte critico de la ortodoxia marxista. Mussolini publica desde las páginas de Avanti!" su profunda decepción acerca de la aptitud de la clase obrera para "modelar la historia", valoriza la idea de Nación: "No hay un único evangelio socialista, al cual todas las naciones deban conformarses o pena de excomunión". A finales de 1913 Mussolini lanza la revista "Utopia", con la intención de proponer una "revisión revolucionaria del socialismo". Allí reúne a futuros comunistas como Bordiga, Tasca y Liebknecht; futuros fascistas como Panunzio,

futuros disidentes del fascismo como su viejo maestro Labriola. En juniode 1914 Mussolini cree llegado el momento de la insurrección, comprometiéndose en la "Settimana Rossa", en contra de la opinión del congreso del partido. Cuando estalla la guerra europea, las disidencias son ya tan palpables que Mussolini es desautorizado oficialmente por el partido, y no duda en romper con sus antiguos compañeros para unirse a los sindicalistas revolucionarios en la campaña por la entrada de Italia en la guerra.

Sternhell señala que el nacionalismo de Mussolini no es el nacionalismo clásico de la derecha. Ocurre que ante las nuevas realidades nacionales y sociales el análisis marxista se ha demostrado fallido, pues las clases obreras de Alemania, Francia e Inglaterra marchan alegremente a la guerra. Mussolini no renuncia al socialismo, pero el suyo es un socialismo nacionalista, obra de loscombatientes del frente: "Los millones de trabajadores que volverán a los surcos de los campos después de haber vivido en los campos de las trincheras darán lugar a la síntesis de la antítesis clase y nación", escribe en 1917. Y no será la revolución bolchevique lo que lleve a Mussolini a la derecha, dado que lo esencial de su pensamiento se forjó antes de 1917: ideas de jerarquía, de disciplina, de colaboración de las clases como condición de la producción... Los Fasci Italiano di Combattimento, fundados en marzo de 1919 recojen todas las ideas del sindicalismo revolucionario y se sitúan incluso a la izquierda del partido socialista (sufragio universal de ambos sexos, abolición del senado, constitución de una Milicia Nacional, consejos corporativos con funciones legislativas, jornada laboral de 8 horas, confiscación de las ganancias de guerra...). Pero con el biennio rosso las filas fascistas se desbordan con la afluencia de las clases medias, especialmente de jóvenes oficiales desmovilizados. El Partido Nacional Fascista, organizado como tal en 1921, va a conocer un éxito (electoral incluso) vetado a los primitivos "Fasci": "Esta mutación no deja de recordarnos la de los partidos socialistas al alba del siglo: el viraje a la derecha constituye el precio habitual del éxito". Mussolini, hombre de realidades que antepone la praxis a la teoría, ha visto fracasar la ocupación "roja" de fábricas como la gesta nacionalista de Fiume, decide llevar a cabo la revolución posible. Así, en la perspectiva de Sternhell, la captura del poder por el jefe fascista no es tanto el resultado de un golpe de Estado como de un proceso; es la simpatia de una amplia parte de la masa política, de los medios intelectuales, de los centros de poder, lo que permite a Mussolini instalarse y sostenerse en el gobierno. Para Sternhell es sintomática la actitud del senador Croce quien aun en junio de 1924 dio su voto de confianza al primer ministro cuando el caso Mateotti puso en crisis al gobierno y Mussolini estaba a punto de ser despedido por el rey, porque, pensaba Croce, "había que dar tiempo al fascismo para completar su evolución hacia la normalización".

La idea de Estado, que parece ser sólo caracteristica del fascismo, es, sin embargo, el último elemento que toma forma en la ideología fascista. En todo caso señala Sternhell que toda la ideologìa fascista estaba elaborada antes de la toma del poder: "La acción política de Mussolini no es el resultado de un pragmatismo grosero o de un oportunismo vulgar más de lo que fuela de Lenin". El jurista Alfredo Rocco, proveniente de las filas nacionalistas, ha "codificado" y traducido en leyes e instituciones los principios fascistas y nacionalistas (visión mística y orgánica de la nación, afirmación de la primacía de la colectividad sobre el individuo, rechazo total sin paliativos de la democracia liberal). Pero es un Estado que, a la vez, se quiere reducido a su sola expresión jurídica y política; que quiere renunciar a toda forma de gestión económica o de estatalización, como anunciaba Mussolini desde 1921. No es, pues, o no es todavía, el Estado totalitario. El fascismo en el poder, ensuma, no se asemeja al fascismo de 1919, menos aún al sindicalismo revolucionario de 1910. Pero, se pregunta Sternhell: "¿el bolchevismo en el poder refleja exactamente las ideas que, diez años antes de la toma del Palacio de Invierno, animaban a Plekhanov, Trotsky o Lenin? "Ha habido una larga evolución, sin duda. Y con todo -concluye el autor-, el régimen mussoliniano de los años 30

está mucho más cerca del sindicalismo revolucionario o del "Círculo Proudhon" que lo que el régimen estaliniano está de los fundamentos del marxismo.

El secreto encanto del Fascismo

Como conclusión, Sternhell da una miradaa las relaciones entre el fascismo y las corrientes estéticas de vanguardia en el siglo XX. El futurismo, desde luego (futuristas y fascistas han dado justos la batalla por el "intervencionismo", y Marinetti es uno de los fundadores de los Fasci), pero también el vorticismo, lanzado en Londres por Ezra Pound, que es en cierto modo una réplica al futurismo, aun cuando comparte con él rasgos esenciales. "Los dos atacan de frente la decadencia, el academicismo, el estetismo inmóvil, la tibieza, la molicie general... Tienen una misma voz de orden: energía, y un mismo objetivo: curar a Italia y a Inglaterra de su languidez". De Poundse conoce de sobra su opción política. Sternhell destaca también el papel de Thomas Edward Hulme, antirromántico, antidemócrata en política, traductor al inglés de Sorel. "revolucionario antidemócrata, absolutista en ética, que habla con desprecio del modernismo y del progreso y utiliza conceptos como el de honor sin el menor toque de irrealidad". Hulme es pues, para el autor, un representante de esa rebelión cultural que brota por doquier, antirracionalista, antiutilitarista, antihedonista, antiliberal, clasicista y nacionalista y que precede a la rebelión política.

Las generaciones de los años 20 y 30, que ya conocen la experiencia fascista, rehacen el camino del inconformismo. Así un Henri de Man, en 1938 presidente del partido socialista belga, uno de los grandes teóricos del socialismo en la época, seguido sólo ante Gramsci y Lukacs, reemprende su propia revisión del marxismo y no será ilògico que, cuando su país capitule ante Alemania en 1940 llame a los militantes socialistas belgas a aceptar la nueva situación como un punto de partida para construir un nuevo orden: "La vía está libre para las dos causas que resumen las aspiraciones del pueblo: la paz europea yla justicia social". No muy diferente es en Francia el caso de Doriot.

¿Cómo ha podido surgir el fascismo en la historia europea y mundial? La explicación coyuntural no puede sino desembarcar en trivialidades. Se debe comprender al fascismo primero como un fenómeno cultural. Es, de partida, un rechazo de la mentalidad liberal, democrática y marxista; rechazo de la visión mecanicista y utilitarista de la sociedad. Mas expresa también "la voluntad de ver la instauración de una civilización heroica sobre las ruinas de una civilización bajamente materialista. El fascismo quiere moldear un hombre nuevo, activista y dinámico". No obstante presentar esta vertiente tradicionalista, este movimiento contienen en sus orígenes un carácter moderno muy pronunciado, y su estética futurista fue el mejor cartel para la captura de intelectuales, de una juventud que se agobia en las estrecheces de la burguesía. El elitismo, en el sentido de que una élite no es una categoría social definida por el lugar que se ocupa en el proceso de producción, sino un estado de espíritu, es otro componente mayor de esa fuerza de atracción. El mito, como clave de interpretación del mundo; el corporativismo, como ideal social que da a amplias capas de la población el sentimiento de que hay nuevas oportunidades de ascenso y de participación, constituyen también parte del secreto del fascismo, porque el fascismo reduce los problemas economicos y sociales a cuestiones, ante todo, de orden psicológico. Y, sobre todo, "servir a la colectividad formando un cuerpo con ella, identificar los propios intereses a los de la patria, comulgar en un mismo culto los valores heroicos, con una intensidad que desplaza al boletín de voto en la urna". Es por todo esto que el estilo político desempeña un papel tan esencial en el fascismo. El fascismo vino a probar que existe una cultura no fundamentada en los privilegios del dinero o del nacimiento, sino sobre el espíritu de banda, de camaradería, de comunidad orgánica, de "Bund", como se dijo en Alemania en la misma época.

Estos valores presentes en el fascismo tocan la sensibilidad de muchos europeos. Poco conocido es que en 1933 Sigmund Freud saludaba a Mussolini como un "héroe de cultura". Si esto era así, ¿por qué Croce

hubiera debido votar contra él en 1924, por qué Pirandello hubiera debido rehusar el asiento que el Duce le ofreció en la Academia Italiana? Las realidades de los países europeos entre las dos guerras no son de una pieza: la cultura italiana está representada por Marinetti, Gentile y por Pirandello no menos que por Croce, y por Croce senador no menos que por Croce antifascista, del mismo modo que por la cultura alemana pueden hablar tanto Spengler, Heidegger, o Moeller van der Bruck tanto como los hermanos Mann, y la cultura francesa es tanto Gide, Sartre o Camustanto como Drieu la Rochelle, Brasillach o Céline...

Así, "El nacimiento de la ideología fascista"otorga a su objeto una dignidad que no siempre se encuentra en los variados estudios sobre el tema. Ello sólo puede ser saludable para la historia de las ideas. Hagamos por nuestra parte algunas observaciones. Primero, que, como es evidente, Sternhell trata en su obra del fascismo latino, esto es, de las corrientes inconformistas surgidas en Francia y en Italia. Un tema de discusión es ver si el fascismo italiano y el nacional-socialismo alemán son cosas totalmente diferentes (esta es la tesis de DeFelice), o bien si el nacional-socialismo es una especie dentro del fascismo genérico (tesis de Payne y Nolte). Del nacional-socialismo se ha discutido si fue "antimoderno" o si presentaba rasgos de una radical modernidad, dado que el innegable que el movimiento desarrolló un radicalismo antiburgués operativamente muy atractivo para los militantes comunistas.

El fascismo nace a la izquierda, a partir de una revisión del marxismo. Este revisionismo se desarrolla y se constituye en una corriente intelectual y política independiente a la cual concurren otras tendencias que cohabitan con el socialismo: Nietzsche, Bergson, James, y el nacionalismo integral. Al respecto es interesante comparar las diferentes evoluciones del marxismo que siguió siendo tal y las diferentes ramas "apóstatas". El fascismo en una revisión del marxismo encontró que todos los partidos socialistas consideraban al marxismo una herencia a la que debían permanecer fieles. Sin embargo, ens u evolución reciente todos esos partidos han renunciado a la herencia de Marx, acomodándose a la economía neoliberal. Siguen apegados, desde luego, a la matriz ilustrada, materialista e igualitaria. Al contrario, los fascistas, animados de otra cultura, mantuvieron siempre el espíritu revolucionario de ruptura con el orden burgués.

Sternhell insiste permanentemente en el respeto de los sindicalistas revolucionarios, de los socialistas nacionales, de los fascistas, por la propiedad privada y el capitalismo. ¿No habría que distinguir entre propiedad privada y capitalismo que, después de todo, históricamente no se identifican sin más? Todos los fascismos subrayaron siempre la diferencia entre la propiedad ligada al hombre y el gran capital financiero; entre el trabajo productivo y la servidumbre al interés del dinero (G.Feder). No parece adecuado pasarla por alto. Quizás Payne ha sido el autor más justo en este sentido.

Finalmente, es verdad que una cosa es reconocer el componente irracional de la vida humana y otra hacer del antirracionalismo una política. Sternhell, que durante toda su obra se ha mantenido alejado de toda afección moralizante, al final nos advierte del peligro del irracionalismo: "Cuando el antirracionalismo deviene un instrumento político, un medio de movilización de las masas y una máquina de guerra contra el liberalismo, el marxismo y la democracia; cuando se asocia a un intenso pesimismo cultural a la par de un culto pronunciado por la violencia, entonces el pensamiento fascista fatalmente toma forma". La cuestión seria si sólo losvalores políticos de la ilustración y del liberalismo son legítimos; si solo el chato optimismo hedonista puede pasar por perspectiva cultural, si las masas han de ser movilizadas sólo en nombre del deporte.

Los rostros del fascismo

Pedro Carlos González Cuevas

Reseña: Los rostros de Jano. Marxismo y Fascismo en el siglo XX. A. James Gregor. Madrid-Valencia, Biblioteca Nueva-üniversidad de Valencia, 2002

Profesor de la universidad de Berkeley, A. J. Gregor es uno de los más distinguidos estudiosos del fascismo italiano, al que ha dedicado libros fundamentales como The Ideology of Fascism (1969), Interpretations of Fascism (1974), The Fascism Per-suation (1974), Young Musso-lini (1979), Italian Fascism (1979) y numerosos artículos.

En esta obra, el historiador norteamericano analiza el desarrollo de la teoría marxista-leni-nista del fascismo; y los elementos marxistas existentes en la ideología fascista italiana. Para Gregor, «gran parte de la inspiración ideológica del Fascismo procedió de los socialistas revolucionarios». Lo que hoy se manifiesta en la Rusia post-soviética, en la que los marxistas críticos han intentado construir una ideología alternativa para «la salvación nacional», muy próxima, en muchos aspectos, a los planteamientos del Fascismo histórico. Gregor estima que el Fascismo, lejos de ser un movimiento político vacío de ideas, es una de las grandes ideologías del siglo xx. Ante todo, se consideró «una respuesta funcional a las demandas de los países menos desarrollados en su desigual concurso con las «plutocracias» establecidas». Por ello, representaba «una concepción compleja de la naturaleza de la revolución en el siglo xx»; y no resulta históricamente lícito dudar de «la autenticidad revolucionaria del pensamiento fascista». El Fascismo fue un movimiento político muy rico intelectual-mente, como lo demuestra las figuras del pensamiento que lo apoyaron, la mayoría procedentes de la izquiera, como Robert Michels, Sergio Panunzio, Arturo Labriola, Olivetti, etc.; e igualmente neohegelianos y nacionalistas, como Giovanni Gentile, Enrico Corradini o Alfredo Rocco.

¿Cuáles son los rasgos de esta ideología? Su centro era la nación, concebida como «mito» —en el sentido so-reliano del término— moviliza-dor, como producto histórico, «consecuencia de una respuesta popular a una cultura compartida, a una historia común y la sugestión psicológica en un ambiente específico». A su lado, el Estado corporativo, como «personificación concreta de la nación », que «da una forma concreta al material proporcionado por la historia»; y como sujeto movilizador de una industrialización acelerada, que redujera las diferencias sociológicas entre las naciones atrasadas y las he-gemónicas. El factor racial se utilizaba, en el fascismo italiano, como «sinónimo de pueblo o nación »; era «una construcción dinámica, producto del aislamiento geográfico y social, acompañado de la endogamia, la selección natural y artificial, y la variabilidad genética». Se trataba de un producto histórico, «forjado a lo largo de un tiempo prolongado en el crisol de unas instituciones gobernadas por reglas». «Era moldeada por la voluntad política y sostenida por un sentimiento de integridad cultural». «Era —concluye Gre-gor— una visión del mundo en que la dignidad, la seguridad y la vida de los pobres se adquirían y se aseguraban sólo a través de la lucha nacional». La clave del mundo contemporáneo era, en fin, «la lucha entre las naciones pobres y las ricas conforma los acontecimientos y determina el futuro». Algo que, en no pocos aspectos, se asemejaba a la doctrina marxista-leninista del imperialismo.

¿Cuál era la visión fascista del marxismo ruso? Los fascistas consideraban poco consistente el internacionalismo de los bolcheviques; no existía prueba alguna de que las masas proletarias se identificasen con ninguna de las expresiones internacionalistas. Y la prueba de ello había sido el desarrollo de la Gran Guerra. El internacionalismo no estaba al servicio de propósitos revolucionarios, sino conservadores. Igualmente, discrepaban de la tesis marxista del derrumbe inevitable del capitalismo.

Mussolini y sus intelectuales sostenían que el capitalismo industrial no solamente había sobrevivido a la Gran Guerra, sino que tenía «todos los indicios de comenzar un ciclo de amplio crecimiento». Los fascistas profetizaban que los bolcheviques «se verían forzados a volver al nacionalismo, a restaurar la preeminente y directiva jerarquía que lo sostiene, y a embarcarse en un programa de desarrollo de la desvastada economía nacional». En definitiva, «el bolchevismo, como forma de marxismo, había malinterpretado por completo los desafíos del mundo contemporáneo». La publicística bolchevique seguía realzando los temas del internacionalismo, la democracia, el antiestatismo y el socialismo, en un momento en que Stalin se hacía cada vez más nacionalista, autoritario y estatista. Por ello, Mussolini pudo muy bien hacer referencia al «criptofascismo» de Stalin. Los fascistas llegaron a la conclusión de que ambos sistemas terminarían fusionándose, para «dar lugar al perfil general de una economía que satisfaciese las necesidades del siglo xx».

Gregor analiza y expone a continuación las distintas interpretaciones marxistas del Fascismo. A ese respecto, cree que Marx y Engels proporcionaron a sus herederos políticos e intelectuales una serie de pautas analíticas «vagamente formuladas y cuasi-deductivas», que en el fondo estaban más cercanas a la moral que a la ciencia; lo que no impidió que suministrasen a la comunidad intelectual europea las primeras interpretaciones sobre el Fascismo, y hasta hace poco dominantes. Estas interpretaciones insistieron en ver al Fascismo como «una reacción industrial y agraria» al empuje comunista, que dio lugar a una dictadura conservadora y antiproletaria, incapaz de acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas. Con más o menos variantes, estos fueron los planteamientos de Lenin, Quérin, Dutt, Bujarin, Trotsky, Togliatti, etc. Para Gre-gor, estas interpretaciones fueron, en el mejor de los casos, «una caricatura de la verdadera secuencia política e histórica»; eran tan simplistas que apenas merecían análisis. Hubo, sin embargo, algunos marxistas independientes, como Thalhei-mer, Borkenau, Rosenberg y otros, que matizaron su carácter de «movimiento político autónomo de movilización de masas» y su «tarea progresista» de desarrollo de las fuerzas productivas en Italia. Tras la Segunda Guerra Mundial, la interpretación marxista ortodoxa siguió siendo la dominante; pero hubo algunos disidentes como Galkin, Alatri, Vajda, que lo interpretaron como movimiento independiente de la burguesía , y que tenía un proyecto modernizador de las estructuras capitalistas. Existió igualmente una interpretación marxista antisoviética, defendida por Poulant-zas, caracterizada por su «evidente falta de confirmación empírica», pero cuyo interés estribaba en «su descubrimiento del papel principal jugado por la lucha específicamente política, expresada a través de las instituciones , en vez de solamente factores económicos» y en la influencia del pensamiento de Mao. Esta interpretación estaba relacionado, según Gregor, con el conflicto chino-soviético, ya que Mao había relacionado a la unión Soviética con el Fascismo y a su país con el auténtico socialismo.

La caída del régimen comunista a partir de los años 90 actualizó el tema del Fascismo en Rusia, particularmente entre las élites políticas e intelectuales. Los pensadores nacionalistas y comunistas evolucionaron, en algunos casos, hacia ciertas formas de Fascismo. En ese aspecto, el autor analiza los planteamientos políticos de Sergei Kurginian, Nikolai Lysenko, Vladimir Zhirinovski, Alexander Projanov, Gennadi Ziuganov, etc; todos ellos coincidentes en propugnar un Estado autoritario, nacionalista, desarrollista y antiliberal, es decir, muy próximo al Fascismo.

En uno de sus ensayos más lúcidos Ortega y Gasset habló del «cariz enigmático» del fascismo. Eso lo dijo en 1925; y desde entonces han surgido multitud de interpretaciones sobre este fenómeno político. Ya en los años 20, apareció la interpretación «demonológica» del fascismo, que tuvo, en realidad, su máxima influencia tras la Segunda Guerra Mundial, y cuyos máximos representantes fueron los marxistas. Esta interpretación lo que hacía es convertir al

Fascismo en una especie de categoría eterna: el mal radical. Mal radical que siempre se hallaba presente en el corazón y en el inconsciente del hombre, pero que únicamente la aparición, con la revolución comunista, del orden nuevo ha hecho que se cristalizara y decantara en su estado puro. Era el «irracionalismo», el «miedo a la libertad», la «personalidad autoritaria», la «reacción feudal», el «antimodernismo», etc, etc.

Los historiadores españoles de izquierda —los de derecha, por obvias razones, no quisieron entrar en el tema— no se han distinguido, en general, por su capacidad analítica del fenómeno fascista; y cómodamente, se instalaron en esta interpretación «demonológica». Su producción tuvo, sobre todo, un carácter político, de militancia contra el régimen franquista, identificado sin más como una variante del Fascismo. Es preciso recordar, a ese respecto, no por su calidad, que fue nula, sino por su carácter paradigmático, la crítica del historiador comunista Manuel Tuñón de Lara, a la interpretación del franquismo como régimen autoritario del sociólogo Juan José Linz. Esta crítica se caracterizó por su carácter visceral y por su contenido pedestre. El adjetivo «autoritario» ofendía a Tuñón, como antifascista; hacía al franquismo «menos sospechoso», incluso podía otorgarle cierta «virginidad política, llegando incluso a hablar de pluralismo». Para este historiador, que ejerció una influencia desproporcinada durante varios años en la historiografía española, el golpe de Estado de Pinochet en Chile era puro fascismo, «un fascismo que ya no es el de Mussolini e Hitler, porque vivimos casi medio siglo después». Pero existía, además, para el historiador comunista, una acepción «popular» del Fascismo, que identificaba a éste con el régimen nacido de la guerra civil, lo que era igualmente ignorado por Linz, y lo que, en fin, invalidaba toda su construcción intelectual: «Vayan ustedes —afirmaba Tuñón— a decirles que los destructores de las obras de Picasso no son fascistas, sino «autoritaristas» y un tantico «pluralistas» por añadidura». Lo mismo podemos decir de un libro que hizo furor entre los sectores universitarios de izquierda, El fascismo en la crisis de la II República, de Javier Jiménez Campo, publicado en 1979; y donde se daba una interpretación bastante tópica, y ya muy retrasada en otras latitudes europeas, particularmente en Italia o Francia, del Fascismo como ideología «irracional» cuyo objetivo era el retorno al sistema feudal. No menos discutible era la identificación defendida por Raúl Morodo, en su libro sobre Acción Española y los orígenes ideológicos del franquismo, entre fascismo y tradicionalismo. Así, el régimen de Franco sería «nuestro peculiar fascismo». De la interpretación defendida por José Luis López Aranguren en ¿Qué son los fascismos?, solo podemos concluir su absoluta indigencia.


Pedro González Cuevas

Todas estas interpretaciones eran reflejo, sin duda, no sólo de nuestra situación política, sino del atraso de nuestros historiadores, filósofos y científicos sociales. Eran un caso más, aunque bastante tardío, de esa abundante literatura crítica del Fascismo, consistente en modelos construidos fuera de él y puramente «demonológicos». Como ocurrió con el tema de la Revolución Francesa en los años 60 y 70, a partir de las obras de Alfred Cobban, François Furet, etc, por esos mismos años se inició una auténtica y lúcida ofensiva contra las interpretaciones tradicionales del Fascismo, protagonizada por historiadores serios como Renzo de Felice, Emilio Qentile, Zeev Sternhell, etc. En esta ofensiva, finalmente victoriosa, tuvo igualmente un papel de primer orden Gregor, que fue un auténtico precursor de esa interpretación razonada del fenómeno

fascista. Lo más desazonante desde el punto de vista intelectual es que estas nuevas interpretaciones sólo han podido triunfar tras la crisis y caída tanto del marxismo intelectual como de los regímenes comunistas. Hasta entonces, la mayoría de los intelectuales se negaron por convicción ideológica o sobre todo por presión mediática y política, a poner en duda la interpretación «demonológica», hasta entonces canónica, del Fascismo.Hacerlo equivalía, al menos para algunos, a justificar el Mal absoluto; lo que no sólo estaba bastante lejos de la realidad, sino que implicaba una especie de chantaje intelectual e ideológico, que bloqueaba e impedía el debate de ideas y el necesario contraste entre métodos y planteamientos.

Las tesis fundamentales de Gregor —la importante base doctrinal del Fascismo, la influencia en ella del marxismo y del sindicalismo revolucionario, su carácter de «dictadura del desarrollo», la indigencia de las interpretaciones marxistas, o su visión de las ideologías en la Rusia postsoviética— son muy lúcidas y ponen el dedo en la llaga de la problemática general suscitada por el fenómeno fascista. Tienen importantes dosis de verdad; y han abierto, desde hace tiempo, un nuevo paradigma interpretativo. Era obvio desde hacía mucho tiempo, aunque pocos se atrevían a afirmarlo, que las interpretaciones marxistas, en sus diversas variantes, pero principalmente en sus versiones más ortodoxas, nunca dieron una respuesta plausible, mínimamente razonada a las preguntas que suscitaba el desarrollo y la consolidación de los sistemas y movimientos fascistas. Fenómenos tales como la movilización de masas que implicaron y la presencia en su ideología de claros elementos de las tradiciones de izquierda no recibieron respuestas convincentes, cuando no fueron simplemente negadas u obviadas como algo molesto y perturbador. Por otra parte, en los aspectos socioeconómicos el círculo de interpretaciones no era menos complejo y contradictorio. Considerado como mera reacción capitalista, no podía explicarse la presencia en sus filas de la pequeña burguesía e incluso de sectores del proletariado. En ese, como en otros aspectos, las críticas de Gregor son convincentes. Lo son igualmente sus tesis sobre el Fascismo como «dictadura del desarrollo». El régimen mussoli-niano no fue un fenómeno económicamente reaccionario, sino que favoreció la modernización y el crecimiento económico. Muy interesantes son las críticas de los fascistas al stalinismo, lo que desmuestra que, como señaló otro historiador del fascismo, Ernst Nolte, los enemigos autoritarios del comunismo soviético no estuvieron absolutamente privados de racionalidad y que sus críticas estaban muy lejos del «irracionalismo» que tópicamente se les ha atribuido.

La última de las tesis de Gregor podía apellidarse, en cierto sentido, como la «venganza del Fascismo», semejanza a la «venganza de Dios» o de las religiones, de que habla Gilíes Keppel. Paradójicamente para algunos, es en la Rusia postsoviética, donde el fascismo tiene hoy un mayor porvenir político e intelectual; y no en Europa, donde los Le Pen, Haider, etc, no sólo no pueden ser conceptualizados como fascistas militantes, salvo por los periodistas indoctos, sino que nunca llegarán al poder para transformar el sistema político demoliberal, dado el vigor de sus tradiciones y el recuerdo de los avatares de la Segunda Guerra Mundial. Es en Rusia, con su inacabable crisis social y económica, con una sociedad civil infradesarrollada y la ausencia de la tradición ilustrada y liberal, donde es de esperar el desarrollo de un movimiento fascista de envergadura.

La revolución fascista

Franco Savarino

Preámbulo: ¿qué son las revoluciones?

La palabra "revolución", al comienzo del siglo XXI, evoca imágenes encontradas con fuertes claroscuros. El estrepitoso fracaso histórico de los experimentos revolucionarios, derivados de las doctrinas socialistas ensombreció el significado moral, anteriormente neutral o benigno de la palabra. En el siglo XIX era aun posible referirse a las revoluciones, en la senda de la americana de 1776 o de la francesa de 1789, como un fenómeno de cambio político con consecuencias al fin y al cabo positivas para el "progreso" sociopolítico. Era viable ver a muchas revoluciones como eventos liberadores en el camino optimista hacia un "mundo mejor". Después de 1991, al cerrarse definitivamente el mortífero capítulo de la revolución rusa, y al trazarse un balance general eminentemente negativo o ambiguo de las principales revoluciones del siglo XX, se ha consolidado una visión predominantemente crítica o negativa del fenómeno revolucionario, por lo menos en referencia a las revoluciones más radicales e ideológicas.

Aquí hay que destacar dos elementos fundamentales de este cambio de percepción.

En primer lugar, la vuelta del uso extensivo de la palabra desde la atribución a las revoluciones políticas moldeadas sobre el prototipo francés, hasta incluir revoluciones de otra índole y características. Piénsese por ejemplo a la revolución islámica de Irán (1979), que deriva más bien de una tradición islámica del Medio Oriente. O en la "revolución de terciopelo" en Checoslovaquia (1989) y las recientes "revolución rosa" de Georgia (2003) y "revolución naranja" de Ucrania (2004), todas no-violentas y democráticas. Cabe señalar también las recientes "revoluciones árabes" de 2011 (Túnez, Egipto, Siria y Libia), cuya extensión y significado aún está por determinarse y parecen, al momento, tendencialmente democráticas. Estas últimas revoluciones desafían el supuesto de que una revolución conlleva necesariamente un gran derramamiento de sangre y se mueva en el cauce de ideologías o religiones que apuntan a una palingenesia radical. De hecho, la mutación en el uso de la palabra "revolución" hoy parece, en ciertos aspectos, como una vuelta del "viejo" significado, en uso desde la antigüedad hasta el siglo XIX.

En segundo lugar, la desmitificación del paradigma revolucionario. Palabra en su momento envuelta en un halo mágico, "revolución" pierde hoy en gran medida su fama prodigiosa. Resulta ya imposible encontrar intelectuales, estudiantes y políticos pronunciar extasiados esta palabra. El mensaje redentor contenido en esta expresión ya no convence, no inspira, no alienta los sueños y no puede ser tomado en consideración de manera ingenua. Ya no hay excusas. Las consecuencias destructivas, sombrías o decepcionantes de muchas revoluciones son bien conocidas y sabemos que las vías hacia el infierno están pavimentadas con buenas intenciones (suponiendo que todos los revolucionarios estén "bien intencionados"). Si de "revoluciones" se sigue hablando hoy, es para referirse simplemente a las movilizaciones que cambian un orden político, no a eclosiones mesiánicas que buscan construir utopías y terminan produciendo atroces desengaños.

Uno de los motivos más importantes de este cambio perceptivo alrededor de las revoluciones es el fin de la "hegemonía" marxista en el campo político e intelectual. En el marco de ésta, durante mucho tiempo se nos hizo creer que las revoluciones "auténticas" del mundo moderno serían solamente las que preparaban el advenimiento de la revolución socialista y del comunismo. Tenían que ser precursoras en la fase precapitalista o burguesa, y proletarias, democráticas o genéricamente "sociales" en las fases más avanzadas. Ríos de tinta fueron derramados para determinar si ésta o aquélla revolución cabía en este esquema ideológico, enfatizando el rol de las clases sociales,

determinando la disposición de las fuerzas económicas, y calculando el grado de protagonismo de los sectores populares. Se podrían introducir elementos étnicos y nacionales, "burgueses" y modernizadores, y tomar en cuenta el período histórico o la posición geográfica, pero el telos era el mismo y el contenido de una revolución tenía que ser necesariamente socioeconómico.

En este contexto resultaba problemático incluir en la categoría de "revolución" a todas aquellas conmociones sísmicas de la sociedad que no tenían una clara descendencia de los ejemplos paradigmáticos, es decir, que no llevan al derribo violento de una clase social dominante en una atmósfera de agitación colectiva para cumplir con las metas soteriológicas de igualdad y libertad anunciadas por los líderes o que, aparentemente, no provocaban cambios sustantivos en la estructura económica.5 En pocas palabras y simplificando, para la Vulgata marxista las revoluciones auténticas y paradigmáticas tenían que ser las francesas de 1789 y 1871, y la rusa de 1917, así nos aseguraban los mandarines intelectuales hechizados por la utopía soviética.

Por otro lado, cualquier elemento o fenómeno que entorpeciera o contrarrestara la marcha inexorable hacia el socialismo era etiquetado como "contrarrevolucionario" o simplemente no-revolucionario. Aquí encontramos una explicación de por qué el fascismo –revolución nacional no-clasista o interclasista- "no encajaba" dentro de la fenomenología revolucionaria "legítima". A pesar de haber nacido del socialismo clásico, el fascismo había tomado pronto un rumbo autónomo y se había vuelto, para los años veinte del siglo pasado, un rival formidable del bolchevismo ruso y de los socialismos que permanecían anclados a la matriz marxista o se movían hacia la socialdemocracia. El fascismo fue una herejía del socialismo, no un engendro del liberalismo o del conservadurismo, y no fue "de derecha", más bien ocupó el centro del campo político. La negación del carácter revolucionario del fascismo (desde Gramsci hasta Hobsbawm) ha sido un error garrafal de interpretación, que sólo es superado por la investigación científica en estos últimos años.

Finalmente, -dejando atrás de una vez por todas los estereotipos marxistas- tenemos que llegar a la pregunta ¿qué son las revoluciones? No es el caso aquí de extenderse demasiado sobre la extensa discusión que se genera sobre este concepto. Entre los numerosos autores que se podrían citar, Gianfranco Pasquino define a la revolución como: "La tentativa de derribar a las autoridades políticas existentes y de substituirlas con el fin de efectuar profundos cambios en las relaciones políticas, en el ordenamiento jurídico-institucional y en la esfera socioeconómica" (Bobbio, 2002). Emilio Gentile, por su lado, define a la revolución como: "La movilización de una masa social ajena a la vida política, guiada por una élite emergente que no acepta los valores y la autoridad de la clase política que detenta el poder, contesta el sistema (político y/o social) y conquista el poder con la voluntad de crear un régimen nuevo" (Gentile, 2002). Al buscar una definición lo más incluyente y extensiva posible para una familia de fenómenos con características heterogéneas, podríamos considerar esta: las revoluciones son cambios sustantivos y repentinos, generalmente acompañados por cierto grado de violencia, del orden político, social e ideológico vigente, con una movilización (amplia o parcial) de masas populares y con un dramatismo característico en donde predomina la emoción de la novedad, el ansia de la "libertad" y la aspiración a un "nuevo orden" de cosas.

De hecho, toda formulación del concepto de "revolución", como las demás que circulan en las Ciencias Sociales, tiene límites borrosos y tiene cierto grado de imprecisión, además está influida por sesgos partidistas e ideológicos que pueden llegar a oscurecer el rigor científico de la categoría. El uso de adjetivos puede esclarecer el subgénero de pertenencia de cada revolución: social, política, cultural, nacional, generacional, etc., siendo posiblemente la "política" el tipo "central" y paradigmático de referencia, al traer el mayor número de consecuencias también en otros órdenes y dimensiones de la sociedad

(finalmente, pues, el hombre es, sobre todo, un Zoon politikon).

Las Revoluciones nacionales y el carácter revolucionario del fascismo

Entre las revoluciones políticas, las "nacionales" han sido de especial importancia en los últimos dos siglos. Se refieren al concepto de "nación" que es típicamente moderno y se manifiesta en todo el mundo, acompañando la expansión occidental, desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días. Nacionales fueron por ejemplo, en el siglo XX, la revolución mexicana (1910-1917), la revolución turca (1923-1938), la revolución nacionalista china (1911-1928) entre otras. Estas revoluciones, siendo "nacionales", apuntaban específicamente a solucionar los problemas de la formación y status de cada nación, no pretendían lanzar una proclama al mundo para plantear un cambio global. Única en este sentido fue la revolución fascista italiana (1919-1925), que fue acompañada por el surgimiento de una ideología y de un régimen, el fascismo, que se anunciaba como una nueva fórmula de cambio general válida también fuera de Italia. La revolución fascista italiana continuaba el impulso nacionalista del siglo XIX, el Risorgimento, igual que la mexicana proseguía en la senda nacionalista de la Reforma y la lucha nacional contra la invasión francesa. La comparación con la mexicana es especialmente útil para determinar los alcances y características del fascismo, respecto a un nacionalismo "clásico", como fue el mexicano.

La cuestión del carácter revolucionario del fascismo durante mucho tiempo fue condicionada por un enfoque interpretativo ideológico. Éste se vincula ante todo al marxismo, que –como mencioné anteriormente- excluye de la categoría de "revolución" a todo suceso que no encaja en el esquema evolutivo hacia el comunismo. A esto se suma la actitud belicosamente anti-fascista asumida por la Tercera internacional en los años veinte-treinta y durante la Segunda guerra mundial por la URSS, con la breve interrupción del Pacto germano-soviético de 1939-1941. Según estos planteamientos el fascismo no era más que la dictadura abierta de la burguesía, contrarrevolucionaria y enemiga del proletariado. Por su lado, también los liberales, especialmente desde los años treinta en adelante, adoptaron una visión militante y reduccionista. Aquí el fascismo era visto como una forma de tiranía populista surgida en tiempos de crisis, donde se enfatizaba el rol carismático de los líderes y los aspectos despóticos de los regímenes, al negar o tergiversar su arraigo de masas y su alcance ideológico. Los católicos por su lado veían en general al fascismo como una divinización pagana del Estado y de la nación, contraria a las enseñanzas de la Iglesia, aunque en muchos aspectos menos "maléfico" que el comunismo. No es el caso de revisitar aquí las refutaciones a estas visiones unilaterales y militantes, simplemente considero que han de ser excluidas de una discusión científica. Las actitudes ideológicas presuponen un a priori arbitrario a la investigación, amén de los corolarios moralistas que conllevan y, aun más grave, de los errores interpretativos que generan.

Para abordar el tema del fascismo en una perspectiva científica, tenemos entonces que desechar de antemano las interpretaciones militantes y sectarias (aunque vengan disfrazadas como académicas), y abandonar el modelo referencial único de las revoluciones socialistas, comunistas o anarquistas (Bracher, 1983). Asimismo, es preciso estudiar al fascismo, "igual que el socialismo y el liberalismo", en su aspecto ideológico (Eatwell). En fin, si es cierto que –como escribe Ugelvik Larsen- el investigador se mueve "en una comunidad nacional" específica que tiene sus prejuicios y referencias "morales" y "no puede ser llevado completamente fuera de contexto", tampoco es aceptable que se deje condicionar por imperativos o exigencias que se sitúan más allá del propósito cognoscitivo de la investigación científica (Larsen).

Además aun sin considerar las actitudes anímicas subyacentes, los viejos enfoques ideológicos limitaban demasiado el concepto de revolución a los factores económicos y sociales. Consecuentemente el fascismo, que no elaboró una propuesta económica fuerte –

aunque suscitara en su momento un gran interés internacional, el corporativismo no destacó y no fue adoptado universalmente por los diversos fascismos, quedando como una opción dentro del pragmatismo ecléctico fascista-10 y no tuvo un perfil sociológico (de clase) bien reconocible, no estaba en condiciones de entrar en la categoría. Un último factor de exclusión, aunque paradójico si lo confrontamos con la Vulgata que nos presenta a un fascismo excesivamente destructivo y cruento, es el exiguo grado de violencia ejercido por la revolución fascista, comparado con otras revoluciones. La escalada al poder del fascismo en Italia (1920-1925) y del nacionalsocialismo en Alemania (1930-1935) provocó una secuela de muertes y destrucciones (de 250 a 500 víctimas en el primer caso, algunos miles en el segundo) mucho menor de aquellas provocadas por la revolución francesa (alrededor de 250 000 muertos), de la revolución mexicana (400 000 muertos) y de la revolución rusa (nueve millones de muertos entre 1917 y 1921). El fascismo parece poco revolucionario precisamente porque no se ajustó a los parámetros destructivos "estándar" de una revolución moderna. Para observar una escalada mortífera de los regímenes fascistas hay que desplazarse de la revolución a la guerra colonial e internacional, donde sí se producirá una gran cantidad de muertes y destrucción, pero la responsabilidad aquí se debe distribuir entre todas las partes en lucha y, más en general, se explica por el avance de la tecnología moderna (que posibilita, por ejemplo, la muerte instantánea de cientos de miles de personas con una sola bomba atómica). La guerra, de todos modos, es referible más a las rivalidades geopolíticas que tienen como protagonistas a los Estados, que a las ideologías en si.

Otro factor importante para entender el carácter revolucionario del fascismo, es su metamorfosis en el proceso de aproximación y consolidación en el poder. Me refiero a la cuestión de las alianzas políticas de acuerdo con la geometría de fuerzas en el campo político. El fascismo, como escribe convincentemente Zeev Steernhell, nace de una convergencia del socialismo "revisionista" con el nacionalismo. Esta componente nacionalista trae una visión trans-clasista, que apunta a la unidad y a la solidaridad del pueblo por encima de las divisiones de clases, apuntando a superar uno de los "males" producidos por la modernidad. Se trata, en otras palabras, de encontrar una fórmula política que facilite la integración de los sectores sociales excluidos o antagónicos en una comunidad solidaria y articulada orgánicamente en el Estado nacional. Sobre este punto fundamental Giuseppe Bottai, uno de los máximos intelectuales del Régimen, en 1922 escribe: "Il Fascismo é portato a compiere l'inserzione inmediata dei lavoratori italiani nella compagine formidabile di passioni e di interessi, di tradizioni e di avvenire, di sofferenza e di gioia che é la Nazione". Más tarde (1925) el mismo Bottai reincide en el tema: " La massa del popolo é rimasta fuori dallo Stato; il Fascismo deve portarcela […]. S'intenda bene che parlando di popolo non vogliamo creare una astratta entitá piú o meno demagogicamente lusingatrice, ma intendiamo riferirci precisamente a quelle classi lavoratrici fino ad oggi estranee od ostili allo Stato, indifferenti all'interesse nazionale, trascurate e disprezzate dai partiti conservatori".

A pesar de las críticas implícitas y explícitas del fascismo a las fuerzas conservadoras, tradicionales y liberales (que no quisieron o no pudieron realizar la integración histórica del pueblo al Estado nacional), se producen lógicamente acercamientos y alianzas de éstas con los fascistas, porque en la coyuntura de la posguerra la anarquía y la división entre clases son vistas como la amenaza más grande a sus intereses y visión del mundo. Estos grupos heterogéneos compartían como enemigos (aunque por razones distintas), al socialismo clásico y, sobre todo, al bolchevismo.

Las fuerzas "de derecha" y "de centro" –al considerar (erróneamente) el fascismo sólo como un movimiento radical de clases medias opuesto al proletariado socialista y al subestimar su coherencia ideológica- trataron de usar en diversas ocasiones el fascismo como un ariete anticomunista. Al hacer esto buscaron desactivar los componentes

y goce que es la Nación", en Bottai, Giuseppe. (13 de agosto de 1922). "Doveri e responsabilitá", "de izquierda" y frenar el ímpetu "jacobino" del fascismo infiltrándolo y condicionándolo. La preferencia pro-fascista de las derechas fue condicionada y efímera, pasó rápidamente a los regímenes militares y autoritarios, cuando se dio la oportunidad. En España, Rumania y Brasil por ejemplo los fascismos locales (Falange, Guardia de hierro e Integralismo) fueron completamente neutralizados o eliminados por las dictaduras autoritarias o castrenses (Franco, Antonescu, Vargas). En Portugal Salazar reprimió duramente al Nacional-sindicalismo fascista. En Grecia Metaxas estableció una dictadura pro-fascista sin el estorbo de un verdadero fascismo autóctono de importancia. En Italia y Alemania en cambio, donde sí se afirmaron los movimientos fascistas más fuertes, se produjo un equilibrio inestable que supuso un gran desafío para ambos regímenes. La "normalización" conservadora fue considerada por los jóvenes militantes y algunos intelectuales fascistas de varios países como un peligro tan real como el de la subversión roja, por ello hubo presiones para desatar una "segunda oleada" revolucionaria que barriera de una vez al viejo orden. Mussolini, quien actuaba con espíritu de realpolitik, a duras penas logró mantener al redil las huestes más radicales del Partido Fascista. Las aspiraciones revolucionarias, especialmente de los jóvenes, fueron frustradas por su política flexible que apuntaba a consolidar el poder fascista: "a través de un compromiso con las fuerzas tradicionales (económicas, políticas, institucionales), gracias al cual, consiguió reprimir y marginar a los componentes revolucionarios del fascismo" (Gentile).

Un tercer factor, que ya se puede entrever en la cuestión de las alianzas, es la copresencia simultánea de diversas tendencias revolucionarias en un contexto determinado. El primero (1969) en sugerir que el fascismo fue una revolución paralela –o más bien rival- fue Jules Monnerot quien describió una situación de fuerte competencia entre fascismo y marxismo para fundar un nuevo orden de relaciones políticas (Monnerot, 1969). Más tarde (1976) Eugen Weber volvió a proponer el concepto de rivalidad: "El fascismo, tildado con demasiada facilidad como contra-revolucionario, no es una contrarrevolución sino una revolución rival: rival de la [comunista] que pretendía tener la exclusiva del calificativo […]. Para los fascistas, el comunismo no es una subversión que arremete contra el orden establecido, es un competidor en la escalada al poder" (Weber, 1976).

En años posteriores esta intuición fue integrada en diversas interpretaciones por varios estudiosos del fenómeno. En pocas palabras, en los años de la posguerra en Italia se activaron dos revoluciones en competencia, la fascista (socialista nacional) y la socialista clásica, ambas con el impulso de llegar al poder para transformar radicalmente a la sociedad italiana. En cierto sentido lo que ocurrió en 1920-1922 fue una guerra civil entre dos socialismos revolucionarios. A raíz de la experiencia italiana, propongo para la reflexión el problema de la competición entre revoluciones distintas, un problema que encontramos también en otros casos: en la revolución mexicana (carrancismo, villismo, zapatismo), en la revolución rusa (anarquismo, socialismo, bolchevismo) y en la revolución china (nacionalismo, comunismo). En algunos son revoluciones distintas entre sí, en otros casos se podrían más bien describir como variantes dentro de un mismo proceso revolucionario. La competencia simultánea de distintos procesos revolucionarios tiene que ser tomada en cuenta, si queremos entender los alcances y los límites de la extensión del concepto de revolución. Esto no excluye, desde luego, la existencia también de contrarrevoluciones, es decir de intervenciones para defender el orden existente de la amenaza revolucionaria. Por ejemplo la nobleza en Francia, los ejércitos "blancos" en Rusia y la élite económica y castrense del viejo régimen porfirista en México. El fascismo en Italia no fue una contrarrevolución -aunque algunas fuerzas que lo apoyaron inicialmente creyeron o quisieron que fuera esto- porque promovió un proyecto político propio de cambios radicales mediante una extensa movilización de masas; por qué su genealogía se adscribe plenamente en la historia de las revoluciones

europeas; y por qué sus protagonistas querían realmente hacer una revolución y, al llegar al poder, iniciaron cambios de alcance revolucionario, que tomaron por sorpresa a las fuerzas conservadoras que inicialmente habían apoyado al movimiento. Difícilmente se pueden subestimar las grandes novedades que trajo el Régimen fascista en Italia en la educación, la cultura popular, la organización política, la organización de la economía y la estructura misma del Estado. Después de 1925 -cuando comenzó a formarse el Estado totalitario- la vieja Italia liberal se volvió irreconocible. Mussolini, al proclamar las virtudes del modelo corporativo en 1933 (como la "tercera vía" entre capitalismo y socialismo), dijo claramente que el fascismo era una revolución social que, igual que la francesa de 1789, estaba transformando en lo profundo a la sociedad italiana.

El cambio que trajo la revolución fascista fue tan profundo y radical, que -muy a pesar de Benedetto Croce, quien afirmó que el fascismo no fue más que un "paréntesis" de la historia- la estructura básica del Estado italiano creada durante el Régimen de Mussolini, persistió después de la guerra. Sobre todo los entes paraestatales que expresaban el nuevo intervencionismo del Estado en la economía como el AGIP 23 y el IRI o en la cultura como Cinecittà y el Festival Internacional del Cine de Venecia, entre otros. Sobrevivió la burocracia estatal, así como el asistencialismo público y el sindicalismo nacional asociado al Estado. También perduró, en la cultura política, el nuevo carácter de masas, simbólico y "visual" que adquirió permanentemente la política después de la experiencia fascista, y la centralidad de los partidos de masas (en la senda del Partito Nazionale Fascista), y cabe mencionar también el arquetipo del líder carismático (Mussolini), representado en algunos aspectos aun hoy por Silvio Berlusconi. Tal vez fue profético Giuseppe Bottai cuando (1926) auguró a la revolución fascista volverse integral y permanente en el pueblo italiano.

Estudiar el fascismo nos lleva, en suma, a reflexionar sobre el concepto de revolución: estimula el debate y contribuye a esclarecer y delimitar la semántica del término, superando los viejos prejuicios y las fórmulas reduccionistas. Igual que otras revoluciones modernas, la revolución fascista se nos presenta hoy con sus luces y sombras, realizaciones y fracasos, tensiones ideales y desilusiones, que nos dejan conjunto de memorias heterogéneas y confusas, así como diversos y ambiguos son los legados materiales e inmateriales del fascismo.

Por sus enormes consecuencias históricas el fascismo -como sucede con la revolución francesa-, puede ser un terreno fértil o laboratorio privilegiado para el estudio de la historia contemporánea en general y para la especulación teórica. Me atrevo a decir que constituye, junto con la revolución francesa, el campo de estudios más interesante para estudiar la fenomenología revolucionaria y algunos aspectos fundamentales de la modernidad. En efecto el fascismo marcó a tal punto la historia reciente, que es imposible pensar a nuestra realidad de hoy sin aquella experiencia. En palabras de George Mosse (1999): "En nuestro siglo dos movimientos revolucionarios han dejado su marca en Europa; el que brotó originariamente del marxismo y la revolución fascista". Para James Gregor (1999) el fascismo, incluso: "Sirve como instancia paradigmática de revolución en el siglo XX". Finalmente, pensar el fascismo nos puede ayudar a entender los rasgos esenciales del fenómeno revolucionario en su pluralidad de expresiones, facetas, paradojas y ambigüedades. Aunque no se manifieste ya hoy en las formas clásicas que conocemos, el fascismo sigue siendo un fenómeno de gran interés para comprender lo que ocurre en nuestro tiempo tan agitado y cambiante, donde aún se puede vislumbrar el fantasma de la revolución.

Redefinición de fascismo

Daniel Miguel López Rodríguez

Introducción

El presente artículo es un intento de dar una explicación filosófica al fascismo, es decir, de explicar (aclarar y distinguir) la Idea de fascismo, si es que éste existe como Idea. Así pues, estamos ante un intento de una filosofía de la historia del fascismo, que, obviamente, para su desarrollo requeriría no ya un libro sino bibliotecas. Esto implica que el fascismo «a secas» no puede ser explicado por las ciencias beta-operatorias, porque los análisis históricos, antropológicos, económicos y políticos no agotan el contenido del fascismo (por muy amplias que se presenten las distintas categorías, que por supuesto damos como necesarias pero no suficientes). Dicho de otro modo: vamos a estudiar al fascismo más allá de sus conceptualizaciones categoriales, vamos a intentar verlo como Idea filosófica. El fascismo debe de ser interpretado, pues, filosóficamente, si es que se quiere hacer un ejercicio de síntesis. La filosofía es una actividad de segundo grado, y parte de saberes de primer grado, de saberes técnicos, científicos, artísticos y políticos; luego la Idea de fascismo ha sido reformulada en retrospectiva, sin perjuicio de que los propios fascistas tuviesen una Idea de fascismo y los antifascistas (o no fascistas) coetáneos al fascismo tuviesen otra Idea; pero como dijo Hegel, la lechuza de Minerva emprende su vuelo al atardecer.

Que el fascismo es una Idea filosófica yo creo que lo demuestran las altas dosis de polémica que éste lleva cuando se menciona. Como dijo el divino Platón, si hablamos de oro y de plata todos pensamos en lo mismo y estamos de acuerdo, pero cuando se trata de la justicia, de la piedad, de la bondad o de la belleza todos discrepamos, y a través de esas inconmensurabilidades y de esas confrontaciones surge la filosofía (la esencia de la filosofía es la dialéctica, la symploké de las Ideas). Del mismo modo cuando hablamos de «fascismo» todos polemizamos, y los politólogos no han llegado a un consenso de definición. Así pues, el fascismo no es un tema, el fascismo es un problema, y es a la filosofía, a la filosofía de la historia materialista, la que le corresponde hacer una visión trascendental (en sentido materialista no emergentista) del fascismo, sin perjuicio de que en este artículo haremos, inevitablemente, mucha historia.

«Fascismo» es, quizá, el término más oscuro y confuso que hay entre las ideas políticas. La confusión es enorme, y es por tanto difícil de sistematizar. Tampoco el fascismo puede explicarse por sí mismo: la Idea de fascismo, digámoslo así, está envuelta por otra ideas, otras posturas, que la desbordan y codeterminan: socialismo, comunismo, anarquismo, nazismo, nacionalismo, franquismo, catolicismo, &c. Señalamos a estas tendencias como «ideas» porque todo Estado y toda disciplina política tiene irremediablemente su filosofía, y por tanto sus sistema de ideas, más o menos definido. Precisamente el presente artículo trata de definir, más bien de «redefinir», a ese sistema de ideas llamado «fascismo» y su relación con los otros sistemas, aunque también tendremos muy cuenta algunos aspectos de su política real en su contexto histórico.

No pretendo desarrollar explícitamente la esencia genérica del fascismo a través de su núcleo, su curso y su cuerpo. El artículo estará enfocado a confrontar y contrastar al fascismo con las distintas tendencias contra las que competía. Pero no estaría de más un artículo en el que se viese al fascismo como una esencia genérica que tiene un núcleo, un curso y un cuerpo. Tampoco sería superfluo un trabajo sobre el fascismo visto desde las tres ramas del poder (poder operativo, poder estructurativo y poder determinativo) y las tres capas del poder (la capa conjuntiva, la capa basa y la capa cortical). No obstante, las siguientes líneas es de momento lo que puedo ofrecer. Veámoslo.

¿Qué es el fascismo?

El término «fascismo» proviene del italiano «fascio» (que significa «haz», «fasces»), y deriva del latín «fasces» (en plural «fascis»). Las fasces eran unos fajos de varillas amarradas que simbolizan la unidad popular (solidaridad frente a terceros, diríamos), en las cuales sobresalía un hacha, la cual a su vez simbolizaba al líder, al guía-caudillo, esto es, dicho en el idioma del fascismo, al Duce, que como todos saben no era otro que Benito Almicare Andrea Mussolini. La palabra «fascismo» deriva, pues, del símbolo romano del fascio littorio.

El fascismo ha sido diagnosticado por Gustavo Bueno en El mito de la derecha como una derecha no alineada, esto es, no tradicional, en oposición a las derechas alineadas, tradicionales (derecha primaria, derecha liberal, derecha socialista), las cuales se proyectan como «modulaciones» que derivan como géneros plotinianos y se presentan frente a las generaciones de izquierda que trataban de desmembrar al Antiguo Régimen (izquierda jacobina, izquierda liberal, izquierda libertaria, izquierda socialdemócrata e izquierda comunista). Sin embargo, advierte Gustavo Bueno, «el fascismo podría ser, por analogía, considerado como un movimiento de izquierda, porque en realidad a la vez es derecha e izquierda en sentido tradicional, en la medida que presenta analogías significativas con ambas. Si lo consideramos aquí de derechas, es porque estamos subrayando sus analogías con la derecha tradicional, puesto que estamos en una obra dedicada a la derecha»..

El fascismo pudo tener ciertas analogías con la derecha socialista, sin perjuicio de que también mantuvo semejanzas con la derecha liberal e incluso con el comunismo, tendencias a las que sin embargo se opuso, autodiagnosticándose como «tercera vía». Pero la oposición del fascismo a las distintas generaciones de izquierdas fue muy distinta de la oposición realizada por las derechas tradicionales. Así pues, el fascismo fue algo nuevo, y no una nueva versión de la derecha de toda la vida, en sentido sustancialista metafísico, como si fuese la esencia del mal (que es como ingenua y míticamente lo entiende casi todo el mundo). Dicho de otro modo: el fascismo no fue una derecha que pretendiese volver al Antiguo Régimen, como si fuese una derecha reaccionaria o cavernícola. El fascismo no puso su mirada en el pasado, la puso en el futuro, porque fue un movimiento eminentemente escatológico, creyendo que el futuro de la humanidad era de su propiedad (del mismo modo que los marxista se creían dueños del futuro). No sólo el Antiguo Régimen era «cosa de ayer», también lo era el liberalismo. La historia se encaminaba hacia la «nueva civilización», hacia un escatológico imperio fascista, el nuevo Imperio Romano.

También hay que tener en cuenta, como hemos dicho, que al fascismo no hay que verlo como una esencia fija, sino más bien como una esencia genérica con núcleo, curso y cuerpo, pues no ejerció ni mucho menos un tipo de política continuo y homogéneo, ya que pasó por muy distintas fases llenas también de disputas internas. También hay que hacer saber que el fascismo se incubó en una democracia parlamentaria transformándola dictadura que tuvo a un rey (Vittorio Emmanuel III), lo cual lo convierte en algo muy particular y por tanto difícil de definir (eso sí, volvió a sus orígenes republicanos en la efímera República de Salò, cuando el fascismo daba sus últimas bocanadas).

El fascismo, visto así, fue una «diarquía» entre el Duce y el rey (el cual fue llamado, tras la conquista de Etiopía, «rey-emperador»). Los poderes fácticos estaban en las manos de Mussolini, pero el rey era el Jefe del Estado; un título de papel, pues no supo frenar a Mussolini en la sistemática desmembración del ordenamiento constitucional fundado en el Estatuto Albertino: he ahí lo que podríamos llamar el proceso revolucionario fascista, aunque el proceso no llegó a realizarse del todo, a causa de la derrota en la guerra mundial. Según el rey, por aquellos entonces «no se podía obstaculizar al jefe del gobierno».

Para nuestro objetivo sería muy interesante leer una definición del propio Mussolini sobre el fenómeno fascista: «Siendo antiindividualista, el sistema de vida fascista pone de relieve la importancia del Estado y

reconoce al individuo solo en la medida en que sus intereses coincidan con los del Estado. Se opone al liberalismo clásico que surgió como reacción al absolutismo y agotó su función histórica cuando el Estado se convirtió en la expresión de la conciencia y la voluntad del pueblo. El liberalismo negó al Estado en nombre del individuo; el fascismo reafirma los derechos del Estado como la expresión de la verdadera esencia de lo individual. La concepción fascista del Estado lo abarca todo; fuera de él no pueden existir, y menos aún servir, valores humanos y espirituales. Entendido de esta manera, el fascismo es totalitarismo, y el Estado fascista, como síntesis y unidad que incluye todos los valores, interpreta, desarrolla y otorga poder adicional a la vida entera de un pueblo.

No hay individuos ni grupos (partidos políticos, asociaciones culturales, coaliciones económicas, clases sociales) fuera del Estado. Así pues, el fascismo se opone al socialismo para el que la unidad dentro del estado (que amalgama las clases en una única realidad económica y étnica) es desconocida, y que no ve en la historia otra cosa que la lucha de clases. Del mismo modo, el fascismo se opone al sindicalismo como arma de clase. Pero cuando se crea dentro de la órbita del Estado, el fascismo reconoce las necesidades reales que hacen surgir el socialismo y el sindicalismo, otorgándoles el peso debido en el gremio o sistema corporativo en el que se coordinan y armonizan intereses divergentes en la unidad del Estado.

Agrupados de acuerdo con sus intereses diversos, los individuos forman clases; forman sindicatos cuando se organizan con arreglo a sus actividades económicas diversas; pero primero y sobre todo forman el Estado, que no es un mero asunto de número, la suma de los individuos que forman la mayoría. Por lo tanto, el fascismo se opone a esa forma de democracia que equipara una nación con la mayoría, rebajándola al nivel del número mayor; pero es la forma más pura de democracia si la nación se considera –como debe hacerse- desde el punto de vista de la calidad y no la cantidad, como una idea, la más poderosa por ser la más ética, la más coherente, la más verdadera, expresándose en un pueblo como la conciencia y la voluntad de unos pocos, cuando no, en efecto, de uno solo, y tendente a expresarse en la conciencia y la voluntad de la masa, de todo el grupo moldeado éticamente por las condiciones naturales e históricas en una nación, avanzado, como una conciencia y una voluntad, a lo largo de una idéntica línea de desarrollo y formación espiritual. No una raza ni una región definida geográficamente, sino un pueblo, perpetuándose en la historia; una multitud unificada por una idea imbuida de la voluntad de vivir, la voluntad de poder y la conciencia de la propia identidad y personalidad.»

Fascismo y comunismo

Desde la perspectiva *emic* el fascismo no fue clasificado ni de izquierdas ni de derechas (como tampoco se autodenominó así el comunismo soviético, considerando dicha distinción como «pequeño burguesa»), hasta el punto de que muchos fascistas afirmaron que el fascismo superaba la disyunción entre la izquierda y la derecha. Ahora bien, desde la perspectiva *etic*, con respecto a la derecha primaria al fascismo hay que colocarlo a la izquierda, pues la soberanía no recaía en el Duce o el rey sino en la nación (Italia por aquellos entonces era una monarquía constitucional con una dictadura fascista, lo cual, como hemos dicho, hace del fascismo algo muy peculiar). Pero con respecto al comunismo al fascismo hay que colocarlo a la derecha; podríamos decir que su derechismo es meramente posicional. Luego el fascismo es de derechas porque no es de izquierdas y porque se opone frontalmente a las izquierdas, en especial al comunismo: fue el fascismo desde la semiclandestinidad quien frenó la bolchevización de Italia y de la futura expansión del bolchevismo por occidente, por eso fue, en principio, alabado y respetado por las potencias democráticas (incluso, al principio, por los propios demócratas italianos). Para los fascistas la oposición de izquierda/derecha era propia de los regímenes parlamentarios, la cual debía de ser borrada, pues, según ellos, era cosa del pasado.

Sin embargo, en la España de la Segunda República y de la Guerra Civil todo derechismo se identificó acríticamente (o interesadamente) con el fascismo (como «la noche en la que todos los gatos son pardos»). Como dice Santiago Montero Díaz en su opúsculo Fascismo, «En pocos países como en España se han difundido ideas tan lamentablemente equivocadas sobre este régimen». La expresión «fascista» se usaba en tono despectivo, para descalificar al contrario, como insulto universal y arma propagandística; pero esto es simplemente un fascismo etológico o estético, por así decirlo, y no político o filosófico. Toda esta confusión se debe a la impresionante campaña de propaganda diseñada por el comunismo estalinista (en realidad, junto al leninista, el verdaderamente existente) que transformó el dualismo metafísico de comunismo/capitalismo por el dualismo no menos metafísico de comunismo/fascismo. Esta versión hizo ver al fascismo como «agente del gran capital», como la corrupción última de la burguesía, junto a la socialdemocracia (teoría del «socialfascismo»). «La lucha contra el fascismo» fue la excusa y justificación propagandística empleada por los secuaces del Frente Popular y las brigadas internacionales reclutadas por Stalin en la Guerra Civil (también fue empleada esta ideología en la Segunda Guerra Mundial, pero con menos intensidad, pues lo aliados no sólo eran comunistas, sino también demócratas liberales, esto es, capitalistas). El antifascismo se convirtió en un instrumento ideológico para legitimar al comunismo, y todo lo que se opusiese al comunismo era fascismo; he ahí la confusión, un confusión claramente interesada. Pero en España la propaganda hizo que la lucha no fuese entre comunismo contra fascismo, camuflándola en una imposible lucha entre democracia contra fascismo (republicanos frente a fascistas, la izquierda contra la derecha, los pobres y parias de España contra los ricos burgueses y terratenientes, el pueblo contra el ejército; en definitiva: los buenos contra los malos). Bajo este «camuflaje», los comunistas (la URSS) evitaban que las potencias democráticas (capitalistas) apoyasen a Franco (la bestia negra del estalinismo en España). Este es, como bien apunta Pío Moa, el mito fundamental de la Guerra Civil; la gran patraña que nos han contado; la cual, al parecer, ha quedado como dogma indiscutible, y si alguien lo discute entonces es un «fascista».

Así pues, fue precisamente Stalin el culpable de esta confusión. A finales de julio de 1935, en el VII Congreso de la Comintern celebrado en Moscú, se diseñó la nueva estrategia comunista: la formación de los «frentes populares». La caída del Partido Comunista alemán en 1933 (el partido estrella del comunismo más allá de las fronteras soviéticas) hizo pensar que el «fascismo» –en un sentido muy amplio y por tanto confuso– era una especie de epifenómeno del capitalismo y de la burguesía internacional u oligarquía financiera «más reaccionaria, más nacionalista, más imperialista» para fomentar una guerra interimperialista entre las potencias capitalistas (supuestamente fascistizadas por la alta burguesía internacional) frente al bolchevismo, que, pese a las palabras de Lenin, era todo un imperialismo (un imperialismo generador, al menos en la política internacional, a través del diseño del ideal del Estado de Bienestar –plan Beberidge en plena Segunda Guerra Mundial–, y no a pesar de los millonarios crímenes del Gulag y de las hambrunas de Ucrania, sino precisamente por ello: Stalin, como Franco, hizo el trabajo sucio).

Esta visión del fascismo como epifenómeno del capitalismo es la tesis defendida, en una fecha anterior al VII Congreso de la Comintern como es la de 1932, por el opúsculo citado de Montero Díaz. Dice Montero: «el fascismo ha significado sencillamente el más genial ensayo realizado hasta el día para dotar a la sociedad burguesa de una estructura política tal que se imposibilite la existencia de todo organismo revolucionario […] Lo interesante, lo sustantivo, innegablemente era salvar a la burguesía italiana; organizar y estabilizar rápidamente la contrarrevolución […] Despojada la concepción política de todo su colorido nacionalista, que no es sino el pretexto, la hojarasca retórica, las soflamas

conmovedoras que necesita la Dictadura, nos encontramos con la primera esencia del fascismo: afirmar de una manera mucho más radical que los demás países burgueses el poder absoluto del Estado y al mismo tiempo identificar en la práctica el Estado con los intereses de la burguesía».

Esto, aunque en ello hay parte de verdad, no es toda la verdad, y habría mucho que matizar ahí; pero, como veremos, el fascismo no fue un mero anticomunismo y tampoco fue simplemente el brazo ejecutor de la burguesía, ya que también estuvo muy preocupado por la «cuestión social» y por el bienestar de los trabajadores.

Una de las grandes semejanzas que hubo entre el fascismo histórico y el comunismo histórico (y por tanto no mitológico, esto es, no escatológico y por tanto políticamente definido por el Estado, esto es, el monopolio legítimo de la violencia) es que el Estado fascista fue el más intervencionista de su época, junto al Estado soviético. Fascismo y comunismo fueron la alternativa al capitalismo en el siglo XX, y es simplemente brocha gorda, pereza intelectual o pura impostura simplificar tan complejos sistema bajo la homologación de «totalitarismos» o «dictaduras totalitarias», como hicieron Karl Popper en 1945 (recién terminada la guerra) y Karl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski en 1956, en los primeros años de la guerra fría.

Fascismo y nazismo

A mi juicio la génesis de esta confusión tan generalizada se debe a la identificación del fascismo con el nazismo y sobre todo, aquí en España, con el franquismo. Fascismo y nazismo han sido considerados como lo mismo, pero no es así ni mucho menos; dichas tendencias no pueden reducirse a un denominador común, y hacerlo es simplemente una impostura, un ejercicio perezoso de brocha gorda o pura ignorancia. Desde el agudo y meticuloso análisis de El mito de la derecha tanto el fascismo como el nazismo han sido clasificados como derechas no alineadas, pero eso no significa que dichas tendencias se identifique plenamente. El fascismo ha sido considerado como «totalitario» (término oscuro y confuso, como veremos), al igual que el nazismo y el comunismo, pero dicho «totalitarismo» dicta mucho de las dictaduras nazis y comunistas (conocida es la tesis de Hannah Arendt en la que se afirma que el fascismo no es totalitarismo, restringiendo dicho término al nazismo y al bolchevismo).

Para evitar confusiones propongo, y esta es la tesis del presente artículo, que el término «fascismo» se circunscriba tan sólo al fascismo italiano, al régimen que se desarrolló en la nación italiana desde la «marcha sobre Roma» el 28 de octubre de 1922 hasta el 25 de julio de 1943, cuando Italia fue invadida por las potencias aliadas y el Duce fue sustituido por el Gran Consejo Fascista y encarcelado. Y también al fascismo que efímeramente se desarrolló en el norte de Italia (una vez que Hitler ayudó a Mussolini a escapar de la cárcel), el cual sucedió desde el 13 de septiembre de 1943 hasta el 25 de abril de 1945, en la República Social Italiana, más conocida como la República de Salò, último bastión, por tanto, del fascismo, el cual era más bien un Estado títere del Tercer Reich (y ya tenía poco de fascista y mucho de nazi).

Luego, en este sentido, habría que hablar de un fascismo definido, tomando como criterio de definición el Estado; siendo lo demás fascismo indefinido, es decir, fascismos borrosos, pseudo-fascismos, regímenes fascistoides o filofascistas, pero no plenamente fascistas. En el momento que extrapolemos el término «fascismo» de su realidad histórica (en el espacio italiano y en el tiempo que transcurre desde 1922 hasta 1945) se convierte en algo totalmente borroso, oscuro y confuso, por eso propongo hablar de un «fascismo circunscrito». Como fascismos indefinidos tenemos como ejemplos varias corrientes muy heterogéneas: las Cruces de Fuego de François de la Rocque y el Partido Popular francés de Jacques Doriot en Francia, el Movimiento Rexista (de Cristo rey) de León Degrelle en Bélgica, las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas de Ramiro Ledesma Ramos y la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera en España (ni de lejos era fascista la CEDA de José María Gil-Robles), la Unión Fascista de Oswald Mosley en Gran Bretaña,

las Cruces Flechadas de Ferenc Szálasi en Hungría, la Guardia de Hierro de Cornelio Codreanu en Rumania o la Organización Revolucionaria Croata Insurgente o Partido de los Ustasha o rebeldes de Ante Pavelic en Croacia. Estos partidos no conquistaron el poder, por lo tanto no estaban definidos políticamente, pese a sus intenciones. Habría que decir que dicho fascismo sólo fue intencional, pero no efectivo, como al fin y al cabo fue el italiano (me refiero al fascismo escatológico totalitario del que luego hablaremos). En España, aparte de la Falange y las JONS (dejando fuera a la CEDA, como hemos dicho), lo más parecido que hemos tenido al fascismo, según palabras del propio Mussolini, que era el que entendía de esto, fue la figura de don Manuel Azaña, debido a la rectitud de su liderazgo. Cierto que esto lo dijo Mussolini en 1932, un año antes de la fundación de la Falange y las JONS. Aun así suscribo la tesis de Mussolini refiriéndose a Azaña como lo más parecido al fascismo que hubo en España, pues don Manuel implantó una ley electoral inspirada en la legge de Acerbo mussolinina, una ley diseñada en Italia en 1923 por Giacomo Acerbo, de ahí el nombre de la ley. Dicha ley hipertrofia los resultados haciendo que una mayoría mínima se convierta en una mayoría aplastante, garantizando así que una coalición parlamentaria que obtuviese una mayoría mínima alcazase el 66% de los escaños. Curiosamente esa ley se volvió en contra de los izquierdistas en la elecciones de 1933, cosa que les estuvo muy bien empleada por ese bienio realmente negro.

Sin embargo, no sería correcto denominar al nazismo como fascismo indefinido (si tomamos como criterio de definición el Estado), pues el nazismo en 1933 llegó al poder. Pero el nazismo, sin perjuicio de sus tremendas analogías, no es fascismo. El Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores tomó una cierta estética fascista, estética que sin duda jugó un papel muy importante, sobre todo en las labores propagandísticas. Pero la fascistización de regímenes como el de la Alemania nazi sólo era un ingenuo deseo de Mussolini, el cual creía que el fascismo iba a ser un fenómeno trascendental, un juicio normal en su acostumbrada extravagancia.

¿Y por qué no fue el nazismo fascismo? Para empezar habría que decir que mientras que el nazismo (al igual que el comunismo y el anarquismo e incluso el liberalismo) proponía como finalidad la abolición y extinción del Estado, postulando un fantasioso e incluso escatológico dominio del volk (que no era otra cosa que el mito de la raza aria, que hoy en día vuelve a ser el mito de la cultura), el fascismo proponía como finalidad la realidad plena y totalitaria del Estado fascista, la fascistización de todas las instituciones y de todas las gentes del país; es decir, la finalidad estaba no en la extinción sino en la supremacía del Estado (para que el régimen fascista y el pueblo de Italia fuesen una unidad, como presumía Mussolini). El Estado era, pues, la máxima y última aspiración del fascismo, un Estado de expansión imperialista (por eso hablo de «fascismos indefinidos», pues para un partido fascista estar fuera de las instituciones del Estado carece de sentido: sin Estado no hay fascismo que valga). El fascismo pedía así el monopolio absoluto del aparato del Estado con el Duce como figura sobresaliente, estando el Partido Nacional Fascista subordinado al Estado (en el caso alemán el Estado estaba subordinado al Partido Nazi). Como dijo Mussolini: «El partido no es más que una fuerza civil y voluntaria a las órdenes del Estado, al igual que la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale es una fuerza armada a las órdenes del Estado […] Si en el fascismo todo está en el Estado, tampoco el Partido puede huir a tal inexorable necesidad [he aquí lo que podemos llamar el fatum del Estado fascista, el fatalismo fascista], y debe, por tanto, colaborar subordinadamente con los órganos del Estado». (Opera Omnia, cit. XXXIV, págs. 141-142). La subordinación del partido al Estado fraguó rencillas entre los representantes del partido y los representantes (los ministros, el Duce) del Estado. Este dualismo (o trialismo, si contamos la institución de la monarquía) fue lamentado por el secretario del PNF como «problema insoluto», porque ello suponía un «débil equilibrio no siempre fácil de alcanzar». (Archivo Centrale dello Stato, Ministero degli

Interni, Direzione Generale di Pubblica Sicurezza, Divisione Polizia Politica, b. 102). Este dualismo entorpecía el avance hacia el escatológico Estado totalitario, por falta de consenso. Detrás de la organización monolítica y eficiente del fascismo, como política plenamente disciplinada hacia una mística del Estado que daba la propaganda, existía una lucha por el poder entre los oligarcas del fascismo, lo cual impedía la armonía que era necesaria para la plena realización del Estado fascista hacia su camino escatológico como Imperio Universal.

Sin embargo, para los nazis el Estado «no representa un fin, sino un medio […] la condición preliminar para crear una civilización humana superior».. Sin embargo, en la práctica los nazis monopolizaron más que los fascistas las instituciones del Estado (por no hablar de la Unión Soviética).

Si el régimen fascista se implantó con una no muy especialmente cruenta (habría que decir incruenta) «marcha sobre Roma» (incruenta gracias al rey, el cual pactó con Mussolini e hizo que el ejército no interviniese a fin de que no hubiese una carnicería), el régimen nazi se implantó a través de las instituciones democráticas de la República de Weimar. Una vez que Hitler paró las intenciones revolucionarias del ala más extrema del partido nazi, hizo el intento, y con éxito, de llegar al poder por la vía parlamentaria, para que una vez en el poder se realice la revolución (una revolución desde arriba, como también desarrolló la derecha socialista, pero con resultados muchísimos menos incruentos y totalmente generadores, pese a quien le pese). ¿Podría decirse que el ascenso de un hombre como Hitler al poder a través de las instituciones democráticas, siendo encima encarcelado tras una desastroso Pustch de Múnich para una ulterior «marcha sobre berlín», imitando a Mussolini, fue una especie de «corrupción no delictiva»? Suele decirse que Hitler fue financiando por la alta burguesía internacional para implantar un régimen fuerte de cara al comunismo bolchevique. Puede haber algo de cierto en ello, pero el nazismo no es tampoco, como el fascismo, un mero anticomunismo, también funcionaron en dicho régimen ideas positivas, no sólo negativas en cuanto a la reacción antiproletaria se refiere.

En la práctica, es decir, en la política real, al margen de las distintas formalidades de los respectivos Estados, las relaciones entre el régimen fascista italiano y el régimen nazi alemán no fueron ni mucho menos armónicas. Recién llegado Hitler al poder esto no fue ningún consuelo para Mussolini, que consideraba a Hitler como un loco exaltado (a pesar de que Hitler considerase a Mussolini como maestro del anticomunismo e imitase a éste con el saludo romano de brazo en alto). En 1934 Mussolini envió tropas a Austria para evitar que ésta se anexionase a Alemania (el famoso Anschluss que al fin se lograría en 1938); además, ¡fue el único en hacerlo! Mussolini pretendía que Austria no fuese nazificada, para que en su lugar fuese fascistizada (ya vemos aquí una clara oposición). Al principio las potencias democráticas (Francia e Inglaterra sobre todo) vieron con buenos ojos la llegada del fascismo al poder, pues suponía una buena reacción frente al comunismo, pero después también vieron en el fascismo una buena forma de oposición al nazismo. Por un momento el fascismo se convirtió en la esperanza de las democracias occidentales y era un movimiento respetado; pero todo eso se fue al traste cuando Mussolini invadió Etiopía, su principal error, y fue sancionado por la Sociedad de Naciones, siendo consecuencia de ello el Pacto de Acero con Alemania (24 de octubre de 1936) que dio lugar a lo que Mussolini llamó «Eje Roma-Berlín». Pero si el principal error (el primer error, queremos decir) de Mussolini fue invadir Etiopía, el gran error fue subordinarse a Hitler (de lo cual miserablemente se arrepintió, porque fue simplemente su ruina y su mala fama). Aun así, después del Pacto de Acero, ya empezada la guerra, Italia avisó a Bélgica, Holanda y Francia de lo que los alemanes le tenían preparado. Mussolini titubeó (ya que quería aplazar la guerra) pero al final decidió aliarse definitivamente con Alemania el 10 de junio de 1940, al creer que la victoria del Eje sería inmediata, debido a las impresionantes conquistas de Hitler en menos de un año sin

apenas coste. Ni que decir tiene el enfado monumental entre Hitler y Mussolini tras la invasión frustrada de Italia a Grecia, sacando Alemania a Italia las castañas del fuego, cosa que hizo que se retrasase la Operación Barbarroja (la invasión de la URSS que supuso hacer letra muerta al pacto Ribbentrop-Molotov, ¡qué diálogo cabía aquí!). Y es que Italia más que una ayuda supuso un estorbo para Alemania. Como dijo Churchill, «Italia es el suave vientre del Reich». Las derrotas en el norte de África (en Libia, el 23 de enero de 1943) y la invasión aliada en Sicilia (10 de julio de 1943) pusieron en jaque mate al régimen fascista, corroborándose la tesis de Churchill.

El abuso de los términos «fascismo» y «fascista»

La imprudente extrapolación del término «fascismo» ha llevado a denominar «fascista» a regímenes tan distintos como el de «Juan Perón en Argentina, la república presidencial de Charles de Gaulle en Francia, los regímenes de partido único del Tercer Mundo, la dictadura de los coroneles de Grecia, la presidencia de Richard Nixon en Estados Unidos, los regímenes militares de América Latina [como el de Pinochet], e incluso, las democracias burguesas [Jesús Gil y José María Aznar] y los propios comunistas [Stalin]. Se ha hablado, en efecto, de "fascismo rojo" a propósito de la izquierda extraparlamentaria y de los grupos terroristas comunistas, y de involución "fascista" del régimen comunista chino en ocasión de la masacre de plaza Tienanmen en Pekín (3-4 de junio de 1989). Recientemente ha sido acuñada una nueva categoría de fascismo, el "fascismo medio-oriental" para definir al régimen de Sadam Hussein en Iraq». También se le ha llamado «fascista» a Felipe González, a José María Aznar (llamado así delante de ZP y del Rey por el inefable Hugo Chávez), a Franco y a Carrero Blanco (y a cualquier franquista en general), al impresentable Joan Tardá de ERC (llamado así por Eduardo Zaplana), a Manuel Fraga (el cual, según Tardá, sus manos estaban «llenas de sangre»), a los asesinos etarras (los cuales, a su vez, llaman «fascista» a todo lo que tenga que ver con España). El pasado 14 de mayo del 2010 los magistrados de la Audiencia Nacional, tras suspender cautelarmente a Baltasar Garzón por prevaricar en su investigación de los crímenes del franquismo, fueron llamados fascistas por la multitud simpatizante del juez estrella: «¡Fuera fascistas, de la judicatura!». «Fascista» es, pues, todo aquél que se pase de la raya. Es obvio que se designa como «fascista» a estos regímenes por su carácter violento y para desprestigiarlos, lo cual está hecho no con fines historiográficos sino propagandísticos. Para la oposición parece ser una especie de remedio psicológico llamar «fascista» a quien les gobierna, y «fascista» es simplemente un arma propagandística.

La confusión llega al colmo cuando se habla de fascismo de «izquierda», de «derecha» y de «centro», y si somos coherentes hablaríamos de un fascismo de «centro izquierda» y otro de «centro derecha»; y, para oscurecer más el asunto, también hablaríamos de un fascismo de «extrema izquierda» y un fascismo de «extrema derecha» (ya sería el colmo llamar a alguien fascista de «extremo centro»). La expresión fascismo de «extrema derecha», para la mayoría, sería redundante, porque el fascismo y la extrema derecha se identifican; aunque la idea de «extrema derecha» es más oscura, aún si cabe, que la de «fascismo». En 1923 el sacerdote italiano Luigi Sturzo, uno de los padres de la democracia cristiana y fundador del Partito Populare Italiano, llegó a oscurecer más el asunto cuando definió al bolchevismo como «fascismo de izquierda» y al fascismo como «bolchevismo de derechas». La cosa ha llegado a simplificarse tanto que «fascista» es sinónimo de «hijo de puta», es el peor de los insultos; luego políticamente no define nada.

No obstante, la palabra «fascio» (haz o manojo) no fue un invento de los fascistas ni de Mussolini. Dicho término ya llevaba bastante tiempo en boca de muchos. Esa palabra hoy tan difamada y denigrada empezó a funcionar en Italia en los inicios del Risorgimento precisamente por movimientos de izquierda, tanto en el proletariado como en el campesinado, sobre todo en el oeste de Sicilia. Existieron, por ejemplo, los fasci siciliani, allá por 1890, derrotados por el

primer ministro Crispi. En octubre de 1914, los sindicalistas de izquierdas que quería sumergir a Italia en la Gran Guerra fundaron el Facio Rivoluzionario d'Azione Internazionalista. En febrero de 1917, unos ochenta parlamentarios pro intervencionistas de la guerra mundial fundaron el Fascio Nazionale di Azione, constituido tanto por conservadores, socialistas reformistas como Bissolati y liberales como Luigi Albertini, editor del periódico Corriere della Sera. En diciembre del mismo año unos 150 diputados y 90 senadores nacionalistas, entre los que destacaba Antonio Salandra, formaron el Fascio Parlamentare di Difesa Nazionale. Estos últimos recibieron la alabanza de Mussolini el cual los llamó «los 152 diputados fascistas».

Fascismo e imperialismo

Como decimos, el fascismo no fue una derecha tradicional, ya que fue «un fenómeno político moderno, nacionalista, revolucionario, totalitario, racista e imperialista decidido a destruir la civilización democrática y liberal, proponiéndose como una alternativa radical a los principios de libertad y de igualdad concretados en el proceso histórico de afirmación de los derechos del hombre y del ciudadano, iniciado con la Ilustración y con la revoluciones democráticas de finales del siglo XVIII». El fascismo se presentó como una tendencia antiliberal y antimarxista (y por supuesto antianarquista), es decir, se enfrentó a las izquierdas de segunda, tercera, cuarta y quinta generación. Dicha tendencia se organizó en un partido milicia de veteranos de guerra, con intención de totalizar la política y el Estado, y con una visión mística y militarizada de la política. Sus fundamentos eran míticos, viriles y antihedonistas. Los fascistas estaban imbuidos en una especie de panteísmo del Estado, pues el Estado se sacralizaba, considerándose al fascismo como una «religión política», en competencia con el Vaticano (y por tanto anticlerical o al menos no clerical, cosa que coloca al fascismo más a la izquierda que a, por ejemplo, los liberales conservadores o democristianos como Luigi Sturzo).

La vocación de la tendencia fascista, sin ser especialmente sangrienta después de todo, era totalmente belicista, con vista a una futura expansión imperialista (expansión por el Adriático, conquistas de Etiopía y Albania), la cual daría lugar a un nuevo orden mundial y a una nueva civilización, siendo «una forma palingenésica de ultranacionalismo populista». El fascismo fue, por tanto, una doctrina que consistía en regenerar a la nación, siendo así, en palabras de Stanley Payne, «una forma de ultranacionalismo revolucionario para el renacimiento nacional, basado en una filosofía fundamentalmente vitalista, y estructurado sobre un utilitarismo extremo, sobre la movilización de masas y en fuerherprinzip; tiene una actitud positiva en relación a la violencia como fin y como medio y tiende a dar carácter normativo a la guerra y/o a las virtudes militares». El régimen fascista aprobó la fundación del Imperio Italiano el 9 de mayo de 1936, desde el cual se proponía la hegemonía italiana en el Mediterráneo e implantar por la fuerza su apertura hacia los océanos.

Fascismo y clase media: la pequeña burguesía como la masa del fascismo. La «tercera vía»

Se suele decir que el fascismo recibió su respaldo social en las clases medias; fue, por así decir, una revolución de las clases medias (frente a la revolución de las clases proletarias escindidas en anarquismo, socialdemocracia y comunismo, cuyos enfrentamientos fueron mortales). Estas clases medias, en mayor o en menor medida, pueden identificarse con la pequeña burguesía, pero también con obreros asalariados (de todos modos el concepto de «clase media» es oscuro y confuso pues no está definido su dintorno; tampoco se sabe dónde limita su contorno y cómo son sus intersecciones con su entorno, el cual es tanto la «clase baja» como la «clase alta»). Algunos autores han llegado a sostener que el fascismo fue una revolución burguesa antiburguesa, aunque más bien habría que decir que fue una revolución pequeño burguesa antiburguesa. Esto hizo que el fascismo se convirtiese en un fenómeno de masas, pues la clase media representaba un 47% de la población (también

hay que decir que el Partido Nazi estuvo ampliamente respaldado por las clases medias, pero como decimos el concepto de «clase media» está por definir, y quizá fuese una ideología estadística diseñada por sociólogos para encubrir la existencia de un proletariado fuerte y numeroso). Sin embargo, el fascismo, pese a la importancia que le daba a las masas, no consintió que estas expresasen e impusiesen sus ideas políticas, sin perjuicio de que en 1939 el Partito Nazionale Fascista tuviese afiliado a más de 21 millones de italianos, incluyendo a niño a partir de los seis años (sobre una población de 43 millones de habitantes).

Con esto no queremos decir que el fascismo quedó reducido a una mera reacción antiproletaria, como si fuese un epifenómeno del capitalismo (en una especie de capitalismo de emergencia o «forma contingente» del poderío burgués), el cual fue financiado por la alta burguesía para derrocar a los movimientos marxistas (esa fue la versión marxista). El fascismo, pese a sus influencias, tenía sustancia propia y ni mucho menos fue una continuidad del régimen liberal, pues en muchos aspectos era diametralmente opuesto a éste, y a lo largo del tiempo las tensiones fueron incluso creciendo. Lo digo porque hay muchos pánfilos de «extrema izquierda» (izquierda fundamentalista) que creen que capitalismo y fascismo es lo mismo.

El fascismo, pues, aun habiendo sido fervorosamente antimarxista, fue más allá del antimarxismo, no definiéndose sólo por lo que negaba sino también por lo que afirmaba. Así pues, al negar al marxismo y al liberalismo se presentó como «tercera vía», como alternativa a dos modalidades que consideraban «decadentes». El fascismo propuso una organización corporativa de la economía (cosa que se puso de moda en países liberales como Inglaterra y EEUU, ahí estuvo en New Deal de Roosevelt), la cual coartó la libertad sindical, cosa que hizo ampliar la esfera de intervención de Estado. El fascismo a base de fundamentos tecnocráticos y solidaristas (siempre contra terceros y cuartos) amplió la colaboración de las clases productoras con el propósito de unificar a la nación en vista de una futura expansión imperialista y de una «nueva civilización». Aun así preservó la propiedad privada y la división de clases. La misión del fascismo era regenerar a la nación, y para ese propósito había que destruir a la democracia parlamentaria y a los partidos marxistas (que a la postre también querían destruir a la democracia parlamentaria).

Fascismo, nacionalismo e internacionalismo

Antes de fundar el Partito Nazionale Fascista (fundado el 7 de abril de 1921) Mussolini era miembro del Partido Socialista Italiano. Muy conocida es la frase que dijo Lenin refiriéndose a Mussolini: «Si hay alguien que pueda hacer la revolución en Italia ese es Benito Mussolini», cosa que se consiguió, aunque fuese una revolución fascista, revolución muy exagerada por los propios fascistas. En 1932 un corresponsal extranjero le preguntó a Mussolini que por qué abandonó el socialismo y creó el fascismo. Mussolini le respondió que la Primera Guerra Mundial (la llamada por entonces Gran Guerra) le demostró que la lucha internacional del proletariado era algo completamente falso; dicho de otro modo: la Gran Guerra echó por tierra, y además por completo, aquella frase con la que Marx firmaba y terminaba el Manifiesto Comunista: «Proletarios de todas las naciones, uníos». Mussolini durante toda su vida fue un socialista internacionalista, pero observó que los proletarios franceses no se unieron con sus hermanos de clase, los proletarios alemanes, para hacer la guerra a las clases burguesas, prefiriendo defender a sus respectivas naciones. Así pues, Mussolini, desilusionado, cambió el socialismo internacionalista por el socialismo nacionalista. La Gran Guerra le hizo ver como utópica la unión del proletariado internacional, e ideó un sistema en el cual las distintas clases de un mismo país se unirían (como se unieron en la Gran Guerra y después volverían a unirse en la Segunda Guerra Mundial) con el propósito de formar una gran nación, una nación con aspiraciones imperialistas.

De este modo, dicho sea de paso, se demuestra que el motor de la historia no es sólo la dialéctica de clases (como pensaba el

materialismo histórico), sino la dialéctica de clases y la dialéctica de Estados (que es la propuesta del materialismo filosófico). Ambas dialécticas, vistas desde el materialismo filosófico, no están subordinadas una a otra porque no son disyuntas sino que están codeterminadas (luego sólo es una dialéctica). Habría que decir que en el contexto histórico del fascismo (sobre todo en los años de la Segunda Guerra Mundial), la dialéctica era de imperios, sin perjuicio de la lucha de clases dentro de cada Estado y su repercusión en el conflicto mundial o interimperialista.

Muchos liberales han pensado que, como Mussolini venía del socialismo revolucionario, el fascismo no sería otra cosa que una herejía socialista (o comunista) o una variación del revisionismo marxista. Pero un fascista no era un «hereje» marxista, más bien era un «ateo», y negaba por completo el igualitarismo internacionalista que postulaban los marxistas. Así pues, se podría decir que el imperativo proselitista de la última frase del Manifiesto Comunista («Proletarios de todas las naciones, uníos») quedó cambiado, parafraseando, de la siguiente forma: «Fascista de toda Italia, uníos» o más bien «Italianos de toda Italia, uníos y sed fascistas para fascistizar a Europa y a todo el mundo».

Hemos visto arriba que el fascismo y el nazismo no fue lo mismo. Ahora bien, sí tenemos en cuenta sus semejanzas. La principal semejanza está en ese socialismo nacionalista (nacional socialismo). Pero claro está, no es lo mismo la nación italiana que la nación alemana; y, por mucho Pacto de Acero que se quiera, ahí surgen las polémicas, como efectivamente las hubo. Podría llevarse a engaño la expresión que usó Stalin de «socialismo en un solo país», pues podría parecer que Stalin es un «nacional socialista» o un «socialista nacionalista» (un «fascista»), pero se trataría más bien de un socialismo multinacionalista (y por tanto, al fin y al cabo, internacionalista); pues la Unión Soviética, como advierte Gustavo Bueno en El mito de la izquierda, no era un Estado nacional de 40 ó 70 millones de habitantes, sino un Estado multinacional con 250 millones de habitantes y 22 millones de kilómetros cuadrados. Luego el comunismo realmente existente dispuso de una koinonía internacionalista: las distintas naciones que formaban la URSS y los países satélites.

El fascismo era fervorosamente nacionalista, e idolatraba a la nación con un fervor religioso. Hay que tener en cuenta que el nacionalismo que postulaba el fascismo era un nacionalismo canónico: la nación política italiana. He aquí la dificultad de hablar de un fascismo internacional, y por tanto de «fascismos» (en plural). El internacionalismo es una tendencia que se asocia con el comunismo (llegó a existir, no obstante, una Comintern, pero nunca llegó a existir una Fascintern). Si al principio el fascismo tuvo cierta relevancia internacional fue por su eficacia contra el comunismo, y por eso fue visto como ejemplo a seguir, como la primera respuesta contundente al bolchevismo, al imperio que soviético. La crisis de la democracia liberal, ante el desastre de la posguerra, hizo que el fascismo fuese visto no como un escándalo sino como un método fuerte para afrontar la que se avecinaba (que no era poca cosa). Cuando Mussolini dijo que en el futuro Europa estaría fascistizada probablemente quiso decir que Europa estaría subordinada al régimen fascista italiano, esto es, al Imperio Italiano (¿imperio depredador o generador?), en reminiscencia del Imperio Romano (imperio generador). El dogma fundamental del fascismo era la supremacía de la nación italiana sobre el resto de las naciones (incluyendo a Alemania, sin descartar una posible alianza, pues veían a Italia y Alemania como «naciones jóvenes», frente a las decrépitas Francia e Inglaterra, por no hablar de España).

Pese a ser antiliberal, el fascismo durante su mandato conservó la propiedad privada y muchas instituciones del capitalismo, exaltando el papel de la burguesía productiva, dando por buena la función histórica del capitalismo (en este sentido sí es cierto que las posiciones del fascismo son más cercanas al capitalismo que al comunismo, del cual fue fervoroso rival, sin perjuicio de que el propio Marx también admiró la misión histórica de la «sociedad burguesa»). Los fascistas abogaban

por la colaboración de clases (corporativismo) e incrementar la producción (productivismo), centrando y solidarizando a la nación y superar así las luchas de clases, pues la nación debe de solidarizarse para una ulterior y escatológica expansión y fascistizar el mundo. Como si dijesen: «id y predicad el fascismo en todas las naciones», como una especie de conversión a la religión política del fascismo, primero a los italianos (el «italiano nuevo») y después a Europa y al mundo entero (el «hombre nuevo», de claras resonancias del Superhombre nietzscheano), a través del dogma «creer, obedecer y combatir» (trilogía, dicho sea de paso, que se oponía a la trilogía de la Revolución francesa: «libertad, igualdad y fraternidad»). El mito del imperio y el culto a la romanidad con el brazo en alto estuvo presente desde el principio, pero la historia tiró por otros derroteros, y el fascismo quedó muerto y enterrado para dejar de osar abrir la boca para asuntos que conciernen a la humanidad precisamente el 25 abril de 1945. Tres días después, el 28 de abril de 1945, moría en una gasolinera de Milán, torturado y humillado por los partisanos comunistas, Benito Mussolini. Muerto el perro se acabó la rabia. Aunque, por lo visto, no fueron los partisanos comunistas los que acabaron con Mussolini humillándolo y torturándolo, sino agentes secretos británicos, según dice el protestante César Vidal.

Fascismo y democracia

Dada la naturaleza del fascismo, éste era por completo opuesto al parlamentarismo, transformando el Estado italiano en un régimen de partido único, suprimiendo al resto de partidos para «prevenir revoluciones», según dijo Mussolini. Es decir, el régimen fascista suponía la liquidación de la democracia realmente existente, el fin de la izquierda o derecha liberal. A finales de 1926 el Partido Nacional Fascista era el único partido legal; siendo, pues, como el Partido Comunista de la URSS, ya que el Partido Fascista, por decirlo con palabras de Buharin, admitía pluralidad de partidos, estando uno en el poder y los demás en la cárcel; mutatis mutandis, los nazis. «Su dictadura total de partido […] quiere la dictadura de parte y el "partido único", es decir, la supresión de todos los partidos, esto es, el final de la vida política como se concibe en Europa desde hace cien años».

El ascenso del fascismo al poder no fue debido a una revolución violenta (como los propios fascistas reivindicaron), sino que fue estrictamente legal. Mussolini al ser nombrado primer ministro juró fidelidad al Rey y a la Constitución, pidiendo, eso sí, plenos poderes. Y así como el ascenso de Mussolini fue de riguroso reglamento, también su destitución lo fue; pero en este caso no fue ya la antigua institución de la monarquía quien lo sustituyó, sino el Gran Consejo Fascista, el cual fue creado por el propio Benito Mussolini.

En lo que a elecciones se refiere el fascismo no tuvo gran éxito y fue lo que se dice electoralmente hablando muy impopular. En 1919, siendo aún un movimiento y no un partido (cosa que no sería hasta 1921), los fascistas se presentaron a sus primeras elecciones. Los resultados de estas elecciones fueron todo un desastre para el movimiento. El movimiento fascista se fundó el 23 de marzo de 1919 en la plaza de San Sepolcro, Milán. El único órgano relevante para la propaganda y la política del que disponían los fascistas adheridos al liderazgo de Mussolini era el periódico Il Popolo d'Italia, periódico que no debe ningunearse, pues en aquellos tiempos quizá fuese más importante la posesión de un periódico que la de un partido.

El programa del movimiento fascista estaba inclinado a la derecha a causa de su rivalidad con los rojos. Aun así, por muy de derechas que fuese, en dicho programa había muchos proyectos que suscribirían hasta los más extremados de la izquierda, pues se pedía la extensión del derecho de sufragio universal a la mujer (es decir, hacerlo realmente universal), se pedía que se bajase la edad del voto a la de dieciocho años, también se pedía la abolición de la Camara Alta, esto es, el Senado. El programa también exigía un salario mínimo, una jornada laboral de ocho horas, los derechos sindicales de los trabajadores, la nacionalización de la industria de armamento, una subida de los impuestos a los más ricos y la expropiación de terrenos eclesiásticos.

Mussolini declaró que el movimiento fascista no era enemigo de la clase obrera: «De hecho, estamos dispuestos a combatir por ella». (Mussolini, Opera Omnia, vol. 13, pág. 14). Todo esto no despertó la atención de la prensa, ni siquiera los socialistas estaban preocupados por el nuevo movimiento que iba a ser hegemónico andando el tiempo en Italia. Tan sólo Antonio Gramsci en noviembre de 1920 se percató del peligro fascista, diciendo que éste iba a ser el brazo ejecutor de la burguesía, el brazo que iba a realizar el trabajo sucio que la burguesía no podía hacer legalmente, esto es, la mano de obra «rompehuelgas». Para Gramsci el fascismo suponía un cambio de orientación de la pequeña burguesía; según Gramsci, ésta había estado «esclavizada por el poder parlamentario», volviéndose de repente antiparlamentaria, «imitando a la clase obrera y saliendo a la calle».. En marzo 1921 el líder del recién fundado Partido Comunista de Italia (PCI), Palmiro Togliatti, también percibió la amenaza fascista; pero el resto de fuerzas italianas vieron al fascismo con desdén, y todos se centraban en Giolitti, en los socialistas y en los católicos, los principales centros de atención de la política italiana de entonces. Con esto quiero decir que el fascismo incipiente era algo absolutamente marginal y secundario, e incluso para algunos algo completamente desconocido.

En ese mismo año de 1921, el fascismo estaba en pleno proceso de gestación, y según el biógrafo de Mussolini, Renzo de Felice, el propio Mussolini no tenía muy claro de qué iba eso del fascismo. En 1919, en el discurso fundacional de Milán, Mussolini tuvo conocimiento de que el nuevo movimiento albergaba posiciones heterogéneas y contradictorias: «Podemos permitirnos el lujo de ser aristócratas a la vez que demócratas, reaccionarios además de revolucionarios, de defender la legalidad mientras cometemos ilegalidades de acuerdo con las circunstancias, el momento, el lugar y el ambiente en el que nos veamos obligados a vivir y actuar». Esto último recuerda a Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista Obrero Español, cuando dijo que su partido usaría la legalidad cuando le fuese conveniente, pero rompería con ella cuando ésta no lo fuese (cosa que efectivamente hicieron, como bien se sabe).

Puede decirse que su catástrofe electoral se debió a lo incipiente de la formación; pero en el mismo año también fue fundado el católico Partito Popolare Italiano (PPI), liderado por sacerdote Luigi Sturzo, partido que obtuvo una gran representación electoral. El PPI representaba más a la «nueva Italia» que el movimiento de Mussolini. Pero también esa nueva Italia estaba representada por el Partito Socialista Italiano (PSI); partido que, como el PSOE, estaba escindido entre reformistas y revolucionarios (maximalistas), y también empezaba a separarse otra tendencia decididamente comunista. Curiosamente Mussolini, en su discurso de Milán publicado el 28 de marzo de 1919, acusó al PSI de «reaccionario» al no querer participar en la Gran Guerra contra los imperios «reaccionarios» de Alemania y Austria-Hungría. También advirtió Mussolini a los socialistas que si no es por la Gran Guerra no hubiese habido revolución en Rusia. El PSI obtuvo un total de 156 escaños, un 32,3% de los votos; el PPI obtuvo unos 100 escaños, un 20,5% de los votos. Estos dos partidos eran las fuerzas más numerosas de la Italia de entonces, perdiendo así los liberales la mayoría parlamentaria por primera vez. Aun así, las dos formaciones no podían formar gobierno debido a su claro antagonismo (es como si en España pactasen el PSOE y la CEDA), ya que el PSI no estaba dominado por los reformistas de Filippo Turati, sino por los maximalistas revolucionarios, crecidos por la revolución rusa.

En 1921 los fascistas, agrupados en la formación del Blocco Nazionale dirigido por el liberal Giovanni Giolitti, obtuvieron una mejora en resultados, unos 35 escaños sobre 535 del total. Por entonces, los afiliados del movimiento sumaban unos 80.000 en el mes de marzo, incrementándose en una cantidad de 204.000 miembros en junio del mismo año. Para mayo de 1922 los afiliados al fascismo eran ya unos 322.000, una cifra nada desdeñable. El Blocco Nazionale de Giolitti fue, indudablemente, el trampolín que usaron los fascistas para el incremento de su

popularidad, legitimándose no ya como movimiento social o cultural, sino como partido político dispuesto a llegar al poder a medio camino entre la legalidad y la brutalidad (la cual fue consentida por el establishment). Aun así, los fascistas se pasaron a la oposición, sentándose Mussolini en la extrema derecha de la Camara de los Diputados y desafiando al establishment, aunque el futuro Duce era consciente de que a partir de ahora había que actuar con moderación, abandonando la truculenta retórica que hasta entonces había caracterizado al fascismo, porque Mussolini era consciente de que los industriales y terratenientes sabían que él había sido socialista y que usaba una retórica socialista muy peligrosas para ellos. Por eso, firmó el 3 de agosto de 1921 un patto di pacificazione, y el 23 de agosto en Il Popolo d'Italia empezó a dar las directrices para que el movimiento fascista se trasformase en un partido político: «Es necesario formar un partido bien organizado y disciplinado que sea capaz, cuando se precie, de transformarse en un ejército capaz de utilizar la violencia defensiva u ofensivamente. Este partido ha de tener un pensamiento, es decir, un programa. Hay que revisar, ampliar, y de ser necesario, abandonar nuestros supuestos teóricos y prácticos». Esta medida no gusto mucho a fascistas fanáticos como Dino Grandi e Italo Balbo, los cuales fueron pagados por terratenientes locales para machacar al socialismo rural, trabajo que no habían finalizado y que por fines lucrativo obviamente querían finalizar.

En la Camara de los Diputados Mussolini se movió como pez en el agua. Hizo las paces con la monarquía, la Iglesia y los industriales. Prometió hipócritamente que su economía política sería liberal, aunque advirtió que el fascismo «está destinado a representar en la historia italiana una síntesis [lo que se llamó «tercera vía»] entre las indestructibles teorías del liberalismo económico y las nuevas fuerzas del mundo del trabajo».

Agrupar a los fascistas en su bloque electoral fue el principal error de la carrera política de Giolitti, el cual no calculó bien su política antisocialista, subestimando a los fascistas y creyendo que éstos «serán como fuegos de artificio. Harán mucho ruido, pero detrás no dejarán nada salvo humo».

Cabe preguntarse quiénes eran realmente los fascistas entre 1920 y 1922. «Según sus propios cálculos de noviembre de 1921, un 24 por 100 era "trabajadores rurales", un 15,5 por 100 "obreros industriales", un 13 por 100 estudiantes (muy por encima de la media nacional), un 11,9 por 100 pequeños agricultores, un 14 por 100 trabajadores de cuello blanco (muy por encima de la media nacional) y un 9 por 100 comerciantes (equivalente a la media nacional)». (Donald Sassoon, Mussolini y el ascenso del fascismo, Crítica, Barcelona, 2008, pág. 111). Ha de destacarse el apoyo estudiantil que recibió el fascismo. El total de estudiantes que había por entonces en Italia era 135.000 alumnos (de enseñanza superior y universitaria), de los cuales 19.000 eran fascistas practicantes.

En 1922, una vez realizada la marcha sobre Roma, tanto los terratenientes e industriales como buena parte de los liberales, vieron con alivio y con buenos ojos la llegada del fascismo. No todos los industriales pensaban de manera unívoca, y unos se inclinaban hacia el proteccionismo y la intervención del Estado en los asuntos económicos y otros se decantaban por el laissez faire y la desregularización de los mercados. Los industriales tenían buenos motivos para apoyar a aquellos que saboteaban las huelgas y destruían las sedes del PSI, ya que para ellos era más temible el peligro «rojo» que el «negro». Sin embargo, en 1921 el peligro rojo estaba prácticamente controlado, no había amenazas serias de revolución ni de bolchevización en Italia. La época de la ocupación de las fábricas por los socialistas había llegado a su fin. Ello se debía a que la izquierda había quedado fragmentada en tres partidos: el recién formado Partido Comunista, el Partido Socialista maximalista de Giacinto Serrati, y el nuevo partido reformista Partido Socialista Unitario que encabezaban Filippo Turati y Giacomo Matteotti. En esta escisión puede verse perfectamente la incompatibilidad entre la cuarta y la quinta generación de la izquierda, esto es, entre la Segunda y la Tercer

internacional (siendo llamados los de la Segunda por los de la Tercera «socialfascistas»).

Aunque la izquierda estuviese dividida, el presidente de Confindustria, el orgulloso burgués Ettore Conti, se refería a Mussolini en estos términos el 7 de enero de 1922: «Un hombre de tal altura, que defiende los frutos de la victoria; que está en contra de las ligas campesinas que atacan y amenazan a quienes tienen propiedades, a sus bienes y cosechas; que es el enemigo de quienes quieren establecer el imperio de la hoz y el martillo; que confía más en las élites que en las masas; no puede disgustar a la Confederazione Industriale […] Espero que él y los fascistas participen en un Gobierno con mayor autoridad que el tibio [Luigi] Facta».

El 20 de octubre de 1922, una semana antes de la marcha, Mussolini, en una entrevista en el Manchester Guardian, tranquilizó demagógicamente a los industriales afirmando que su política sería liberal. «El Gobierno fascista inaugurará una nueva era de la libertad económica, gastaría menos e ingresaría más, equilibraría la exportaciones y la importaciones, aunque hacerlo significara que los italianos tuvieran menos que comer, y el gasto público se reduciría al mínimo».

Tras la marcha sobre Roma, en su discurso inaugural como primer ministro pronunciado el 16 de noviembre de 1922, el Duce afirmaba que «hoy, en octubre de 1922, ha nacido un Gobierno sin aprobación del Parlamento. Debo advertirles que estoy aquí para defender y expandir la revolución de los camisas negras, que se convertirán en una fuerza para el desarrollo, el progreso y la reputación de la nación. Podría haber ganado arrolladoramente, pero me impuse límites a mí mismo […] Con 300.000 jóvenes armados, listos para cualquier cosa y espiritualmente a mis órdenes, podría haber castigado a todos los que han hablado mal del fascismo e intentado arrastrarlo por el fango. Podría haber transformado esta Cámara gris y sombría en un campamento para mis pelotones […] Podría haber clausurado el Parlamento y formado un Gobierno exclusivamente fascista. Podría haberlo hecho, pero al menos hasta el momento, no he querido hacerlo».

Hasta el momento. Pero en 1923, un año después del ascenso al poder, los fascistas abolieron el sistema de representación proporcional, sistema culpable de la fragmentación parlamentaria por la que no se podía formar gobierno. El nuevo sistema, creado en julio, la legge Acerbo (cuyo nombre se debía a su autor: Giacomo Acerbo, como vimos), garantizaba que una mayoría mínima se transformase en mayoría absoluta. Así, en la elecciones generales que se celebraron el 6 de abril de 1924, el Listone, esto es, la gran lista que encabezaba Mussolini, consiguió un 65% de los votos y un total de 375 escaños, siendo la victoria electoral fascista abrumadora. El socialista moderado del Partido Socialista Unitario, Giacomo Matteotti, tras su apasionado discurso en la Cámara en abril del mismo año, fue secuestrado y asesinado por denunciar la violencia y el amaño de las elecciones. Posiblemente su asesinato se cumplió por órdenes de Mussolini, cosa que no se ha demostrado (ya vimos el parecido de este secuestro y asesinato con el de Calvo Sotelo, haciendo Prieto de Mussolini; aunque según, Ricardo de la Cierva, el asesinato de Sotelo pudo haber sido orquestado por la Masonería; pero Prieto no era masón ni marxista, Prieto era prietista). Y así, «Mediante una combinación de brutalidad y cuestionables procedimientos legales, los adversarios del fascismo –socialistas, comunistas, sindicalistas, liberales democráticos y los contados conservadores que se habían arrepentido de su apoyo inicial al fascismo– fueron eliminados, despojados del poder, apaleados en las calles por pelotones de fascistas, encarcelados u obligados a exiliarse».

En realidad, como dijo el líder comunista Palmiro Togliatti, la dictadura fascista no se impuso en 1922 con la marcha sobre Roma, sino que fue implantada desde el poder (revolución desde arriba) en el período que va de 1925 a 1930. Desde que se implantó la legge Acerbo y esta resultó ser efectiva, empezó a abolirse la libertad de prensa y sindical, pues los sindicati revoltosos fueron sustituidos por sindicatos verticales fascistas.

Y por si fuera poco la ley «defensa del Estado» terminó prohibiendo al resto de partidos políticos. Incluso el PNF perdió su importancia, subordinándose así al Estado.

El parlamento dominado por los fascistas fue una creación de Alfredo Rocco, el arquitecto del Estado fascista, quedando así destruido el régimen parlamentario (sin perjuicio de que la fachada monarquía institucional del estatuto de 1848 quedase casi intacta, pese a que los orígenes del fascismo fuesen republicanos, republicanismo que tuvieron que renunciar sin más remedio). Sin embargo, el 8 de octubre 1926 quedó abolida la democracia interna y el PNF tuvo que someterse a las órdenes del Duce. El papel de Mussolini como Duce del fascismo estaba respaldado por una concepción mitológica, ritualista y simbólica de la política, vista más bien como religión política, y fue algo determinante para el partido y para la política de masas de partido único en la Italia de los años 20 y 30.

Fascismo y totalitarismo

La intención de los fascistas (su finalidad, e incluso su escatología, dada su concepción mística de la política), hemos dicho, fue monopolizar el poder, de ahí que en 1923 los antifascistas liberales denominasen al fascismo como «dictadura total» y como «espíritu totalitario». Fue de la boca de los liberales donde surgió la palabra «totalitarismo», en clara oposición al liberalismo (posiblemente el que acuñó el término «totalitario» fuese el liberal antifascista Giovanni Amendola). Amendola señaló al fascismo como «el "espíritu totalitario", que no consiente al porvenir tener albas que no serán saludadas con gesto romano», desencadenando en Italia una «singular "guerra de religión"», implantando obligatoriamente la fe en el fascismo en todos los italianos.

En la década de los 30 el fascismo se autodenominó como una dictadura totalitaria liderada por el poder y carisma del Duce, a raíz de una paulatina fascistización de las instituciones tradicionales, aunque ya después de 1925 los fascistas empezaron a utilizar el término «totalitarismo» para definir su política. El totalitarismo consistía, pues, en «fascistizar» a las masas e impregnar a toda la nación de fascismo y, en última instancia, fundir lo privado en lo público (en lo público fascistizado) y llevar hacia la vida italiana la «primacía de la política», esto es, la primacía del fascismo. El que no estuviese con el fascismo estaba contra el fascismo.

«El fascismo no ha buscado tanto gobernar Italia, como monopolizar el control de las conciencias italianas. No le basta poseer el poder: quiere poseer las conciencias privadas de todos los ciudadanos, quiere la "conversión" de los italianos […] el fascismo tiene las exigencias de una religión […] las supremas ambiciones y las inhumanas intransigencias de una cruzada religiosa. [Lo dicho: el que no estuviese con el fascismo estaba contra el fascismo]. No promete la felicidad a quien no se convierte, no concede escapatoria a quien no se deja bautizar».

Estamos, pues, ante una concepción monista de la política. El «totalitarismo» es en política lo que el «monismo» es en ontología. Si desde la ontología, al menos desde la ontología del materialismo filosófico, es imposible hablar de la realidad como totalidad o como nihilidad, ya que la realidad (la Materia) es pluralidad infinita de partes extra partes, desde la política no se puede hablar de un Estado liberal y ni de un Estado totalitario en sentido estricto. Desde un punto de vista más bien gnoseológico se dice, desde el materialismo filosófico, que el saber filosófico oscila entre el escepticismo y el dogmatismo; y desde un punto de vista más bien ontológico podemos decir que la realidad oscila entre el caos absoluto y el determinismo absoluto (el fatalismo): la realidad, esto es, la materia ontológico-general, es un caos determinista de pluralidad y codeterminación. También desde la doctrina de la symploké del materialismo platónico que recoge el materialismo filosófico se puede saber que ni nada está conectado con todo ni nada está desconectado con todo. Y así como el monismo de la sustancia y del orden es imposible (pues la materia ontológico-general es infinita e inagotable y no todo está conectado con todo) el totalitarismo es imposible (pues el Estado ni puede dominarlo todo ni conocerlo todo). El

totalitarismo pretende politizar hasta la vida cotidiana, aboliendo de este modo la sociedad civil, y eliminando así el pluralismo (por eso lo diagnosticamos como monismo). Luego cabe decir que el totalitarismo es un concepto metafísico, un pseudo-concepto. La esencia del totalitarismo es imposible, es un conjunto borroso y distorsionado de todos los poderes de la nación en el Duce y en las instituciones fascistas; como si el Duce fuese un dios omnisciente y omnipresente a través de sus burócratas fascistas y sus instituciones fascistas o en proceso de fascistización. Dicho esquema es totalmente heredero de la metafísica de tintes más teológicos, una especie de espiritualismo (yo diría asertivo, aunque también los hay exclusivos) ascendente (sabeliano) en el que la humanidad va paulatinamente desarrollándose, en una palabra, progresando; por ello hablamos de fascismo escatológico, que no era otra cosa que el fascismo como vanguardia de la humanidad, al derrumbar «las modernas torres de Babel», por decirlo con palabras de Carrero Blanco (el cual, por cierto, no era «fascista», sino «franquista», que es una cuestión diferente, como se verá).

El totalitarismo, sin embargo, no es el principio del fascismo sino el fin, no es un termino a quo sino un termino ad quem. Pellizi, en 1925 vio al Estado fascista «como el instrumento social para la actuación de un mito», y por ello el Estado fascista no era «una realidad fijada, sino un proceso en curso». El totalitarismo fue puesto en el horizonte de la empresa fascista, como paradigma hacia el cual debió de llegar; luego el totalitarismo fue simplemente una aspiración escatológica. Así pues, no era aún algo perfecto (acabado), sino infecto, y por ello el fascismo era visto como un «Estado-dinamo». Parafraseando a Hegel (cuando se le preguntó si Dios existía, respondiendo a su vez que «todavía no, existirá») un fascista podría decir que el totalitarismo no existe, sino que existirá. Entonces el fascismo, en su plena realización no existe ni existirá porque sus ilusiones escatológicas se esfumaron con la derrota en la Segunda Guerra Mundial; luego el totalitarismo no existe, ni existirá, porque simplemente no puede existir. La inexistencia del Estado totalitario fascista demuestra la imposibilidad ontológica del monismo (y de paso corrobora la inexistencia del Dios omnisciente del panteísmo o panestatismo fascista).

Visto esto, daríamos la razón a un anónimo del siglo XXI cuando dijo que «Quizá el fascismo no ha existido nunca». Si por «fascismo» entendemos el fascismo escatológico, el totalitario y plenamente realizado, es decir, un Estado omnisciente y omnipotente, habría que quitar el «quizá»; luego el fascismo nunca ha existido y ni el mismísimo Benito Mussolini fue un fascista, sino un pretendiente incualificado (vejado y acribillado por unos partisanos en una gasolinera de Milán o más bien por unos agentes británicos, como se ha dicho). Pero sería más correcto decir que el totalitarismo nunca ha existido, pues en este artículo tratamos de definir al fascismo, y si el fascismo no ha existido nunca entonces aquí estamos de más y tendremos que callar; pero no tratamos de sistematizar las coordenadas de un fascismo trascendente, metafísico, extrapolado e inexistente, sino de un fascismo positivo, el fascismo de la Italia de entreguerras y de la Segunda Guerra Mundial, esto es, del fascismo histórico (y no del fascismo meta-histórico e hipostasiado, fascismo que muchos progres se han sacado de la chistera).

El Estado totalitario fascista no pudo cumplir sus pretensiones, su «cesarismo totalitario», como se decía en el segundo decenio fascista; luego fue meramente intencional, pero no efectivo. El fascismo tendía a controlarlo todo, ningún sector de la vida política podía quedarse al margen, todos los acontecimientos de la nación estarían dentro del control total del Estado, pero en modo alguno pudo completar el fascismo semejante hazaña. Los fascistas estaban, pues, obsesionados e ilusionados con una concepción integra de la política, con el control absoluto de la nación. La mística totalitaria fascistas se echó a rodar por los suelos cuando las tropas alidadas (hay que decir que el fascismo no cayó por causas internas, sino externas) pisaron Italia. El fascismo totalitario sólo fue una vana

esperanza. Así pues, el experimento de la revolución fascista no llegó a consumarse, pues su misión era imposible: ontológica y políticamente imposible. Pero al fin y al cabo, como todos sabemos, la finalidad del fascismo fue llevar a Italia a la ruina.

Madariaga dijo que «los fascismos emergen de la charca de la desilusión». Bueno, aquello, me refiero al tiempo que va desde 1917 a 1922, después de la Primera Guerra Mundial, no era desilusionante, ¡aquello era una ruina! Fue por eso por lo que el fascismo fue visto como una salida, una «tercera vía»; quizá fuese normal que en aquellas condiciones un hombre como Mussolini y su alternativa fascista supusiese una esperanza para millones de persona (y no sólo en Italia). Pero la alternativa del Duce se truncó no sólo políticamente, sino militarmente, pues el que no estuviese con el fascismo y con el Duce estaba contra el fascismo y contra el Duce; pero esto sólo se pudo saber en retrospectiva. También fue imposible que existiese una oposición al fascismo de manera «dialogante», como si con el diálogo se entendiese la gente. Precisamente por esa oposición el totalitarismo es materialmente imposible.

Otra de las imposibilidades del totalitarismo fascista está en hallar la integración y homogeneización de los gobernados, como si se cumpliese, en dicha escatología, el primer artículo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 (la declaración de los derechos burgueses, en definitiva): «Todos los seres humanos [o todos los italianos] nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia [¿acaso cuando nacemos estamos ya dotados de «razón» y «conciencia»; es más, ¿qué idea tuvieron estos señores en la cabeza cuando hablaban de «razón» y «conciencia»?], debe comportarse fraternalmente los unos con los otros [como en el mítico reino de los cielos]». Pero el artículo es falso, pues todos los seres humanos nacen desiguales y no todos tienen los mismos derechos, no tendrá los mismos derechos un humano que haya nacido en España que un humano que haya nacido en China (que por cierto, junto a la URSS no firmó la Declaración, luego la Declaración no fue universal). Ese «derecho» al que se refiere el artículo es bastante oscuro y no dice casi nada (por no decir nada).

Pero, volviendo a nuestra temática (o mejor dicho, a nuestra problemática, ya que el fascismo es un problema), diremos que lo que el fascismo pretendía era integrar a las masas de lleno en la vida política, como si por las cuatro esquinas se respirase la política y el aroma del fascismo. Los fascistas estaban empeñados en la conquista de la sociedad, en fascistizar a la sociedad. Los fascistas veían en la maquinaria del Estado y en su plena realización (esto es, en el pleno control de la vida de los gobernados, tanto individual como colectivamente) la palingenesia que, «sacralizada en forma de una religión política, con el propósito de conformar al individuo y a las masas a través de una revolución antropológica, para regenerar al ser humano y crear un hombre nuevo, entregado en cuerpo y alma a la realización de los proyectos revolucionarios e imperialistas del partido totalitario, con el objetivo de crear una nueva civilización de carácter supranacional». Según los fascistas, la nación italiana estaba encomendada a llevar a cabo la solemne misión de salvar a la humanidad de sus disidencias y proyectarla hacia una nueva era en el que la paz y la armonía reinen bajo el sol (mutatis mutandis: anarquismo, comunismo, socialismo y también liberalismo, e incluso judaísmo, cristianismo e islamismo). Podemos ver entonces que el fascismo totalitario escatológico es otra de las metamorfosis de la Ciudad de Dios. El pensamiento escatológico no era nada nuevo bajo el Sol, todas las sociedad políticas han elaborado de una forma u otra el fin de la humanidad y el fin del mundo. El fascismo fue una versión recalcitrante de ese mito. Con todo, fue relativamente poco sangriento, luego eso hace que los nazis sean mucho más recalcitrantes.

Dada la naturaleza de la pretensión fascista, la revolución que esperaban llevar a cabo los fascistas tenía que tener un carácter permanente, era pues, una «revolución permanente» (expresión que también usó el comunista Trostki). El Estado fascista debía

de ser una red que cada vez ampliaba más su esfera de influencia, hasta llegar a completar (a totalizar) el control de la nación (siendo el paso ulterior, el propiamente escatológico, el control de la nación fascista sobre todas las demás, requisito imprescindible para hallar la ansiada y «emancipadora» nueva civilización). Visto así, es por eso por lo que dijo Mussolini en Roma el 25 de octubre de 1929 que «El sentido del Estado se agranda en la conciencia de los italianos que sienten que sólo el Estado es la garantía insustituible de su unidad y de su independencia: que solamente el Estado representa la unidad en el porvenir de su estirpe y de su historia». El Estado totalitario fascistas sería así una totalidad atributiva (en la que todo está conectado con todo) en un estado de hipóstasis metamérica en la que todo lo que existe en el mundo existe en el Estado fascista; dicho de otro modo: un círculo cuadrado. Aunque quizá más correcto sería decir que todo lo que existe en la sociedad existe en el Estado fascista, es decir, está controlado y manipulado por un Estado totalitario metafísico, sustancialista y recalcitrante a más no poder.

Sin embargo, ya en 1943 Mussolini era consciente del fracaso del Estado totalitario, según le confesó a Ottavio Dinale: «Si pudieses imaginar el esfuerzo que me ha costado la búsqueda de un posible equilibrio en el que se pudiesen evitar colisiones entre los poderes antagonistas que se friccionan, celosos y desconfiados unos de otros: Partido, Monarquía, Vaticano, Ejército, Milicia, prefecto, federales, ministros, los ras de la Confederaciones y de los importantísimos intereses monopolísticos, &c., &c. [Instituciones cuya unidad, en una integración plenamente fascistizada, se hacía, muy a pesar de Mussolini, materialmente imposible, porque como hemos sentenciado el totalitarismo es esencial y materialmente imposible]. Tú comprendes perfectamente, son las indigestiones del totalitarismo [a Italia se le atragantó el totalitarismo, como a cualquiera] en el que no ha conseguido fundirse aquel pacto hereditario que tuve que aceptar en 1922 sin beneficio de inventario. Un patológico tejido conector entre las deficiencias tradicionales y contingentes de este gran pequeñísimo pueblo italiano que, una tenaz terapia de veinte años, sólo ha conseguido modificar superficialmente».

«Italianos: el totalitarismo ha muerto», habría que decir; o mejor dicho, ni siquiera ha nacido, ya que hemos dejado claro que el totalitarismo ni existió ni existe ni existirá, porque su configuración en la materia real es inoperante desde la doctrina de la symploké que va como un puño directo contra el monismo, dejándolo KO y zurrándole hasta reducirlo al absurdo, en su burbujita dogmática. Así que hay que decirles a los antifascistas españoles actuales (¡han leído bien, ya que existen esa clase individuos!) que no se preocupen, porque el coco ya está muerto. Antifascistas: el fascismo ha muerto. Murió el 25 de abril de 1945; pero muchos aún asombrosamente no se han enterado, por eso lo digo.

Podría decirse que si el fascismo no fue totalitario, porque la esencia del totalitarismo es imposible, sí fue en cambio autoritario. Pero esto no dice nada, porque cualquier Estado por definición es autoritario, es decir, todo Estado tiene autoridad, y si no tiene autoridad no es un Estado. El comunismo, que tampoco fue totalitario, fue considerado emic y etic como autoritario (al menos en la fase de la dictadura del proletariado), frente a los anarquistas libertarios (los cuales se saltaban «a la torera» la dictadura del proletariado e iban directamente al «comunismo libertario» y no autoritario por emergencia metafísica sin que se rompiese un solo cristal, como si tras la insurrección no hubiese oposición que pusiese en peligro los cimientos de la revolución). Federico Engels ridiculizaba así al antiautoritarismo de los ácratas: «los antiautoritarios exigen que el Estado político sea abolido de un golpe […] exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad. ¿Es que dichos señores han visto alguna vez una revolución? Indudablemente, no hay nada más autoritario que una revolución. La revolución es un acto durante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra mediante los fusiles, las bayonetas, los

cañones, esto es, mediante elementos extraordinariamente autoritarios».

Fascismo y mussolinismo

Para las grandes masas el llamado «mussolinismo» se impuso al «fascismo», es decir, la figura carismática del Duce eclipsó al partido y al fascismo en general. Pero el fascismo, naturalmente, no se reducía a Mussolini. Sin embargo, ¿en realidad había fascismo más allá del Duce? ¿Era posible el fascismo sin Mussolini? «Para la amplia mayoría un Fascismo sin Mussolini es incomprensible, mientras sería quizá comprensible un Mussolini sin Fascismo. Por lo demás, está en el destino del genio subyugar la idea hasta sustituirla con la propia personalidad». Una viuda de Catania resume a la perfección la fascinación delirante que sentían las masas por Mussolini: «Es el padre que esperamos, el Mesías que viene a visitar a sus ovejitas, a traerles la fe y con ella la palabra que da los heroísmos inesperados, los máximos holocaustos. ¡Duce! Esta palabra mágica hace palpitar el corazón como si el destello eléctrico lo atravesase, nosotros, los pobres, olvidamos como por encanto nuestras miserias y corremos a las plazas para admiraros, magnánimo de Vuestra paternal sonrisa que brilla entre los centelleantes aguileños [sic] que caracterizan Vuestra mirada, mirada de hombre destinado por el hecho a dominar los corazones, a formar de millares de voluntades una sola, la Vuestra [monismo]. Por desgracia las preocupaciones de la necesidad material nos perturba del éxtasis y como el padre me dirijo a Vos». Palabras que corroboran que Mussolini era todo un mito.

No obstante, no sólo la gente analfabeta alababa a Mussolini, también gente culta como Augusto Turati se rendían a los pies del Duce, y así lo pregonaba en 1928: «En 1922 Él marcha sobre Roma. Él es Italia en movimiento. La revolución continúa. Tras medio siglo de letargo, la nación crea su propio régimen. Surge el Estado de los Italianos. Irrumpe su poder. Se manifiestan sus virtudes. Su imperio se está formando. Este gran renacimiento […] llevará Su nombre. Se inicia en todo el mundo un siglo italiano: el siglo de Mussolini».

Con todo, Mussolini no empezó en el fascismo siendo desde el primer momento el Duce. Hasta 1921 muchos fascistas consideraban a Gabriele D'Annunzio como el Duce del fascismo, siendo también venerado por muchos liberales. D'Annunzio proclamaba abiertamente que no era un simple poeta. El establishment liberal temía a D'Annunzio dada su alta popularidad. Sin embargo, D'Annunzio no poseía la prudencia que caracterizaba a Mussolini, el cual sabía cuando había que actuar violentamente y cuando no, cuando había que usar la legalidad y cuando no. Pero D'Annunzio era considerado por muchos como un héroe nacional. D'Annunzio puso a prueba la debilidad del establishment al tomar con sus tropas la ciudad de Fiume, la «Ciudad en la Colina», situada en Yugoslavia. Incluso muchos socialistas vieron con buenos ojos a la figura de D'Annunzio porque en su Constitución para Fiume –la que se llamó «Carta di Carnaro»– se fusionaban tanto ideas izquierdistas como derechistas, siendo algo caótico y contradictorio. Hay que decir que buena parte de lo que se llamó fascismo se incubó en las hazañas que el poeta soldado hizo en Fiume. Al ser Fiume reconocida como ciudad libre en el Tratado de Rapallo en noviembre de 1920, D'Annunzio respondió al gobierno Italiano de Giolitti ocupando las islas de Arbe y Veglia, empresa que fue rápidamente liquidada por el gobierno italiano. Fiume fue ocupada en 1922 por las tropas italianas, pero fue recuperada en 1924, cuando Mussolini ya estaba pisando fuerte en el poder.

Mussolini era una personalidad muy conocida por los ambientes nacional-revolucionarios, y uno de los protagonistas que más hizo por la intervención en Italia en la Primera Guerra Mundial (cosa por la que fue considerado «traidor» por el Partido Socialista Italiano, siendo expulsado de él). Pero sus cualidades políticas y su carisma hacían que superase a viejos y nuevos fascistas. Pero para entonces su figura como Duce no era totalmente aceptada. En los inicios, cuando se organizaron los Fasci di Combattimento, Mussolini era tan sólo un mero componente

de la Oficina de Propaganda y de Comisión ejecutiva. Todo lo que proponía era discutido como se discutía lo que proponía cualquier miembro, es decir, era uno más. Pero los fascistas más adheridos a Mussolini eran aquellos que le acompañaban desde los tiempos del socialismo. Mussolini era el «camarada Benito», el que fundó los Fasci italiani di combattimento, el director del periódico Il popolo di Italia, periódico que no era el órgano oficial del fascismo, lugar que ocupaba el Fascio. Fue en un congreso en noviembre de 1921 cuando Mussolini emergió como «Duce del fascismo», y no por méritos carismáticos sino políticos. Pero incluso tras la «marcha sobre Roma», Mussolini tuvo rivales por ocupar el puesto de Duce. En 1924 el corresponsal de Londres de la «gente de Italia», Camillo Pellizi, le dijo al «Honorable Presidente Mussolini» que «el Fascismo no se resume en Vd.». Todavía no se imponía soberanamente el mito del Duce en las instituciones fascistas. Los enfrentamientos internos del partido auparon a Mussolini como Duce del fascismo. El mito de Mussolini como Duce del fascismo cohesionó a los ducetti, cuya colaboración se hacía imposible sin someterse consensualmente bajo la tutela del Duce: «sus problemas y sus casos personales podían resolverse solamente mediante el mussolinismo y el ducismo».

En 1926 el proceso de canonización de Mussolini como Duce del fascismo empezó a fraguarse en forma de un gigantesco mito, pues era presentado como el hombre más grande de cuantos hubo en todos los tiempos (lo cual era una cosa totalmente intolerable para la Iglesia católica, porque Mussolini quedaba por encima de Cristo). Sobre este mito se basó la propaganda para fascistizar a las masas, las cuales fueron fascistizadas gracias al innegable carisma de Mussolini. Las nuevas generaciones veían al Duce como el nuevo César, como el fundador de una nueva era para Italia, Europa y la humanidad, que sería una civilización itálica (cuyas anamnesis estaban basadas en el Imperio Romano). Para ello era necesario que todos los italianos aprendieran a «creer, obedecer y combatir» en el nombre del Duce, y así Italia sería una nación grande; sería, por decirlo de algún modo, primera potencia mundial, el imperio hegemónico mundial, la nación que lleva, por decirlo con palabras del Hegel, la antorcha de la universalidad, la nación dominante, la nación del futuro, del futuro fascista Benito Mussolini como Duce, es decir, como líder, no sólo ya de Italia sino del mundo; como si la Historia entera fuese cómplice de su fascismo.

La mística del Duce inaugura el fascismo místico, el fascismo del delirio, de un delirio al fin y al cabo racionalizado, porque los mitos, como bien ha señalado Gustavo Bueno, son racionales, tienen logos. El caso del mito del fascismo místico es un caso de mito oscurantista y confusionario, un mito que señala a Mussolini como Primer Motor del fascismo, como la sustancia de la doctrina, como el Ser Necesario para que el fascismo tenga esencia y existencia. El mito del Duce ve en Mussolini al ser cuya esencia es su existencia, pues sin su existencia el fascismo sería imposible. Como dice Emilio Gentile, «El fascismo ha sido, también, el primer movimiento político del siglo XX que ha elevado el pensamiento mítico al poder, consagrándolo como forma superior de expresión política de las masas y fundamento moral para su organización» (Fascismo, pág. 163). Pero es la figura de Benito Mussolini el mito fundamental del Fascismo. Ya se vio antes que para muchos Mussolini sin fascismo era posible, pero un fascismo sin Mussolini sería imposible, porque el fascismo estaba religado al Duce, al Primer Motor, al Dios del fascismo, a Benito Almicare Andrea Mussolini; el cual era un líder, un guía, un Mesías, porque era el Caudillo que regirá al pueblo imperialista italiano, a la nación joven y emergente. En 1932 Mussolini estaba más allá del partido, se entendía, como si tratase de la primera hipóstasis neoplatónica, como el epekenia tes usías del PNF, como el Uno que desbordaba al partido, como «institución política», como el verdadero guía y representante de la revolución. Su figura era el centro de atención de la dirección realmente existente de la política real italiana, y ello era necesariamente así.

Con todo ello, la figura del Duce, del todo exaltada, no disminuía a la figura del rey, cosa

que me parece de lo más asombrosa. Tan asombrosa que esa «diarquía» de la que se habla suena a dualismo metafísico, la dualidad armónica entre el rey y el Duce; pero si el Duce era «la institución fundamental, efectiva, dinámica y disciplinante de toda la vida del Estado», ¿cuál era entonces el papel del rey? Vamos a ver, si Mussolini era alabado casi como un Dios, cómo es que entonces compartía su liderazgo con la figura de un rey (eso es como si Dios compartiese su infinita existencia con otro Dios o algo por el estilo); eso es como si Alejandro Magno o Julio César (o incluso el propio Hitler) que fueron líderes y emperadores carismáticos tuviesen otro rey o algo por el estilo; ¿cómo fue, pues, posible la compatibilidad y convivencia del Duce con el rey? Hay que decir aquí, aunque los izquierdosos recalcitrante se pongan de uñas, que si lo vemos desde el dualismo metafísico de izquierda/derecha el rey era de derechas (un rey por definición nunca puede ser de izquierdas) y el Duce de izquierdas, porque los inicios (y el final) del fascismo fueron republicanos; y el republicanismo, como lleva entendiéndose dicha expresión desde la Revolución francesa, y disculpen por la perogrullada, es de izquierdas, porque se enfrenta a las instituciones del Antiguo Régimen (al trono y al altar, no olvidemos el anticlericalismo inicial del fascismo); en definitiva: los fascistas (que para muchos «alumbrados» fueron la encarnación misma de la derecha más reaccionaria, cuando hemos dicho que se trata de una derecha no alineada con la modulaciones tradicionales de la derecha) se enfrentaban también a los residuos institucionales del Antiguo Régimen, a la derechona, y también, como se ha visto, a la derecha liberal (si es que el liberalismo es de derechas o de izquierdas, dada la dificultad que presenta el «embrollo del liberalismo»). Hemos dicho que el fascismo no es una derecha tradicional porque su función no consistía en ser una reacción agresiva de la vuelta al Antiguo Régimen. El fascismo estuvo a años luz de eso.

Así pues, tras muchos avatares, antes de la guerra, en 1939, el catecismo fascista rezaba así: «EL DUCE, Benito Mussolini, es el creador del Fascismo, el renovador de la sociedad civil, el Jefe del pueblo italiano, el fundador del Imperio». Es curioso que fuese llamado «fundador del Imperio» cuando él nunca fue llamado emperador, título que correspondía a Vittorio Emmanuel III, llamado «rey-emperador». Cierto es que la monarquía italiana era una monarquía parlamentaria («el rey reina pero no gobierna»). El rey era un emperador sin gobierno, un «rey-emperador» de papel. Lo que el Duce y sus secuaces hicieron fue transforma esa monarquía parlamentaria en una dictadura fascista, un régimen político muy peculiar y muy extravagante (como extravagante era la personalidad de Mussolini).

Para más inri Mussolini era considerado el hombre más grande de todos los tiempos porque sintetizaba toda la grandeza de los grandes hombre: «Alejandro Magno y César [los cuales no tuvieron, como hemos dicho, que soportar a un rey, y ni mucho menos, ¡faltaría más!, a un rey-emperador], Sócrates y Platón, Virgilio y Lucrecio, Horacio y Tácito, Kant y Nietzsche, Marx y Sorel, Maquiavelo y Napoleón, Garibaldi y el Soldado Desconocido». (O. Dinale, cit. En Biondi, La fabbrica del Duce, cit., pág. 223). Sin embargo, Mussolini, como hemos dicho, era una persona extravagante, un tipo raro, podríamos decir. Tullio Cianetti hace una ilustración paradigmática de lo que supuso el fenómeno mussoliniano: «Soy un ministro de Mussolini, estoy junto a una gran figura de la Historia, un auténtico creador de Historia. He amado tanto a este hombre fascinante, y ciertamente lo amo todavía. En veintiún años no han faltado las desilusiones, pero la vida no está sólo hecha de flores y perfumes. Mussolini es quizá la figura más desconcertante entre los dirigentes que se conocen: habla como un genio, pero resbala en la puerilidad más banal; parte con firmeza y se entretiene con caprichos de crío mimado; predica como un gran iniciado y deja perplejos con una frase de cinismo; se somete a un trabajo desmesurado por su pueblo y ostenta el desprecio por los hombres; invoca a Dios, pero se complace en enunciar herejías; no obstante, casi siempre es un gran hombre al que se ofrece gustosos la mejor parte de uno mismo».

Como epítome de la vesania, el mismo Mussolini quedó imbuido de su propio mito, ¡se creía el mito, lo cual le hace quedar peor! Mussolini se veía a sí mismo como el educador de las masas, como el fascistizador de las masas, como el director (el dictador, porque dictaba) de las masas hacia el modelo fascista. Estas masas debían de llevar a Italia hacia la grandeza, hacia el Imperio. Al llegar las derrotas consecutivas en batallas decisivas de la Segunda Guerra Mundial, y los fracasos venían unos detrás de otros, en una monumental crisis, Mussolini empezó al culpar a los italianos de ser una materia mala con la que su talento no podía trabajar, el pueblo italiano no era digno del Duce (toda una paradoja). Los italianos eran, pues, material de mala calidad. Pocos días después de entrar en la guerra ya decía que «es la materia lo que me falta. También Miguel Ángel necesitaba el mármol para hacer las estatuas. Si hubiese tenido solamente arcilla, habría sido sólo un ceramista». Una postura curiosamente antipatriótica, lo cual demuestra lo raro que era este tío.

Fascismo e intelectualismo

El fascismo ha sido considerado como algo bárbaro y estúpido, sin embargo tuvo sus «intelectuales» como el filósofo Giovanni Gentile, el historiador Gioacchino Volpe, o jóvenes intelectuales como Giuseppe Bottai. La filosofía fascista era básicamente vitalista, y por tanto monista. El mismo Mussolini fue alumno de Pareto en Suiza. Mussolini había leído a Sorel, conocía a Bergson, y sobre todo era un apasionado de la literatura filosófica de Nietzsche (no hay que olvidar que Hitler le regaló las obras completas). Pero Mussolini no era un teórico, no era un tratadista, era un hombre de acción. Para Mussolini «la doctrina es el acto» y «el fascismo no necesita dogma, sino disciplina». Pero hemos visto que el intelectualismo fascista, por así llamarlo, estaba plagado de mitología, una mitología que no sólo no se ocultaba, sino que se ensalzaba; el fascismo era visto, y así se lee en los cursos de preparación política que implantaban los fascistas (con tal de fascistizar a las masas), como «la acción creadora libre y volitiva de particulares grupos de hombres que actúan bajo la influencia de mitos sociales». El fascista, como dice Emilio Gentile, «no elegía una doctrina ni la discutía, porque era, sobre todo, un creyente y un combatiente». Para que se vea como muchos de los intelectuales de la época no despreciaban al fascismo léase esta declaración de Freud (el psicoanalista ateo judío), la cual decía de Mussolini lo siguiente: «de este anciano que saluda al héroe de la cultura».

La «cultura» fascista era mítica, y estaba fundada en un sentido trágico y activista de la vida, la cual era concebida como la manifestación de la «voluntad de poder». La juventud era vista como un mito que realizaba la historia, siendo eso posible a raíz de la militarización de la política que simbolizaba el paradigma de la colectivización nacional. La ideología fascista era de carácter «antiideológico» y pragmático, y se declaraba como fervorosamente antimaterialista (por tanto espiritualista), antiindividualista (por tanto colectivista), antiliberal, antidemocrática, antimarxista, anticapitalista y tendía hacia un cierto populismo. Su meta era, pues, el «hombre nuevo», con claras resonancias al Superhombre de Nietzsche. Esta concepción del hombre nuevo no sólo albergaba ideas nietzscheanas, sino también incluía ideas de Sorel, Pareto, Le Bon, de los críticos de la ciencia, de los profetas del ocaso de Occidente (Spengler), y de los filósofos del vitalismo, los cuales postulaban la muerte de la razón por culpa de la misma razón. En 1921 el propio Benito Mussolini afirmó: «El fenómeno fascista italiano debe aparecerse a Tilgher como la más alta y más interesante manifestación de la filosofía relativista; y si como Wahinger (sic) afirma, el relativismo se anuda en Nietzsche y a su Willen zur Macht, el fascismo italiano ha sido y es la más formidable creación de "voluntad de poder" individual y nacional».

También el hombre nuevo tenía resonancias platónicas, pues los fascistas serían modernos platones que edificarían un Estado orgánico y dinámico, siendo la política un valor totalmente absoluto (otra cuestión metafísica, pues el Estado quedaría hipostasiado como un todo). El fascismo

estaba imbuido en una «ideología del Estado», en una idolatría del Estado, ya que, como hemos visto, el Estado era un fin en sí mismo; el Estado fascista era el fin del fascismo, el cual conducía al imperialismo.

Los fascistas, como hemos dicho, respetaron la propiedad privada, pero querían «humanizar» el capitalismo, por eso ensalzaban los valores «espirituales»; con lo cual estaban en contra del mito de la producción industrial y del culto a la máquina, lo cual los acerca un poco al ecologismo (Hitler, que no era fascista, sí era ecologista). Los fascistas veían en el materialismo la filosofía del comunismo y del capitalismo, por eso eran «antimaterialistas». Como dijo el filósofo neoidealista Giovanni Gentile en 1924 refiriéndose a la marcha sobre Roma, el fascismo pensaba «contra todas las ideologías del siglo anterior: la democracia, el socialismo, el positivismo y el racionalismo»; para Gentile, la marcha sobre Roma «fue la vindicación de la filosofía idealista». Está claro, pues, que el fascismo era antimaterialista, ya que, aparte de autodenominarse así, estaba inmerso en una metafísica monista, en un monismo teleológico, cuya finalidad era el Estado totalitario y el Imperio Italiano, es decir, Italia como primera potencia mundial, para así poder abrir la boca para asuntos que conciernen a la humanidad (en palabras de Thomas Mann).

En varias ocasiones algunos energúmenos han llamado a Gustavo Bueno «fascista». En una ocasión alguien le dijo a Bueno: «Usted es Gustavo Bueno, ¿verdad?», respondiendo don Gustavo con esa ironía implacable que le caracteriza: «De momento sí». «¡No sabe usted que es un fascista!», a lo que replicó don Gustavo: ¿Qué es un fascista? El energúmeno, al parecer, dijo tonterías por respuesta y no supo argumentar nadad. «¡Váyase usted a leer un poco, hombre!», le recriminó don Gustavo al energúmeno al mismo tiempo que lo empujaba. Pues eso, decirle desde estas páginas al energúmeno ese que lea El mito de la izquierda, El mito de la Derecha, Zapatero y el Pensamiento Alicia, El fundamentalismo democrático y que luego vuelva.

Fascismo y modernismo

Stanley G. Payne

La interpretación del fascismo ha suscitado el que es posiblemente el problema de análisis político más difícil y enojoso en la historia de la Europa del siglo XX. Aunque el fascismo tenía claras raíces en el fermento cultural y político de la última parte del siglo anterior, su repentina irrupción tras la primera guerra mundial supuso una sorpresa. No se había predicho y parecía ser una excepción única a los movimientos revolucionarios establecidos, generalmente izquierdistas, obreristas e internacionalistas. El fascismo no era ninguna de esas cosas. Los comunistas reconocieron en un principio que el fascismo presentaba analogías con el estilo y las tácticas revolucionarias y violentas del bolchevismo, pero en años posteriores tanto los marxistas como los liberales occidentales se mostraron de acuerdo en al menos un punto fundamental: el fascismo era reaccionario, antimoderno, una sublevación contra la modernidad.

El «debate sobre el fascismo» protagonizado por los expertos a escala internacional en los años sesenta y setenta intentaba alcanzar una mayor objetividad y exhaustividad, pero tuvo dificultades para llegar a ninguna conclusión clara y compartida. El debate se apagó posteriormente en cierta medida durante los años ochenta, pero acabaría reviviendo en la década final del siglo. Esta fase más reciente del estudio del fascismo se ha visto fuertemente influida por el «giro cultural» en la historia, y ha estudiado mucho más que anteriores investigaciones la cultura y la estética fascistas, o su empleo del arte, la propaganda y el espectáculo. Gracias a ello ha adquirido un entendimiento más completo del carácter moderno de las técnicas y prácticas fascistas, y también de los temas y el contenido tanto de la cultura fascista como, también, de las ideologías fascistas.

El más destacado de los nuevos expertos surgidos en las dos últimas décadas es el historiador británico Roger Griffin, de la Brookes University de Oxford.Tras publicar The Nature of Fascism (1991), que presentaba una nueva teoría del fascismo genérico, editó la mejor publicación en un solo volumen de textos escritos por los propios fascistas, Fascism (1991), la mejor antropología de interpretaciones del fascismo, International Fascism:Theories, Causes, and theNew Consensus (1998), y más tarde (con Michael Feldman) la imponente y exhaustiva antología en cinco volúmenes Fascism: Critical Concepts in Political Science (2004).

Modernism and Fascism es el mejor y más importante libro de Griffin, y se propone presentar una nueva interpretación de una de las dimensiones más importantes del fascismo. Los recientes cambios en el estudio del fascismo, ya mencionados, han preparado un ambiente receptivo, pero Griffin va mucho más allá de temas monográficos para presentar un análisis global de la relación entre fascismo y modernismo.

Tras un capítulo inicial que pone de relieve las «paradojas» del modernismo fascista, dedica un total de cinco capítulos, el equivalente de ciento cincuenta páginas, a presentar una definición e interpretación del modernismo y de sus diversas formas de manifestarse. Ésta es probablemente la interpretación del modernismo más sofisticada que se ha formulado en ningún ámbito, y representa un logro en sí misma, ya que Griffin no se ocupa simplemente del modernismo artístico e intelectual, sino también del «modernismo programático», la expresión del modernismo en proyectos políticos y sociales a partir de la segunda mitad del siglo XIX . La mayor parte de los estudios anteriores se habían limitado a poco más que el modernismo estético («epifánico», en la terminología del historiador británico) y generalmente se han desdeñado por completo sus dimensiones social y política.

Esto requiere, por supuesto, una distinción entre los procesos normales de «modernización», la existencia de diversos estados de «modernidad», y el «modernismo», que adopta la forma de una crítica y de un proyecto o proyectos.Al igual que algunos otros analistas, Griffin data el comienzo del modernismo a partir de mediados del siglo XIX , y se habría originado en una revuelta contra lo que se percibía como la decadencia y la deformidad que estaba pasando a ser supuestamente característica de la modernidad en sus formas actuales. El modernismo dio origen a una serie de proyectos para, a partir de aquel momento, revitalizar la modernidad y darle lo que se percibía como una expresión y una forma más verdaderas, más auténticas.Así, en la interpretación de Griffin, «el modernismo es un término genérico para un enorme despliegue de iniciativas heterogéneas, individuales y colectivas, que se llevaron a cabo en las sociedades europeizadas en todos los ámbitos de la producción cultural y la actividad social desde mediados del siglo XIX en adelante. Su común denominador se halla en el intento de lograr una sensación de valor, significado o propósito trascendentes a pesar de la progresiva pérdida de un sistema homogéneo de valores y una cosmología dominante de la cultura occidental provocada por las fuerzas secularizadoras y desarraigadoras de modernización».

Existe una distinción fundamental entre el modernismo y lo que se ha denominado más recientemente posmodernismo, y es que el modernismo proponía alternativas específicas y enfáticas, mientras que el posmodernismo plantea únicamente una elección permanente. El modernismo fascista sería así absolutamente congruente con lo que el crítico estadounidense Ihab Hassan llamó el principio de autoridad en el modernismo, en contraposición al principio de anarquía del posmodernismo. Otra diferencia entre el modernismo y el posmodernismo estriba en que mientras que los modernistas rechazaron drásticamente los aspectos clave de la cultura, la sociedad, la economía y la política de la modernidad, los posmodernistas generalmente aceptan y reflejan las tendencias culturales, sociales y económicas de la así llamada época posmoderna.

Los orígenes del fascismo italiano en la rivoluzione mancata (revolución frustrada) de

la Italia del siglo XIX y su estrecha asociación con la revuelta modernista de comienzos del siglo XX en la intelligentsia y la élite artística italianas son generalmente bien comprendidos por los especialistas, a pesar de que no son percibidos normalmente por la opinión común. El dominio continuado del estereotipo habitual quedó demostrado en una fecha tan reciente como 2006, cuando un nuevo documental británico sobre arquitectura moderna expresó su sorpresa por el hecho de que el famoso escritor fascista Curzio Malaparte hubiera pedido que le construyeran una casa ultramodernista como su residencia personal en Capri.

Desde el comienzo mismo, el fascismo italiano se asoció íntimamente con sus propias formas de modernismo. Junto con el comunismo soviético, fue una de las dos grandes y novedosas formas radicales de «modernismo programático» de la década de 1920.Abrazaba de lleno el estilo modernista, y la arquitectura «racionalista» (el término italiano para referirse a la arquitectura modernista) se convirtió en el estilo semioficial del régimen.

El más amplio objetivo programático era crear una nueva revitalización moderna de la nación, con una estructura y un proyecto políticos nuevos que desarrollaran una nuova civiltà (nueva civilización). El fascismo habría así de convertirse en la revolución del siglo XX , del mismo modo que el nacionalismo y el socialismo habían sido las revoluciones del siglo anterior, y la democracia la del siglo XVIII . El modernismo programático no rechazaba todos los aspectos del pasado y de la cultura y la sociedad tradicionales, pero insistía en la creación de una nueva síntesis que combinara aspectos de esta última que siguieran siendo vitales y útiles con nuevos ideales y estrategias que habrían de construir un nuevo proyecto moderno y único. Rechazaba los aspectos «decadentes» de la modernidad, pero abrazaba de manera entusiasta lo que concebía como los objetivos más elevados del modernismo creativo en economía, tecnología, reforma legal e institucional y expansión nacional, todo ello fundamentado en la más esencial de las revoluciones modernistas: la creación del «hombre nuevo» con un vitalismo, una fuerza y un dinamismo fascistas.

Esto planteaba la revolución de la nación, no la clase, como la síntesis de la moderna revolución política, social y cultural para producir lo que Mussolini pasó a concebir como una «competencia revolucionaria» entre la Italia fascista y la Unión Soviética, una competencia que él pensaba que ganaría con seguridad el fascismo porque se basaba en las realidades más profundas de la nación, de la economía moderna y de las fuentes genuinas de la motivación humana.Todo ello se expresaba en el objetivo supremo fascista del «totalitarismo» (el concepto es una invención fascista), a pesar de que su plasmación concreta resultara ser mucho más difícil.

Griffin se vale de sus propias investigaciones y del trabajo de destacados especialistas durante la última década aproximadamente: estudiosos como Emilio Gentile (el más relevante historiador vivo del fascismo italiano), Mark Antliff, Ruth BenGhiat, Claudio Fogù, Diane Ghirardo, Jeffrey Schnapp, Angelo Ventrone y otros. Un aspecto, sin embargo, que no se examina con tanta claridad es el proyecto del imperialismo fascista –la nueva romanità en el extranjero– que revelaría algunos de los mismos elementos, con el derroche de riqueza desplegado en un proyecto como la construcción de la infraestructura económica de una moderna «Etiopía italiana» a partir de 1936.

No obstante, el eje fundamental del libro no es el análisis del fascismo italiano, sino el estudio del modernismo del nacionalsocialismo alemán que, junto con el extenso análisis introductorio del modernismo, constituye uno de sus dos principales logros. Durante algún tiempo, un número considerable de estudiosos han planteado una distinción entre los regímenes italiano y alemán, tomando a la infradesarrollada Italia de Mussolini como un régimen «modernizador» (aunque no modernista), en contraste con una industrializada Alemania nazi, cuyo régimen se tiene por «reaccionario». Esta distinción era

básica para la interpretación más amplia del gran historiador italiano Renzo de Felice, que en el momento de su muerte en 1996 estaba considerado como el decano de los estudiosos del fascismo italiano y también como el más importante historiador italiano de su generación.

Todos los especialistas se mostrarían de acuerdo en que el nazismo fue un movimiento que buscaba la regeneración y la revitalización, pero incluso Enrst Nolte, que contribuyó a generar el «debate del fascismo» de los años sesenta, señaló que rechazaba la «trascendencia». Durante los años setenta, e incluso más allá, persistió la antigua interpretación del nazismo como intrínsecamente reaccionario, aunque ninguno de los muchos que suscribieron esta idea pudieron identificar ninguna Alemania histórica o tradicional anterior que Hitler pudiera haber perseguido restaurar. Jeffrey Herf intentó más tarde la cuadratura de este círculo introduciendo el concepto de Reactionary Modernism (1984).

La evidente invocación de factores y valores primordiales por parte de los nazis, combinada con su oposición tanto al liberalismo como a la izquierda, fueron las características principales que impulsaron durante mucho tiempo el concepto de «nazismo reaccionario». Lo que esto pasaba por alto es que lo característico del modernismo era la combinación de lo subjetivo y lo no racional con nuevas formas en la búsqueda de una síntesis novedosa de estas cosas con los estilos y modos de tecnología y organización más recientes, un modelo frecuentemente repetido en el modernismo programático. Como escribió Modris Eksteins en su incisivo tratamiento del modernismo de comienzos del siglo XX en Rites ofSpring (1989): «El nacionalsocialismo fue un producto más del híbrido que ha sido el impulso modernista: el irracionalismo cruzado con el tecnicismo. [...] La intención del movimiento era crear un nuevo tipo de ser humano del que nacería una nueva moral, un nuevo sistema social y, a la larga, un nuevo orden internacional». Esto combinaba conceptos de un «imaginario histórico» con valores y ambiciones radicalmente nuevos. El resultado no era una vuelta a una utopía preindustrial «reaccionaria» (que hace que el nazismo se parezca más al Portugal de Salazar), sino una «modernidad alternativa» nueva y radical en la que el Tercer Reich habría de estar a la cabeza del mundo en tecnología al tiempo que construía una utopía que combinaba todos los valores primordiales de la raza con nuevas formas del siglo XX.

Del rechazo oficial por parte de Mussolini de «los principios de 1789» –en referencia al liberalismo y el racionalismo normativo, una posición evidentemente defendida por Hitler– ha surgido una notable confusión. Esto ha dado lugar a la suposición habitual de que el fascismo rechazaba in toto los principios de la Ilustración del siglo XVIII, pero se trata de una conclusión en exceso reduccionista. El fascismo rechazaba los principios de 1789, pero abrazaba algunos de los principios fundamentales de 1793: la primacía de la nación, la solidaridad, la revolución y la redención por medio de una especie de religión profana. Se inspiró en importantes corrientes del pensamiento ilustrado, como la sustitución del cristianismo ortodoxo por un concepto diferente de Dios y trascendencia, la sustitución de la ley natural tradicionalmente sagrada por una completamente profana y la adopción de nuevos conceptos de naturaleza y sociedad. Fue esencial el concepto de una nueva jerarquía de lo ilustrado, artísticamente avanzado y culturalmente superior, corrientes de pensamiento que en la Ilustración habían coexistido con el semiuniversalismo. La fe en el progreso y el renacimiento profanos, un nuevo optimismo profano, surgió inicialmente de la misma fuente, como lo hizo la orientación hacia una «humanidad superior» basada en principios profanos. Las doctrinas de la Ilustración habían planteado la necesidad de una dirección y gobierno de élite, el dominio del voluntarismo humano y el triunfo de una nueva voluntad cultural y reformista, y habían introducido una nueva distinción entre sectores de la sociedad productivos e improductivos. En el siglo XVIII esto adoptó en ocasiones el aspecto de una reforma enormemente autoritaria, y en sus manifestaciones extremas posteriores puso el

énfasis en un cambio revolucionario drástico y violento, que afectó a amplias esferas de la vida política, social y cultural, con el objetivo de lograr una nueva uniformidad dentro de la nación. La Revolución Francesa aportó el primer ejemplo de introducir una religión profana nueva y radical, acompañada por un teatro público y una liturgia política nuevas que inculcar a las masas. Fue también la Ilustración la que inició la práctica de una clasificación racial de la humanidad.

Nada en política es más típicamente moderno que el mito de la nación, llevado a un mayor extremo en la Alemania nazi que en ningún otro lugar. A este respecto, Griffin señala convincentemente que el famoso Mein Kampf de Hitler fue un documento prototípicamente modernista, que hacía especial hincapié en las numerosas semillas de declive que llevaba aparejada la modernidad. Más que volver a una cultura del tradicionalismo o el cristianismo histórico, Hitler ofreció un programa enteramente modernista de redención que combinaba lo racialmente primordial e irracional, por un lado, y un proyecto político radical que habría de introducir una nueva época milenaria.

Los historiadores han solido seguir el ejemplo del rechazo de Hitler en 1933-1934 a determinados tipos de modernismo estético que habían sido abrazados anteriormente por el principal activista cultural del movimiento y su responsable de propaganda, Paul-Joseph Goebbels. Lo que obviaron fue que el objetivo de Hitler era reemplazar el estilo expresionista (que él asociaba con el Kulturbolschewismus, la forma decadente de modernismo) con una nueva forma de arte orientada hacia el futuro que combinaba lo clásico y racialmente arcaico con nuevas formas de expresión que se valían de las técnicas más avanzadas. Griffin continúa catalogando una larga serie de usos de estilos, motivos y técnicas modernistas en el arte, la arquitectura, la escultura y la música nazis, todos los cuales aspiraban a crear un nuevo arte para el Reich.

El énfasis muy extendido en la tecnología avanzada, no simplemente en sistemas armamentísticos, sino en muchos sectores de la economía, exige una menor atención, ya que se trata de algo más conocido. El Tercer Reich desarrolló un especial modernismo tecnocrático asociado con la nueva y drástica planificación social y política para el futuro promovida por cualesquiera movimientos revolucionarios. Quizás el aspecto más exclusivo del Reich fue el énfasis en su interpretación de la biología y la «biopolítica», que combinaba lo primordial con un impulso único hacia una utopía biológica modernista, que combinaba el exterminio masivo basado en las más recientes técnicas científicas y la creación/invención biológica de una «raza dominante» pura, la única propuesta de la historia moderna que convierte a una nación en una especie de laboratorio frankensteiniano. «Ciencia enloquecida», sin duda, pero un tipo de ciencia de una modernidad alternativa sin ningún precedente tradicionalista. En vez del «nuevo hombre» soviético basado en la clase y el materialismo pseudocientífico, esto produciría un nuevo hombre basado en la raza, la biogenética y la cultura vitalista, que desde el punto de vista de Hitler era el superior de los dos proyectos de «revolución antropológica». El Tercer Reich fue también modernista por ser el «más verde» de todos los regímenes radicales, el primero en poner freno al tabaco, ya que buscaba introducir una drástica ecología alternativa. Griffin admite de buena gana que todo esto suponía una reacción contra formas dominantes de modernidad, pero subraya en todo momento que una reacción así fue siempre esencial para el modernismo, ya que éste buscaba introducir expresiones y conceptos nuevos, radicales y auténticos que sustituyeran a las formas de modernidad decadentes, falsas y destructivas. La interpretación tradicional del fascismo no era, así, tanto errónea cuanto drásticamente reduccionista e incompleta. Griffin presenta una perspectiva mucho más exhaustiva.

Este estudio se apoya fundamentalmente en Italia y Alemania, los dos únicos países en que los regímenes fascistas se mantuvieron en el poder durante períodos prolongados, pero al final del libro Griffin plantea la cuestión del modernismo en relación con los movimientos fascistas menos importantes. Hace mucho tiempo que se ha reconocido el modernismo

literario e intelectual de los escritores fascistas franceses, al igual que ha sucedido con lo que podría llamarse el modernismo económico o la sofisticación de las ideas de Mosley y la Unión de Fascistas Británica. En Latinoamérica, los integralistas brasileños formaron el movimiento de tipo fascista de mayores dimensiones de la región, que introdujo su propia doctrina, absolutamente personal, de sincretismo racial y la «cuarta era de la humanidad», algo que podía compararse con el modernismo fascista de Europa, a pesar de ser muy distinto en su contenido específico.Al contrario, el neotradicionalismo cultural y religioso del régimen de Franco, así como las propias prioridades políticas del dictador, impidieron toda revolución fascista o modernista en España.

El movimiento con la fama más intensa de antimodernismo, aunque ciertamente no de tradicionalismo, fue la intensamente mística Legión del Arcángel Miguel, con su fuerte sincretismo de política extremista y religiosidad ortodoxa. Rumanía, no España, fue el país menos secularizado en el que surgió un movimiento fascista importante, y produjo la doctrina más inequívocamente sincretista. Lo que resultó sorprendente, sin embargo, fue el atractivo que tuvo la Legión entre los escritores, estudiantes y profesores universitarios modernistas del país, e incluso entre los científicos, que estaban aparentemente convencidos de que la crisis de modernidad y de materialismo requería una nueva revolución del espíritu. Algunos de estos escritores e intelectuales intensamente modernistas, como Mircea Eliade y Emil Cioran, alcanzaron más tarde fama internacional.

Lo que ha logrado Griffin es situar el fascismo dentro de sus plenas dimensiones históricas con mucha mayor claridad de lo que habían hecho los análisis reduccionistas anteriores. Nos ha brindado tanto un gran estudio del modernismo propiamente dicho como de la amplia variedad del carácter modernista del fascismo.

Modernismo y fascismo

Cecilia Morán

Roger Griffin, historiador inglés y catedrático de Historia Contemporánea, deja un gran legado, no tan sólo a los historiadores o aficionados a la temática fascista sino que también a quienes se interesan por los estudios del modernismo, al ser capaz de vincular pulcramente la relación entre ambos. No está de más agregar que le antecede un gran prólogo de Stanley Payne, quien señala que es una obra sobre el fascismo de enorme valor.

Desde las primeras líneas, Griffin clarifica que en este libro no sólo pretende estudiar el fenómeno fascista sino que, de igual forma, se plantea indagar en el terreno de la naturaleza de la modernidad y del modernismo. Para el autor el fascismo es una forma o una variante del modernismo, lo que viene a refutar en primera instancia a quienes lo califican de fenómeno antimoderno o como reaccionario, pero lo esencial en su planteamiento es que se refiere a una complementariedad entre fascismo y modernismo, destacando que no pretende que esto sea un tema contestable, sino que procura ofrecer al lector una nueva y desafiante interpretación global.

Su estudio se enmarca en el periodo de entreguerras, espacio temporal de características fundamentales, pues precisamente ahí se habría gestado en italianos y alemanes aquella idea de "hacer historia", de trascendencia y de renovación —utilizando la misma expresión del autor— aprovechando las posibilidades que se presentaban, y qué mejor que realizarlo materializando las ideas de cambio en las que los fascistas de aquel periodo confiaban y con ellas pretendían generar la renovación histórica, la nueva cultura que emplearía al arte como un fin en sí mismo, la nueva sociedad, la variación en el sistema estatal, y el nacimiento de una nueva estirpe de humanos definidos por mitos nacionales y raciales.

Griffin, a pesar de aunar diferentes dimensiones nacidas de las humanidades con la finalidad de obtener de ahí una interpretación, aclara que su intención no se acerca a una metanarrativa, tiene claro que hay varios espacios de estudio a los que debe acudir pero sólo lo hace por la necesidad, porque los unos y los otros son indispensables para llegar a la explicación. Así, el autor realiza una interpretación sinóptica de la relación entre modernismo, fascismo y nazismo. Aquella interpretación sinóptica de la que hablamos, alternativa por lo demás, refiere que el modernismo tiene la capacidad de colaborar y expresarse en movimientos sociopolíticos. Lo interesante es que lo mencionado le es posible forjarlo en movimientos, valores y política, tanto de izquierda como de derecha. En vista de que modernistas se involucraron en proyectos ultranacionalistas de renovación de derechas, y que postularon reorganizar el mundo, pero no desde la nada sino que intentando una utopía que nacía de algunos elementos escogidos del pasado considerados como apropiados y briosos, rechazando los considerados como degenerados (destrucción creadora), el autor toca un punto fundamental y es que sólo gracias a ello se explica por qué artistas de vanguardia, entre ellos el futurista Marinetti, abrazaron el fascismo al igual que los políticos que objetaban el tiempo presente, ansiosos por el establecimiento de un nuevo tiempo, de la renovación. Esta es la gran arista que explica aquella relación entre fascismo y modernismo como fenómeno alternativo, rechazando así las ideas hasta ahora concebidas por estudiosos sobre modernismo y modernidad, sobre todo las que lo vinculan únicamente con progreso y liberalismo.

La obra está dividida en dos partes que tienen en común intentar solucionar el problema de las constantes aporías que presenta la relación entre fascismo y modernismo. En la primera de ellas expone desde un campo marcado por lo multidisciplinario, todos aquellos factores que develan las distintas manifestaciones del modernismo en el fascismo y el nazismo, nacidas desde un mismo eje estructural, como la literatura, la pintura, la política la ciencia y hasta el ocultismo, sólo por nombrar algunos, ensayando esta exposición en un camino que da brincos entre expresiones propias del siglo XIX y otras nacidas en el propio periodo de entreguerras, tal es el caso de la obra de Hermann Broch, The Sleepwalkers.

Pero además de lo expuesto, examina desde la antropología, ya sea social y/o cultural, todos aquellos aspectos que conforman al modernismo político, poniendo especial énfasis en él como movimiento de revitalización y de transición a un nuevo orden por medio de un líder carismático, lo que explica su relación con el fascismo al comprender que surge en el contexto de una sociedad marcada por el cambio cultural y por una correspondiente angustia personal. En este sentido el fascismo viene a constituir el movimiento revitalizador por antonomasia. Sólo por dar un ejemplo explicativo, Griffin plantea el clima de decadencia psicológica producido por Gran Guerra, marcado por la experiencia de haber participado en ella lo que habría provocado un ansia de renacimiento. Pero eso no es todo porque, Griffin, y este es uno de los puntos interesantes de su propuesta, revisando la teoría política de Karl Marx, postula al marxismo como corriente modernista debido a que sus metas utópicas se derivaban de su propia "voluntad de trascendencia", tal como en 1995 lo había planteado Peter Osborne, postulado que pone al marxismo, al fascismo, al nacionalismo y a las vanguardias artísticas y culturales, dentro de los mismos cánones al remitirnos a la matriz cultural de la cual provienen, todos imbuidos del afán de estar emplazados en el momento exacto donde se planeaba comenzar una nueva historia.

En la segunda parte de la obra, el autor realiza la aplicación del marco teórico que esbozó en la primera parte, remitiéndose a demostrar cómo, tanto el fascismo italiano, como el nacionalsocialismo alemán fueron concretamente manifestaciones de esa ambición por el nuevo comienzo, aunque poniendo especial fuerza en el nacionalsocialismo como aquella expresión política de modernidad alternativa que reunió en sí misma todos los elementos que la constituyeron como tal, una opción al

sentimiento de crisis que traía aparejado el modernismo en aquel espacio temporal. En este aspecto el concepto de "hombre nuevo" es clave pues sólo este actor sería quien llevaría a cabo el cambio, tanto cultural como existencial, el que alcanzaría la real trascendencia y renacería en medio de aquel ambiente nihilista (deberíamos vivir sin esperanza) y en fin, de profunda decadencia moral. Esta es la íntima relación que Griffin establece entre modernismo y fascismo, una expresión político cultural que nace renovada, tomando los aspectos positivos del modernismo, tales como la tecnología y la apelación a las masas, pero a la vez sepultando aquellos que la socavaban. En este punto el autor aplica el término "palingenesia", pues, tanto fascistas, luego de conseguida la unificación, como los nazis, aspiraron a una renovación compuesta por elementos del pasado pero también por aquellos que la modernidad les ofrecía para realizarla, de ahí el concepto tan exacto de "modernidad alternativa", en este sentido el aporte de la vanguardia artística habría sido fundamental al suministrar los tipos de imágenes de nación.

En su análisis del fascismo, Griffin, como ya hemos destacado recurre a innumerables eruditos, ya sea historiadores, literatos, artistas, antropólogos, etc., para apoyar sus postulados, pero hay que hacer especial referencia al historiador Emilio Gentile, a quien recurre en innumerables ocasiones, sobre todo al esgrimir con respecto a la politización de la estética y de la construcción de una religión profana en Italia y sus implicancias en la construcción de la nueva modernidad y de consecuente regeneración y revitalización de la nación, lo que finalmente le otorgarían el poder necesario, lo cual se sustenta de manera impecable con la cita a fuentes primarias que nos informan a cabalidad con respecto al pensamiento e ideales de los actores del momento; por ejemplo, citas a intelectuales que escribían en el periódico Voceo al tecnócrata Giuseppe Bottai, cuando afirmaba que el interés por Roma era "el potencial que tenía ese mito para inspirar acciones en el presente". Desde otro punto, cuando se refiere al impulso cultural en el modernismo, alude a artistas de la talla de Mario Sironi, Ardengo Soffici y hasta al propio Le Corbusier, quienes, desde sus proyectos estéticos, con intención o no, apuntaban a la propaganda y a la política ayudando así a la conformación de actores renovados.

Al referirse al nazismo, nos encontramos con que aquella apoteosis renovadora llega a su máxima expresión. En un principio se centra en el ministro Goebbels a quien califica de modernista al haber utilizado la fuerza del Estado moderno "para crear una nueva cultura nacional y una nueva era histórica". Pero además de eso, se refiere al estudio de Mein Kampf, como un icono en el que se refleja aquel elemento indispensable que la renovación alemana necesitaba, un manifiesto cargado de aquellos elementos míticos que según Hitler podrían salvar a Alemania de la decadencia y así llevar a cabo la regeneración, aquel espíritu salvador que conllevaba en sus bases el concepto de Volkwerdung. A lo anterior se suman elementos culturales propios de la renovación nazi, los cuales cambiaron su función estética o comercial para pasar a ser parte de la identidad nacional, de la política y de la sociedad. Traemos a estas líneas sólo estos ejemplos, ya que al analizar el fenómeno desde la perspectiva nazi el autor realiza un gran análisis de la conformación de aquella renovación cultural desde las más amplias manifestaciones culturales.

Roger Griffin ensaya sobre un tema que para muchos puede parecer paradójico, pero él, por el contrario, maneja hipótesis, fuentes, bibliografía y los conceptos que deambulan al azar por las aulas del pensamiento occidental, de manera tal que deja abierta no sólo una, sino que varias ventanas desde las cuales observar y reflexionar en torno a las aporías que analiza, constituyendo así su libro un estudio multidisciplinario de consulta indiscutible para historiadores, antropólogos, sociólogos, arquitectos, literatos, en fin, para todo aquel individuo que desee inmiscuirse en temas relacionados con el modernismo, el fascismo y sus puntos en común, desde esta nueva concepción de la realidad que el autor propone.

Impostores: Roger Griffin y el fascismo

Jaume Farrerons

El fascismo quería el alma del hombre

Mil veces he preguntado: si por cada víctima del nazismo acredítanse diez del comunismo, ¿por qué el "fascismo", y precisamente el fascismo, habría de ser el "mal absoluto"? Que yo sepa, el fascismo italiano no fue un régimen genocida (aunque cometiera crímenes, sin duda) y nadie (con la excepción de Bosworth) ha pretendido que lo sea. !Rara avis en la política del siglo XX! He puesto este tipo de cuestiones sobre el tapete en muchos lugares y nadie ha sido, en el campo antifascista mayoritario, capaz de responderme jamás, abstracción hecha de los habituales gruñidos (insultos, amenazas) o las más burdas excusas retóricas, como que una sola víctima inocente ya es suficiente para condenar una política o una ideología (principio que aplican sólo al fascismo, claro). Después de leer a Griffin, veo que también sería interesante plantear la cuestión de si Lenin, Stalin o Churchill, por citar tres notorios dirigentes políticos, contemporáneos del fascismo, no experimentaron la "embriaguez" de hacer historia. Finalmente, me pregunto y os pregunto si el liberalismo y las sociedades de consumo quieren tal vez "nuestra alma" que, en todo caso, adoctrinan mediante la publicidad comercial y la propaganda más descarada, como la que encarna aquí el libro de Griffin. En el supuesto de que los rasgos con que este autor ha caracterizado el fascismo constituyeran su definición (cosa que dudo), no parecería muy lógico que los encontrásemos, todavía más acentuados, en regímenes o ideologías como la comunista o la liberal. El ensayo de Griffin es un fraude hermenéutico. Según reconociera Derrida "no podemos pensar todavía lo que fue el nazismo", una frase que cabe hacer extensiva al denominado "fascismo genérico". El motivo es que el sistema quiere, precisamente, nuestras almas y la verdad del "fascismo" -de aquello que el sistema entiende por tal- pone en peligro dicha posesión.

La plebe suficientemente cristianizada y humanitaria nunca comprenderá que pueda ser necesario un grado superior del mal para que florezca el superhombre.

(Benito Mussolini, dirigente socialista italiano, Filosofia della forza, 1908)

Aceptado esto, o sea, el precio que hay que pagar para escribir y publicar sobre el fascismo sin ser excomulgado por el nuevo sacerdocio filosionista de la cultura, sí me parecen interesantes dos cuestiones planteadas por Griffin: 1/ la incompatibilidad de fondo entre fascismo y cristianismo; 2/ el carácter modernista del fascismo, que lo diferencia de la extrema derecha (reaccionaria, medievalista). El fascismo no puede, en último término, considerarse "neutral" en materia religiosa, porque la religión es portadora de un sistema de valores completo (o sea, excluyente) y el fascismo se define precisamente como alternativa axiológica, no como mero programa económico, modelo de estado... O cristiano o fascista. Se trata de dos cánones antropológicos irreductibles de iure, aunque de facto puedan convivir en una misma persona, en la medida en que los seres humanos no somos del todo lógicos (especialmente, los cristianos).Y además, el fascismo aspira a la modernización, aunque acuñada en el molde de unos principios éticos opuestos tanto al sistema de valores de las sociedades de consumo actuales cuanto a los de las sociedades tradicionales pre-ilustradas europeas (católicas o, a lo sumo, evangélicas).

Pero más importante todavía en el fascismo es todo aquello que precede en él a la política. O sea, no su realidad histórica, sino el uso que los progresistas "humanitarios", padres de los "antifascistas", hicieron y hacen del contenido semántico del término "fascismo". El "significado" del fascismo es anterior al propio factum histórico-político de los movimientos, partidos y estados fascistas. Nunca subrayaré este extremo lo suficiente. Cuando hablo de "fascismo", me refiero menos a Mussolini y a Hitler que a los procesos mentales y culturales que llevaron a

convertir ciertos signos lingüísticos en representaciones seculares del diablo. Dicho sentido originario nos ofrece la clave para interpretar la verdad de las sociedades modernas basadas en la secularización del cristianismo. Y, curiosamente, el "fascismo", este "fascismo" metapolítico, designa la máscara deformada del miedo a la razón, a la ciencia, a la verdad, nociones que, no obstante, están inscritas en los códigos mismos de la contemporaneidad burguesa ("Auschwitz"). Pero el fascismo se concibe como irracionalista. ¿Casualidad? ¿Contradicción? Este hombre cristiano que ha dejado de creer en dios porque la ilustración se lo robó, quiere al menos poder seguir creyendo en el amor o en la felicidad como conceptos éticos. La "razón", tout court, se identificará presuntamente con ellos. Más que lo racional, será a la postre lo "razonable" del buen burgués deseoso de bienestar. La siesta filosófica. A este "apaño existencial" llamó Nietzsche precisamente las "ideas modernas" y propuso, sin titubear, su superación en coherencia con un imperativo de veracidad trágica. Mussolini hace suyo el mandato nietzscheano contra el cristiano secularizado cuando todavía es un dirigente socialista. Ése sería el verdadero "fascismo" que temen los antifascistas:

(...) no nos olvidemos los modernos de ese monstruo inflado por su propia mediocridad incurable, con un alma incapaz de querer a lo grande; no es suficientemente reaccionaria para defender el pasado feudal, no es lo suficientemente rebelde para llevar la revolución a sus más extremas consecuencias (...) El superhombre no conoce sino la rebelión. Hay que eliminar todo lo que existe" (Mussolini, Benito, La filosofia della forza, 1908).

Ahora bien, en el momento en que Nietzsche distinguiera entre la teología y la moral cristianas, en el instante en que acusó a los modernos de haber renunciado a la Biblia sin empero tener el valor de renunciar a los contenidos axiológicos míticos del Sermón de la Montaña, nació el "fascismo" como posibilidad, como inquietante perfil virtual de un socialismo "sin azúcar" que disparó las alarmas espirituales de "la Casa de la Pradera" biempensante. El punto de contacto entre las dos series de procesos simbólicos, el filosófico y el político, se produce por primera vez en la mente de Mussolini como leader del PSI, una voluntad férrea acuñada en el molde de Marx, es decir, un izquierdista de tomo y lomo que por si fuera poco puede ostentar pedigrí familiar ácrata (Benito era hijo de un herrador anarquista), pero que no pertenece a la familia cristiano-burguesa. !Milagro! En su alma, la de Mussolini, y en la de Georges Sorel (otro militante de izquierdas) acontece la transición marxiana de Marx a Nietzsche, fenómeno interno, íntimo incluso, de la izquierda. Ambos espíritus, el de Sorel y el de Mussolini, serán como las retortas químico-ideológicas de las que surgirá el fascismo histórico (muy alejado del "fascismo" en tanto que virtualidad doctrinal pura, pero con las ventajas que le confiere el hecho de haber existido realmente), sobre la base de un "fascismo" espiritual anticristiano que, en principio, pertenece sólo a Nietzsche (después, a Heidegger).

La venganza de las "bellas almas" progresistas

El fascismo mienta solapadamente la verdad oculta de la vieja izquierda, que odia a la Iglesia pero pretende apropiarse de sus valores, aquéllos que le permitieron controlar cómodamente a las masas mediante la pérfida y alevosa distribución de golosinas espirituales. Los tontos -muchos hay, mercado asegurado- quieren ser felices: toda una demanda que la oferta de los charlatanes de feria del concepto y de la política habrían de cubrir. Esa izquierda judeocristiana se define por su incapacidad para llegar hasta el celiniano "final de la noche" consumando el destino del quehacer ilustrado: la muerte de dios, el rechazo total y definitivo de los cuentos para niños adultos incapaces de madurar (definición del hombre de "fe" cristiano como cobarde existencial). Pretenden hacernos creer que semejante anhelo "fascista" de verdad despiadada conduce a la barbarie, al horror, a la tortura, al infierno... !Auschwitz! En realidad, es el único paso alpino, estrecho y recóndito, que nos conduce al valle metálico, cósmico, imperial,

de una nueva civilización ética y tecnológica. El destino de Europa.

¿Tiene esto algo que ver con los fascismos históricos? Por supuesto que sí, pero mucho menos de lo que los antifascistas quisieran. Nuestra tarea es utilizar la palabra "fascismo" como señal indicadora que permite seleccionar a los genuinos críticos y cribar a los oportunistas ansiosos de éxito y "bienestar". Quien no supere la trampa del antifascismo es un oportunista o un idiota. Quien sólo ame del fascismo su realidad histórica, nada ha comprendido y se convertirá tarde o temprano (si no lo es ya) en un vulgar ultra a imagen de Torrente. Quien se plantee la cuestión del "fascismo" como una gran pregunta, como un signo de interrogación sobre el sentido de la edad contemporánea y permanezca impávido ante las consignas intimidatorias del sistema oligárquico, ese estará destinado a erigirse en héroe espiritual y el humus del futuro revolucionario, la izquierda nacional que perfílase ya en el horizonte.

En el nombre del paraíso

Y ahora respondo yo mismo a mi pregunta: aquello que los cristianos y progres (cristiano-secularizados) no perdonan al fascismo no son sus crímenes, su "mal", pues ellos mismos estarían dispuestos a cometer actos mil veces más perversos (como la historia documenta hasta la náusea) al servicio del dios "políticamente correcto", léase: de la salvación, del bienestar, de la felicidad, de la alegría, de la humanidad... (vayan añadiendo azúcar). Pero no perdonan ni consienten las acciones, criminales o no, que honren a un dios opuesto, la verdad escueta, seca, "inhumana" dicen (mientras matan por "amor"), y ni siquiera a un valor que no sea el suyo, en suma: a todo aquéllo que no forme parte del common sense y del equilibrio psíquico del canalla existencial, ese "último hombre" que, según alertara Nietzsche, determinará el sentido del final de la historia si no hacemos algo por impedir semejante afrenta al género humano y a la naturaleza. ¿Habremos sido, los hombres, sólo una plaga?